12 años sin ti



MAYA SIRVAL

DOCE AÑOS SIN TI

Título: *Doce años sin ti*

© Maya Sirval
© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1º edición: junio de 2025 - *Independently published*

ISBN edición de tapa blanda: 9798286104581
Independently published

DOCE AÑOS SIN TI

Maya Sirval



Contenido

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

Voy a empezar diciendo que odio los hospitales. Sé que no es nada nuevo, mucho menos original, y no pretendo serlo. Sólo constato el hecho de lo que nos pasa a la mayoría de personas en el mundo. Creo que incluso los mismos sanitarios, siendo su lugar de trabajo y teniendo que acudir todos los días, deben terminar odiándolos. Pero si eres una paciente o, como en mi caso, una familiar de una paciente ingresada, ese odio está más que justificado.

El hospital donde estaba ingresada mi madre era de los más prestigiosos de España y, sin duda, el mejor en la especialidad de oncología. El médico que la trataba era una eminencia a nivel mundial y todos y cada uno de los profesionales que llevaban su caso la trataban con una amabilidad que llegaba hasta el extremo.

Me gustaría pensar que la atención que se le dispensaba a mi madre es la misma que reciben todos los enfermos, así como sus familiares, pero creo que, en mi caso, podría deberse a que soy Carolyn Matz.

En realidad nací como Carolina Martínez, pero Carolyn Matz es mucho más artístico para una reconocida actriz de Hollywood. Así que ese es el nombre que me puse cuando me trasladé a Estados Unidos para triunfar en la ciudad de las estrellas. Todos los doctores que trataban a mi madre me mantenían informada las veinticuatro horas del día, tanto a mí como a mi padre. De hecho, prácticamente teníamos a nuestra disposición un ala entera de esa zona del hospital. Había demasiados curiosos que querían verme e intentaban colarse en esa planta, a pesar de que tanto mi equipo, como el del propio hospital, habían intentado por todos los medios que nadie se enterara de mi presencia allí.

Cuando le diagnosticaron a mi madre cáncer de hígado, yo estaba rodando en Tailandia *La flor de papel* junto a Marcus. Hasta entonces, esa era nuestra tercera película juntos y había sido la más taquillera. Supongo que nuestro romance influyó en ese sentido, porque la crítica nos destrozó, tanto a nosotros como protagonistas como a Rick Mars, nuestro director.

No fue uno de mis mejores trabajos, pero en mi defensa diré que estaba demasiado preocupada por la salud de mi madre como para poder interpretar a la universitaria que encuentra el amor entre las paradisíacas playas de Tailandia. Tenía que parecer la chica más despreocupada y feliz de la tierra pero llevaba el peso del mundo sobre mis hombros. Sólo tenía ganas de llorar y se notaba en mis ojos. Aunque la gente me consideraba una buena actriz, ni siquiera mis dotes interpretativas podían ocultar la tristeza y la ansiedad que me provocaba la enfermedad de mi madre.

Cuando terminé el rodaje de *La flor de papel*, tomé el primer vuelo para España y la llevé a los mejores médicos del país y del resto del mundo. Entre ellos estaba el doctor Santos, que fue quien se encargó de darme la noticia.

—Señorita Matz —empezó diciéndome—, hemos hecho todas las pruebas posibles a su madre y ya tenemos un diagnóstico preciso y claro.

—Martínez —le corregí—. Me llamo Carolina Martínez Sanz. Lo de Matz es sólo mi nombre artístico.

Odiaba que la gente fuera de Hollywood me llamara por el nombre que había elegido para mi carrera de actriz. Siempre llevé con orgullo mis apellidos españoles y fue mi representante y publicista quien me obligó a cambiarlos.

—Por supuesto, disculpe —me dijo el doctor con el semblante serio—. Como le decía, hemos analizado los resultados y, desgraciadamente, tenemos que confirmar el primer diagnóstico.

Después de que mis padres me informaran de los resultados que les habían dado en su centro de salud, yo insistí en llevarme a mamá a Estados Unidos.

—Aquí tienen los mejores médicos y los mejores hospitales —les dije. Pero mi madre no quiso salir de España.

—Cariño, aquí también hay buenos doctores. Y, además, es donde están mis amigas y mi gente.

—Déjame al menos buscar una segunda opinión —le insistí.

Fue entonces cuando puse a mi equipo a trabajar. Encontraron al doctor Santos y lo traje a España para que él se encargara de dirigir el tratamiento de mi madre. Si ella no quería venir conmigo a América, yo le llevaría a los mejores especialistas a España.

La quimioterapia no fue, en principio, tan dura como pensábamos, pero aun así, la dejaba sin fuerzas y me mataba verla sufrir. Mi padre, mientras tanto, la cuidaba con un cariño absoluto y así pasó el primer año de tratamiento, querida y con muchos mimos.

La promoción de *La flor de papel* nos llevó a Marcus y a mí a viajar por todo el mundo. Cinco continentes en dos meses.

Mi madre adoraba a Marcus. ¿Quién no lo haría? Era el típico galán de Hollywood que enamora por igual a niñas, adolescentes, madres y abuelas. Su atractivo gustaba a todo el rango de edades femeninas. Éramos la pareja perfecta. Guapos, jóvenes, exitosos y con mucho dinero. Nuestros ingresos se duplicaron siendo pareja y los publicistas, tantos los de él como los míos, vieron un filón en nuestra relación, que paseaban ante cualquier medio, en cualquier ocasión. En mi contrato especifiqué que siempre que fuera posible, la parada en España fuera más larga de lo habitual. De esta forma, ambos pudimos visitar a mis padres.

—Marcus, ¿cómo estás? —le preguntaba mi madre muy despacio como si fuera sordo o tonto. Luego se volvía hacia mí y me decía tapándose la boca—: Qué guapo es este chico, Dios mío...

Mi madre tenía la impresión de que Marcus podía entenderla a pesar de que su español era tan pobre que apenas le daba para conocer un puñado de palabras. En el par de años que llevábamos saliendo juntos, sólo logré que fuera capaz de pronunciar jamón y paella, sobre todo porque adoraba ambas cosas y, cuando visitábamos España, era casi lo único que comía.

Sí, esas eran las únicas palabras que conseguí que retuviera además de un hola, adiós y gracias. Pero, por los gestos y las expresiones de mi madre, entendía perfectamente cuando le estaba haciendo un cumplido y, por ello, se limitaba a asentir mientras sonreía a los piropos que le dedicaba. El inglés de mis padres era completamente nulo. Así que me dedicaba a traducir sus conversaciones, hasta el punto de que repetía prácticamente las mismas cosas siempre y no les prestaba apenas atención.

CAPÍTULO 2

Mi trabajo me encantaba porque, sinceramente, ¿a quién no le gustaría? Vengo de un pequeño pueblo de una provincia española. Así que, terminar en Hollywood, haciendo películas con los actores que veía desde la televisión en mi casa, era el sueño de todas las chicas de mi edad. Incluso estaba saliendo y vivía con una de las estrellas más brillantes de Hollywood. Porque ese era Marcus Lovett. En poco más de cinco años, pasó de ser uno de los talentos jóvenes más prometedores al actor más consagrado y mejor pagado del mundo. Además, era guapísimo.

Después del éxito de taquilla de *La flor de papel* me llovieron las ofertas de publicidad de bikinis y cremas bronceadoras. El tono de mi piel gustaba mucho en Hollywood y el contraste con la forma y color de mis ojos suponía una combinación que les resultaba atractiva. Parece ser que contaba con unos antecedentes filipinos que le daban a mi aspecto unas características exóticas que tenían mucho éxito.

A la vuelta de uno de esos comerciales, fui a la casa en la que vivía con Marcus en Beverly Hills. Ninguno de los dos

éramos propietarios de esa vivienda en concreto, pero nuestros publicistas pensaron que, puesto que salíamos juntos, era mejor que compartiéramos una mansión en uno de los mejores barrios de Los Ángeles y, así, estar rodeados de otros grandes actores y gente de la industria. Parece ser que ese estatus iba a favorecernos en nuestros futuros contratos. Cuando entré y vi en la mesa del salón dos vasos, ya sabía lo que me iba a encontrar. Me encaminé hacia nuestro dormitorio, el que compartía con él, donde estaba nuestra cama y dormíamos juntos. Escuchaba risas desde fuera, una de ellas de Marcus y la otra…bueno, la otra no era en absoluto de él.

No necesitaba escuchar nada más, así que, lejos de abrir la puerta del dormitorio, volví al salón. Me serví un buen vaso de whisky y me senté en nuestro cómodo sofá a esperar mientras saboreaba el líquido y dejaba que el alcohol aplacara mis nervios. La botella estaba bastante más vacía de lo que recordaba y a Marcus no le gustaba especialmente mi whisky. Era uno de los caros y lo compraba exclusivamente para mí.

Después de apurar mi copa, empecé a escuchar pasos que se acercaban. Marcus puso cara de sorprendido; la de la chica que tenía a su lado no la pude descifrar al principio. Quizás fue por los dos vasos de whisky que ya había tomado.

—¡Carolyn! —exclamó Marcus al verme. Dio un paso hacia atrás, miró a la chica y volvió a dirigirse a mí—. ¿No volvías mañana?

—Señorita Matz, oh Dios, es usted mucho más guapa en persona —dijo la chica mientras intentaba colocarse la ropa. No es que se la viera demasiado incómoda por la situación. Parecía que la única que estaba así, era yo.

Después de escucharla descifré su cara. Era la misma que ponían mis fans al verme en una alfombra roja o en un acto público. Expresaba admiración. Aunque la admiración que sentía por mí parece ser que no le impedía acostarse con mi novio.

—Lárgate —le dije sin mirarla a la cara mientras me servía mi tercera copa.

—Lo siento…yo… —empezó a decir intentando disculparse.

—Vete ya, anda —le repitió Marcus con una mueca, pero con un tono mucho más amable del que había empleado yo.

—Acompáñala y asegúrate que no se lleve nada —le solté a Marcus con desprecio.

—Claro —me dijo y, a continuación tomó a la chica del brazo, guiándola hacia la salida mientras ella se volvía y me miraba con absoluto descaro.

Mientras Marcus se aseguraba de cumplir al menos una de nuestras normas, entré en el dormitorio y eché un vistazo rápido. Cuando salí, un par de minutos después, él estaba en medio del salón, en calzoncillos y con su sonrisa más encantadora.

—Has adelantado la vuelta. ¿Ha pasado algo?—me preguntó como si lo que yo acababa de presenciar fuera lo más normal del mundo.

Me quedé mirándolo fijamente, sin ningún tipo de expresión en la cara. Mi cabeza trabajaba a demasiada velocidad.

—¿Has usado condón? —le pregunté al fin.

—Sí, por supuesto.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está el qué?¿El condón?

—Sí, Marcus, o los condones en plural —le contesté alzando un poco la voz. No era dada a montar ningún espectáculo ni dramas, pero su pasotismo, en estos momentos, me estaba pareciendo insultante—. Quiero verlos.

Marcus bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo en silencio.

—¡Joder, Marcus, sólo tenemos dos reglas! —le chillé un poco más alterada—. ¡Dos putas normas y las has incumplido las dos!

—Lo sé, Carol, pero déjame explicarte. La chica es una gran fan tuya, quería ver nuestra casa y yo…

—¡Cállate! —le ordené—. Sólo especifiqué que no trajeras a nadie aquí y que siempre usaras condón. En esta casa están mis cosas. En ese dormitorio está mi ropa interior, mis joyas, las fotos de mi familia… es mi vida la que has exhibido y mi salud la que has puesto en riesgo.

—No ha sacado el móvil en ningún momento, te lo aseguro. Y no se ha llevado nada. Lo he comprobado.

—¡Vete a la mierda, Marcus! —le espeté realmente enfadada—. No es solamente que pueda hacer fotos o que se lleve un puto

cenicero. Se ha acostado en mi cama, se ha bebido mi whisky.

—Lo siento, Carolyn.

Él seguía parado en medio del salón, aguantando la bronca como un niño pequeño al que han pillado haciendo algo a lo que sabe que no tenía permiso. En esos momentos le habría arrojado a la cara el contenido del vaso que aún sostenía en mis manos, pero me controlé y cerré los ojos con fuerza para ayudarme a pensar mejor.

—Mañana alguien vendrá a llevarse mis cosas —le dije al fin—. Asegúrate de estar aquí.

—¿Qué? Vamos, Carol, ya te he dicho que lo siento, ¿vale? No volverá a pasar, pero no te vayas, por favor.

—Hablaré con Travis y aceptaré ese papel en Australia. Estaré un mes fuera del país y no tendremos que dar explicaciones a nadie. Pero no voy a seguir viviendo contigo —continué después de pensarlo un momento—, y quiero que te hagas las pruebas.

—¿Las pruebas? —preguntó molesto.

—Sí. Además quiero que sean completas

—De acuerdo, me las haré. Tranquila.

—Claro que te las harás —repetí—. Le diré a Travis que hable con tu publicista y que lo prepare todo.

CAPÍTULO 3

Rodar en Australia, lejos de Marcus, fue la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo. Al menos, eso pensé durante las dos primeras semanas.

Él me escribía todos los días. A veces preguntándome cómo iba el rodaje o cualquier cosa estúpida que se le pasara por la cabeza. Otras, me volvía a pedir disculpas o me informaba de que ya se había hecho las pruebas y que los resultados habían salido limpios. Me mandaba flores y fotos suyas o de cualquier cosa que le hubiera parecido graciosa. A veces yo misma sonreía de sus ocurrencias; otras, me sacaba de quicio. A los dos días de estar en Australia, me llamó mi padre. El doctor Santos quería operar cuanto antes a mamá.

Cuando me estresaba, sólo había dos cosas que conseguían relajarme: el whisky y el sexo.

Glenn, mi co-estrella en la película, era un encanto y muy atractivo, pero estaba más interesado en Ryan, nuestro director, que en mí. El resto del elenco lo formaba una retahíla de jóvenes actores, ávidos de fama y oportunidades.

Así que no estaba dispuesta a acostarme con uno de ellos y arriesgarme a encontrar a la vuelta una demanda por acoso sexual o abuso de poder.

Eché una ojeada al *catering* y busqué una botella de whisky. Estaba lleno de canapés fríos, aperitivos en bolsas completamente saludables y botellas de agua. Vi algún refresco sin azúcar y zumos de frutas, pero nada de alcohol.

—Señorita Matz, ¿puedo ayudarla en algo? —Oí a alguien hablarme a mi espalda.

—¿No hay whisky? —pregunté con la cabeza metida en uno de los armarios y sin volverme a mirar de dónde procedía la voz—. Necesito una copa.

—Lo siento, pero no servimos alcohol por orden de la productora —le escuché decir.

El chico que tenía delante no debía tener más de veinticinco años y sonreía con educación. Vestía de negro, con una pajarita blanca e, inmediatamente, me compadecí de él. Debíamos de estar a treinta grados en el estudio, aunque a él no parecía importarle. Con las manos detrás de la espalda, ladeó la cabeza sin parar de sonreír.

—Puedo conseguirle lo que usted necesite —se ofreció cortésmente.

—Necesito whisky —repetí—, es lo que estaba buscando.

—Menos alcohol. —Se encogió de hombros—. Lo siento, pero podrían despedirme.

—De acuerdo. —Me quedé mirándolo de arriba a abajo. Era agradable—. ¿Entonces qué podrías conseguirme? ¿Fresas, por ejemplo?

—Podría.

—¿Chocolate caliente? Para cubrir las fresas.

El chico tensó sus brazos, lo noté hasta por debajo de la camisa que marcaba sus músculos. Al fijarme un poco más, me di cuenta de que tenía cuerpo de modelo y era muy guapo. Con cara de niño, imberbe, con el pelo rubio, pecas alrededor de su nariz y mejillas y

los ojos de un azul intenso. Típico australiano. Supuse que sería un aspirante a actor que aceptaba trabajar de camarero en rodajes de películas.

—Creo que también podría —dijo pensando un momento.

—¿Una botella de champán?

—Eso no, lo siento —se rio y pude comprobar que tenía los dientes perfectamente blancos y alineados. Sin duda, era modelo y cuidaba su aspecto al máximo—, pero puedo conseguir té helado. Es lo que se usa para simular el whisky en la película, ¿le serviría?

—Pues para nada, pero si no puedes conseguirme whisky de verdad, tendré que conformarme con eso. Me voy a mi camerino; cuando lo tengas todo, llévamelo. No tengo que rodar hasta la tarde. ¿De acuerdo?

—Así lo haré, señorita Matz.

El chico del *catering* tardó aproximadamente media hora en tocar a la puerta de mi camerino. En una bandeja trajo fresas lavadas y un vaso lleno de un líquido que supuse era el té helado y que parecía auténtico whisky a juzgar por su color.

—¿Y el chocolate? —le pregunté levantando mi ceja derecha.

—Lo siento, no he podido conseguir nada que lo mantenga caliente, pero he rallado una pastilla entera —me dijo abriendo un pequeño recipiente de cristal—. He pensado que podría pasar las fresas por las virutas y el efecto sería parecido.

No podía negar que el chico se había esforzado.

—¿Cómo te llamas?

—Rob, señorita Matz.

—Me llamo Carol, Rob. ¿Te gustaría comer fresas conmigo?

La sonrisa perenne que tenía en su rostro se hizo más grande si cabe. Miró la bandeja que había traído y la puerta de mi camerino. Sin duda estaba sopesando los pros y los contras de mi propuesta.

—Si quieres marcharte no tendrás problemas, te lo aseguro, pero si quieres quedarte tendrás que firmar esto —le dije empujando unos papeles que ya había preparado con anterioridad y que tenía en la mesa—. ¿Sabes lo que es una NDA?

—¿Un acuerdo de confidencialidad?

—Exacto —le confirmé—. Puedes tomarte tu tiempo para pensarlo, si quieres.

Ni siquiera leyó nada de lo escrito y, mientras lo firmaba, cerré la puerta con llave.

—Vamos a ver qué tal esas fresas con chocolate.

La noticia de que tenían que operar a mi madre cuanto antes me tenía nerviosa y alterada. Lo pagaba con todo el mundo que se me cruzaba en el rodaje. Apenas podía concentrarme y, aunque Glen intentaba calmarme, mi comportamiento estaba siendo poco profesional y era completamente consciente de ello. Eso todavía me estresaba más, porque yo sería muchas cosas, pero de lo que no se me podía tachar en absoluto era de comportarme como una de esas actrices caprichosas e histéricas que se metían con todos y se pasaban quejándose la mayor parte del tiempo.

Mi padre me explicó que tenía buenas noticias, pues la quimio había reducido el tumor para hacerlo operable. El doctor Santos me tranquilizaba diciéndome que el cirujano jefe era el mejor en su campo. Y mi madre se negaba a que me trasladara a España y dejara la película a medias.

—¿Qué vas a hacer aquí? ¿Pasearte con tu padre por la sala de espera a que terminen de operarme? ¿Poneros a discutir todo el tiempo mientras me operan? Tú no puedes hacer nada y yo estaré más tranquila sabiendo que no has tenido que dejar tu trabajo. Eres una estrella y estoy orgullosa de ti. No sabes cuánto estoy deseando verte en esa película… ¡nada menos que con Glenn Mathews!

Mamá era mi fan número uno y, además, adoraba a Glenn desde que lo vio en *Sombras en mi habitación*. Pero también era la mujer más testaruda de la tierra.

Aunque la operación fue un éxito y los doctores eliminaron por completo su tumor, yo me sentía culpable de no haber estado con ella. Por eso la llamaba siempre que tenía un descanso y la diferencia horaria nos lo permitía. Cuando no coincidíamos en los horarios, yo seguía probando los productos locales australianos. Aunque las fresas no me gustaron demasiado, Rob, el chico del

catering, siguió intentando que no echara de menos el whisky y tengo que reconocer que lo consiguió totalmente. Cuando estaba con él, me olvidaba de todo. No pensaba en la decena de mensajes que Marcus me dejaba cada día diciéndome lo que me echaba de menos; ni en mi padre, con el que discutía cada vez que hablábamos por teléfono. Incluso había olvidado que todavía no tenía decidido dónde viviría cuando terminara el rodaje en Australia. Y, lo más importante, me hacía dejar a un lado mi preocupación por la enfermedad de mi madre, que seguía en el hospital recuperándose de la operación. Al menos de momento.

La segunda vez que estuve con el chico del *catering* fue en la habitación de mi hotel en mi día libre. Le hice un comentario sobre que las fresas australianas no sabían a nada. Se lo tomó como algo personal, porque ese día me folló como si le fuera la vida en ello. Creo que el chico pensó que era una especie de metáfora a su virilidad o quizás creyó que le estaba diciendo que no me había gustado el sexo con él. Nada más lejos de la verdad; la primera vez fue estupenda, pero tengo que reconocer que la segunda fue aún mejor.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté cuando al fin pareció darme una tregua justo después de haberme tenido contra una de las paredes de mi habitación.

—Veintidós —me contestó tirándose sobre la cama de espaldas.

—¿Sólo tienes veintidós? Te echaba más de veinticinco.

—El mes que viene cumpliré veintitrés. —Cruzó sus brazos por detrás de la cabeza y me miró de arriba a abajo parándose en mis pechos—. ¿Quieres que lo hagamos otra vez?

Claramente el chico no era muy inteligente y parece ser que, definitivamente, lo de las fresas lo había tomado como una indirecta a su hombría. Yo suspiré mirando al techo.

—¿Puedes otra vez? —Había pasado mucho desde la última vez que lo había hecho con alguien tan joven y esos siete años de diferencia me hicieron volver a pensar en mis días de instituto.

—¡Pues claro! —Me tomó de la mano y tiró de mí hasta que caí sobre él, entre risas.

La tercera vez que estuve con Rob fue de nuevo en mi camerino. Vino con una cesta llena de una fruta que no había visto jamás y de la que no había oído hablar nunca. Era pequeña, del tamaño de una nuez alargada y de color verde. La partió por la mitad, la apretó hasta sacar su pulpa y la colocó sobre mi clavícula.

—Es caviar cítrico —me dijo mientras lo comía de mi cuerpo—. ¿Quieres probarlo?

Aunque era muy crío en muchos aspectos, el chico sabía cómo tratar a una mujer y no le intimidaba lo famosa que pudiera ser. Puso el resto de la fruta sobre sus abdominales y me sonrió con suficiencia.

Cuando terminé de lamer esa fruta exótica de su cuerpo, me sostuvo entre sus brazos y me llevó al sofá sin esfuerzo.

—Me toca —susurró entre mis piernas—. Puedes seguir comiendo caviar si quieres, hay de sobra. Yo prefiero comer otra cosa.

El teléfono vibraba en mi mesa mientras yo sostenía la cabeza de Rob entre mis piernas con una mano y saboreaba esa extraña fruta con la otra. Sólo quería dejar de pensar en hospitales y enfermedades y, a falta de whisky, el sexo era lo único que me hacía olvidarlo. Cuanto más vibraba el móvil, más apretaba su cara contra mi cuerpo, más fuerte tiraba de su pelo rubio y más rápido movía mis caderas.

Nunca olvidaré el sabor de esa fruta como tampoco que esa fue la última vez que probé cualquier tipo de caviar.

Cuando Rob salió completamente satisfecho y pagado de sí mismo después de hacer que me corriera una vez más, marqué para devolver la llamada.

—¿Qué pasa, papá? Debe de ser madrugada allí —dije completamente aterrada—. ¿Es mamá? ¡Dime qué pasa!

—Sí cariño, es mamá. ¿Puedes volver a España?

CAPÍTULO 4

Meterme en el cuerpo veinticinco horas de avión sin saber si, al llegar a España, iba a encontrar viva a mi madre, fue algo muy duro. A mis veintinueve años había vivido experiencias muy intensas, viajado a muchos lugares y había tenido que lidiar con momentos realmente estresantes, pero este se llevaba la palma con diferencia. Aunque contara con internet en el avión, mi padre apenas contestaba a los mensajes. Claro que yo le escribía cada media hora y al final el hombre se cansó de darme actualizaciones tan seguidas. En ese momento no lo entendía, pero con el tiempo comprendí que era lógico. Lo ponía todavía más nervioso de lo que ya estaba. Para mí, el viaje fue interminable. No conseguí pegar ojo en todo el trayecto y la incertidumbre me provocó una ansiedad que ni siquiera el whisky que pedí en el avión, consiguió aliviar lo más mínimo.

Travis me esperaba con un taxi a la puerta del aeropuerto que nos llevó directos al hospital.

En cuanto mi padre me pidió que volviera a España, lo primero que hice fue hablar con Travis quien enseguida puso

su maquinaria a funcionar. No sé cómo quedaría con la productora de la película, pero yo no podía seguir ni un minuto más en Australia. Él, como siempre, se encargó de arreglarlo todo para que yo no tuviera que pensar en nada más que en llegar a Madrid. Al mismo tiempo, él también tomó un avión desde Los Angeles para estar conmigo y ayudarme en todo lo que pudiera necesitar.

Travis era un tiburón en Hollywood y la mayoría de las veces no tenía escrúpulos. Su interés principal era el dinero y hacerse rico a costa de sus representados. Apostó por mí a los dieciocho años cuando sólo era una extranjera más intentando triunfar en la meca del cine. En aquella época, él tampoco era nadie en Hollywood y ambos conseguimos triunfar de la mano al mismo tiempo que forjamos una relación que traspasaba lo meramente comercial. Éramos amigos. Quizás el único que tenía en ese mundo.

Él me hizo famosa y una de las actrices más taquilleras y mejor pagadas de Estados Unidos. Como contraprestación, yo le hice rico y el representante más solicitado. De hecho, tuvo que dejar varios asuntos de lado para estar conmigo en Madrid.

Mi foto estaba en todos los escaparates de los grandes almacenes que vimos en nuestro camino hacia el hospital, anunciando cualquier tipo de producto. Los carteles de mi última película forraban los laterales en autobuses y las imágenes del tráiler se reproducían en las pantallas del centro. Sin embargo, al bajarme del taxi y atravesar la puerta de entrada del hospital, la gente pasaba a mi lado sin reconocerme. Nadie se podría imaginar que Carolyn Matz había acudido sin guardaespaldas ni una horda de fans y curiosos a sus pies persiguiéndole. Carolyn se quedó en Australia, pero Carolina estaba asustada como una niña pequeña por ver a su madre.

—¡Carol! —suspiró mi padre en mi cuello—. Al fin has llegado. Mamá está…

Me quedé mirándolo preocupada. Se le veía completamente derrotado, con los ojos rojos e hinchados y con un aspecto

descuidado. Claramente llevaba días sin afeitarse y, seguramente, sin dormir.

—¿Está muerta? —le pregunté apenas con un hilo de voz—. Papá, respóndeme. ¿Es que ha muerto? ¿He llegado tarde?

—No, cariño —respondió y entonces tomó mis manos entre las suyas y respiró profundamente—. Todavía no.

Cuando la gente dice que las palabras no pueden hacernos daño es porque jamás habrán oído algo parecido a esas nueve letras que salieron de los labios de mi padre —todavía no—, con lágrimas en sus ojos. Fue como recibir una puñalada directamente en el corazón. Me partió el alma en dos.

—¿Qué quieres decir con todavía? ¿Qué significa eso?

Cubrí mi boca con ambas manos ahogando el grito que luchaba por salir de mi boca y mi padre me abrazó más fuerte todavía.

—No se va a recuperar.

La segunda puñalada.

—Pero me dijiste que la operación había salido bien. ¿Qué ha pasado? No entiendo nada. Déjame verla —le dije intentando no chillar y zafándome de su abrazo.

—Espera, Carolina. —Mi padre me sujetaba del brazo impidiéndome moverme—. No entres todavía.

—¡Suéltame! ¡Déjame verla, joder!

—Está en coma. Tienes que saberlo antes de entrar. Los médicos me han dicho que no va a despertar.

—No puedo creerlo.

La muerte es algo inevitable, nacemos sabiendo que vamos a morir y vivimos esperando que ese día llegue lo más tarde posible y en las mejores condiciones.

Yo tenía muchas cosas que decirle todavía a mi madre, muchas cosas que preguntarle, y ahora era consciente de que todas mis preguntas se iban a quedar sin respuesta.

Por encima de cualquier otra cosa, lo que más ansiaba saber era si me había perdonado por haberme marchado de casa como lo hice.

Estaba segura de que se sentía orgullosa de mí por lo que había logrado, pero en mi interior tenía claro que la forma en que se

produjo mi marcha, con tan sólo dieciocho años, le había destrozado. Nunca le pedí perdón y ahora ya nunca tendría la posibilidad de hacerlo.

Durante muchos años me paseé de manera vanidosa y sacando pecho pensando que era ella la que tenía que pedirme disculpas por no haber confiado en mí, en que pudiera lograr el sueño que llevaba persiguiendo desde mi adolescencia. Durante todo ese tiempo le guardé rencor e intenté restregarle mis logros, creyéndome el ombligo del mundo y pensando que ella quería que fracasara.

Tardé años en darme cuenta de lo equivocada que estaba y la vergüenza que sentía. Mi propio orgullo me impidió decirle cuánto sentía haberle hecho tanto daño.

Pensaba que lograr triunfar como lo hice y darle todo lo que podía pagar con la fortuna que había amasado en Hollywood sería suficiente para que me perdonara y que, con el tiempo, olvidara aquel episodio de juventud. Siempre pensé que ya habría oportunidad de hablarlo y disculparme.

De verdad creí que tendríamos mucho tiempo.

Ahora sólo deseaba algo de tiempo.

Aunque fuera sólo un día.

Pero tiempo era lo único que no nos quedaba.

—Abre los ojos. Por favor —le rogué a su cuerpo inerte—. Por favor, mamá. Tienes que despertar. Te lo suplico.

Tomé sus manos entre las mías pero evitaba mirarla. Cerré los ojos con fuerza y recé a un Dios en el que pensé que no creía.

Pero mi madre se estaba muriendo y si alguien merecía el cielo y la vida eterna o el paraíso, era ella. Así que, de golpe, me convertí en la persona más creyente del mundo y recé.

Le recé a Dios para que me diera aunque sólo fuera unos minutos con ella.

Pero Dios no me escuchó… a tiempo.

En el pasillo, mi padre hablaba con Travis en el pobre español que había conseguido aprender en los últimos años.

A mis oídos llegaba su conversación, pero mi mente no procesaba las palabras. Me desconecté de una realidad que no quería aceptar y dejé que ellos se encargaran de todo.

El entierro de mi madre fue en nuestro pueblo. El lugar en el que nací y del que salí huyendo sin mirar atrás y sin despedirme de nadie.

Allí estaban prácticamente todos los vecinos de mi madre, sus amigas, los compañeros de su época trabajando en la fábrica y casi la totalidad del pueblo. Incluso estaban mis antiguos amigos del instituto. En otra época de mi vida, habría pensado que esa gente venía al entierro de mi madre por verme a mí. Pero la realidad era que mi madre era querida por todo el mundo.

No había una sola persona que hablara mal de ella en el pueblo.

Bueno, en realidad sí hubo una.

Yo misma.

Porque yo era idiota.

Travis se encargó de redactar una noticia con fotos para mandarla a todos los tabloides, tanto de España como del extranjero y, de esa manera, darnos la privacidad que necesitábamos.

Mi foto del brazo de Marcus, con mi padre a un lado y mi representante unos pasos atrás, salió en todos los portales de internet, en cada una de las revistas del corazón que aún se editaban en papel y en las cadenas de televisión que dieron la noticia.

Por fuera era la super estrella Carolyn Matz, en un elegante pero sobrio vestido negro de luto, del brazo de Marcus Lovett, el galán de moda de Hollywood que había volado desde Los Angeles para estar con su novia en tan difíciles momentos. Travis Goldberg, representante de la estrella y amigo de la pareja, los acompañaba al mismo tiempo que la totalidad de su ciudad natal. Por dentro era Carolina Martínez, sólo una chica joven que lloraba la muerte prematura de su madre.

Escoltada por Travis, Marcus y varios agentes de seguridad que mi representante había contratado, nadie se acercó a mí en toda la

ceremonia y, al terminar, un coche nos esperaba para llevarme al aeropuerto. Debía tomar un avión para finalizar mi rodaje en Melbourne. Travis lo arregló todo para que retrasaran mis escenas cuanto fuera posible, pero ahora tenía que volver y enfrentarme de nuevo a mi vida.

Sólo quería rodar enseguida para largarme de ese país y no volver jamás. Australia no tenía la culpa, lo sabía, pero en lo único en que podía pensar es en que, mientras mi madre se moría, yo estaba allí en vez de con ella.

CAPÍTULO 5

Cuando al terminar el rodaje en Australia le dije a Travis que quería tomarme unos meses de descanso y rechacé varios proyectos que me ofreció, no le sentó demasiado bien. Me insistió en que debía aprovechar mi momento, que el público se cansaba enseguida de las actrices y que ya tenía una edad en la que empezarían a sustituirme por chicas más jóvenes.

Yo, a mis veintinueve años, corría el peligro de ser sustituida por otra actriz más joven.

—No puedes estar hablando en serio. Todavía no he cumplido los treinta, Travis. ¿Qué me estás diciendo?

—Lo sé, pero hay mucha gente jovencita que está pisando muy fuerte. No puedes descuidarte.

—Querrás decir adolescentes —le corregí—. Joven soy yo.

—Tú lo eras cuando viniste y sustituiste a otras que entonces tenían tu edad de ahora.

—Travis, te quiero pero no me vas a convencer así. No necesito rodar tres películas al año. Además, ya estoy harta de hacer papeles de la pareja del actor de moda de turno o de chica guapa sin cerebro. Búscame un proyecto más serio.

Travis me miraba negando con la cabeza, cuestionando mi decisión. Aún tenía que esforzarme más para convencerlo.

—Sabes que soy buena actriz y podría serlo todavía más si pudiera demostrarlo con un buen guion. Deja esos papeles de chica mona a las jóvenes y hazme ganar un Oscar. Eso también te dará prestigio a ti.

A Travis le encantaba el dinero, pero toqué su ego cuando le nombré el prestigio. Antes que hacerse rico, quería ser alguien importante y me enfoqué en darle un objetivo para lograrlo.

—¿Quieres un Oscar? —me preguntó extrañado.

—Sí. Busca alguna niña mona que ocupe mi lugar en esas películas y llénate los bolsillos con ella. Mientras tanto, a mí consígueme un papel que me dé un Oscar y, de paso, haz de ti mismo una leyenda.

Convencer a mi representante y amigo no fue tan difícil después de todo. No lo tenía tan claro con Marcus. Cuando le dije que mi madre había muerto, tomó el primer avión desde Los Ángeles para estar conmigo y no se separó de mí en ningún momento.

Era un niño grande y muy inmaduro, pero dentro de esa inmadurez había un hombre galante, cariñoso y encantador. Y, además, adoraba a mi madre. De todo el tiempo que había pasado en Hollywood, Travis y él fueron lo más sincero que conocí en ese mundo.

Marcus había sido un actor infantil y, en su adolescencia, había protagonizado una serie. Conocía el negocio desde que nació y me enseñó a lidiar con los lobos de esta industria, que vivían entre nosotros con pieles de cordero. Cuando empezamos a salir, nadie dio un céntimo por nuestra relación. Pasé de ser una de las conquistas exóticas de Marcus Lovett, una más entre las decenas que había tenido a lo largo de su carrera, a la novia más duradera y la relación más larga y estable que había tenido en su vida.

Funcionábamos igual de bien en nuestra vida privada como en la taquilla. Todas nuestras salidas siempre estaban cubiertas por cientos de fotógrafos y miles de fans que buscaban un *selfie* con uno

de nosotros o, incluso mejor, con ambos. Nuestros contratos publicitarios se acumulaban, los proyectos llamaban a nuestra puerta y no dábamos abasto para leer los guiones que se amontonaban en el despacho de nuestros representantes. Éramos la viva y atractiva imagen del éxito.

Pero no siempre trabajábamos juntos y pasábamos mucho tiempo separados. Marcus era incapaz de ser fiel y a mí, en realidad, no me importaba, mientras todo se quedara de puertas adentro. Un día me senté con él a tener una conversación a la española, como él la llamó. Fue justo antes de rodar *Los muertos de mi pasado*.

—Mira, Marcus, vamos a ser claros. Sé que vas a tener muchas tentaciones estos dos meses que vamos a estar separados y no vamos a engañarnos; puede que yo también.

—¿Qué quieres decir, Carolyn? —me preguntó como si no supiera a qué me refería.

—Pues, ya sabes. Muchas chicas querrán meterse en tu cama y lo entiendo. Así que, tal como yo lo veo, tenemos dos opciones. La primera es cortar lo nuestro, porque te aseguro que yo no voy a pasar a la historia como una más de tus conquistas y no poder atravesar las puertas.

—¿Qué puertas? —A veces se me olvidaba que Marcus no entendía las expresiones de España que traducía al inglés—. No entiendo a qué te refieres.

—Sí, perdona. Quiero decir que no pienso ser la nueva cornuda de Hollywood, ¿entiendes? —le expliqué haciendo el gesto sobre mi cabeza como si tuviera unos cuernos enormes de reno—; de ahí lo de no pasar por las puertas.

—Ahhh, Vale. Ya entiendo —dijo riéndose—, pero no va a ser así, Carolyn.

—Vamos, Marcus. Tú y yo sabemos que sí. Será así. Por eso te propongo la segunda opción.

Marcus empezó a mirarme como un niño al que han pillado en una mentira o sabe que van descubrir que ha hecho algo malo y está esperando una reprimenda. No dijo nada, de modo que seguí hablando yo y le expuse mi solución.

—Te propongo que en el tiempo que pasemos separados hagas lo que quieras. Te doy total libertad para que te acuestes con quien quieras.

—¿Eso quieres? —exclamó fingiendo indignación— ¿Me estás diciendo que me acueste con otras?

—No, Marcus. Te estoy diciendo que sé que te vas a acostar con otras. Eso es algo que va a pasar, quiera o no quiera, y lo tengo asumido. Pero lo único que deseo es que, ya que lo vas a hacer, pongamos algunas normas. Nada más.

—No voy a acostarme con nadie —protestó airadamente—, me ofende que pienses eso.

—Marcus, no lo pienso; sé que ya lo has hecho, así que deja de actuar y escucha.

Creo que le molestó más que insinuara que no estaba actuando bien y que por eso no me creía sus protestas, que el hecho de que lo hubiera pillado mintiendo y siéndome infiel.

—De acuerdo, te escucho. —claudicó al fin.

—Muy bien. Pues, primera norma: no lleves nunca a nadie a nuestra casa y, mucho menos, metas a nadie en nuestra cama. Ahí —dije señalando el lugar exacto al que me refería— duermo yo. Me da igual que cambies las sábanas, que incluso cambies el colchón. Esa es mi cama y es terreno prohibido para cualquiera que no seamos tú y yo. ¿Lo entiendes?

—Claro —dijo haciendo una mueca.

En ese momento pensé que después de esta conversación, lo primero que iba a hacer era precisamente eso, cambiar el colchón y tirar todas las sábanas. Llegaba tarde a la primera norma.

—Estupendo. La otra norma es que uses condón. O lo usas con todas las demás o lo usas conmigo, pero no voy a arriesgarme a que me pegues cualquier tipo de enfermedad. Esa es la norma más importante y debe ser sagrada. Preferiría que no fuera conmigo con quien tuvieras que usarlo, pero si te ves incapaz, lo haremos así. ¿Qué me dices?

—No te preocupes, no tendremos que utilizarlos nosotros.

—Muy bien, pues eso es todo. Sólo te pido discreción y respeto hacia mi persona. Te estoy dando libertad pero no me faltes al

respeto.

—No lo haría nunca, te lo prometo —me dijo completamente convencido. Y aunque luego se comprobó que fue incapaz de cumplir su promesa, en ese momento lo creí.

—De acuerdo, creo que hemos terminado. Bueno, una última cosa. Quiero que ambos nos hagamos una prueba completa para comprobar que estamos limpios.

—Un momento —me interrumpió frunciendo el ceño—. ¿Tú también harás lo que quieras?

—Por supuesto, Marcus. ¿Por qué crees que aún sigo contigo? Lo que pasa es que yo soy bastante más discreta que tú y no te has enterado. Así que sólo te pido lo mismo que yo estoy dispuesta a darte.

En esa ocasión, tras la muerte de mi madre, el periodo que íbamos a pasar separados iba a ser mucho más largo que el de un rodaje de cuatro semanas. No sabía el tiempo que necesitaba ni dónde quería pasarlo, pero en estos momentos, pensar siquiera en hacer una película era lo último que deseaba.

Después de comunicarle a Travis mi decisión de tomarme un descanso, alejada de los platós y de Hollywood, hablé con mi padre. Necesitaba un lugar donde poder ordenar mis sentimientos, mis emociones e intentar encauzar un rumbo que ahora sentía que iba a la deriva. Mi trabajo me encantaba, pero me debía un respiro a mí misma. Por mi salud mental.

—¿Puedo volver a casa? —le pregunté antes de tomar el avión a Australia para terminar el rodaje de la película.

—¿A qué casa? —me preguntó extrañado.

Mis padres se habían mudado a Madrid cuando empecé a triunfar en Hollywood. Ese fue uno de los regalos que les hice para limpiar mi conciencia. Un piso en el barrio de Salamanca y un trabajo de comercial en una empresa de *marketing* que le hacía tener que atender varios negocios en la capital.

—A la casa del pueblo. Quiero tomarme un tiempo y necesito encontrarme, papá. Cuando enterramos a mamá —dije dejando escapar una lágrima a pesar de pensar que ya no me quedaban—,

sentí que estaba en mi hogar. Hacía demasiado tiempo que no me sentía así.

—Es tu casa, cariño. Puedes volver a ella cuando quieras.

CAPÍTULO 6

Yo estaba orgullosa del lugar donde nací. Nunca pude decir nada malo de mi pueblo ni de la gente de allí. Podría parecer un contrasentido. Mucho más teniendo en cuenta que me había ido doce años antes y sólo había vuelto para el entierro de mi madre. Pero esa era la verdad.

Que no hubiera regresado en tanto tiempo no se debía a que no me gustara u odiara a los que habían sido mis vecinos. Eran otras cuestiones y motivos. Unos que sabía que tarde o temprano tendría que afrontar y a partir de los cuales debería de hacer mi propia reflexión.

Pasé mi infancia jugando en las calles, montando en bici sin miedo a que me atropellara un coche y saludando a todo aquel que se cruzara en mi camino. De niña no importaba dónde fueras ni la hora que se te hiciera en la calle, siempre había alguna persona que te conocía a ti o a tus padres y te llevaba de vuelta a casa cuando lo necesitabas. En ese lugar, no había quien no se conociera y el forastero, o se adaptaba a nuestro modo de vida, o terminaba yéndose.

Sólo había dos colegios y, al llegar a la secundaria, nos tocaba ir al pueblo de al lado, que no era mucho más grande que el nuestro. Seguramente, algún político decidió que a nosotros nos tocara un polideportivo y a ellos el centro de secundaría.

Prácticamente, todos hacíamos las mismas actividades por lo que, a la fuerza, teníamos que llevarnos bien, aunque siempre solían hacerse entre los niños un par de bandos como mínimo.

Teníamos casi de todo y de lo que no disponíamos nosotros, lo tenía el pueblo vecino. En mi pandilla de amigos a los otros los llamábamos los de *VillaAlLado* y ellos a nosotros los del *Barrio*.

Consideraban que, como el instituto estaba en su pueblo, éramos un barrio suyo.

Mi adolescencia no fue problemática hasta que cumplí los dieciséis años. Entonces algo dentro de mí cambió. El término científico o psicológico era «Las hormonas» pero ahora, cada vez estoy más convencida de que había otro término que lo definía mejor: *Posesión infernal.*

Me enfadé con mis padres, con mi cuerpo y con todo aquello, vivo o muerto, que entrara en mi campo de acción. Excepto con mis amigos. A ellos los amaba con todo el amor que una persona podía tener en su corazón. Y sé que ellos a mí también.

Nos hacíamos llamar «Los cinco» en honor a no sé qué saga de novelas que nuestros padres nos contaban que habían leído de niños. Era algo así como el Harry Potter de su generación. Nos hacía gracia porque esos libros antiguos trataban de una pandilla que resolvía misterios. Hasta que descubrimos que uno de esos cinco a los que aludían los títulos, era un perro. Nos pasamos desde entonces metiéndonos los unos con los otros para asignar el rol canino a uno de nosotros.

Mi hogar era tranquilo pero aburrido y, cuando tienes dieciséis años, sueñas con largarte de un sitio así para vivir todo lo que piensas que es la vida. Yo quería ser actriz y, a pesar de lo mucho que me gustaba aquello, sabía que tenía que irme para intentar conseguir mi sueño.

Mi pueblo era sencillo y en él se vivía con extremada lentitud, pero era decente y sincero. Por eso mi madre eligió descansar allí y, por eso quizás, volví yo, para poder descansar también.

La casa de mi infancia era la última de la calle San Marco, pero cuando comencé a triunfar en el cine y mientras estaba viviendo en Beverly Hills, se lo cambiaron y le pusieron mi nombre artístico. Así que, las cartas que llegaban a mi casa tenían un remite bastante curioso:

Carolina Martínez
C/ Carolyn Matz

Mis padres estaban orgullosos pero a mí me parecía vanidoso e, incluso un mal presagio, que pusieran mi nombre a una calle estando yo todavía viva y siendo tan joven.

No sería correcto decir que mi cuarto estaba tal cual lo dejé al irme. Eso debe suceder sólo en las películas. Cuando yo me fui, tenía dieciocho años y mi cuarto era el de una adolescente, con todo lo que eso significa. La ropa que no me llevé la dejé esparcida por todos lados; en la silla, sobre la cama e incluso en el suelo. Había papeles encima de la mesa arrojados sin ningún tipo de orden, pulseras de cuentas, lápices y bolígrafos. Vasos y envoltorios de comida, algunos de los cuales, aún estaban a medio comer, además de todo tipo de utensilios esparcidos por doquier. Así que, no sería justo decir que mi habitación estaba tal y como la recordaba. Estaba limpia, ordenada e impoluta.

Mi madre la había convertido en una especie de museo. Sabía que estaban orgullosos, pero hasta yo lo veía excesivo. Había fotos mías enmarcadas por todas las paredes: de mis películas, de mis apariciones en la alfombra roja, sosteniendo premios entre mis manos, con Marcus. Los *posters* de mis películas y las portadas de las revistas que había protagonizado tenían un lugar privilegiado. No había ni un sólo hueco en las paredes. Me paseé tocando cada una de las imágenes. La portada de Vogue, que me nombraba una de las actrices más influyentes del 2022. La de Maxim, que me elegía como la más sexy del 2023. También un gran número de fotos de revistas que ni siquiera recordaba. Era toda mi vida profesional en imágenes.

Llegó un momento en que pensé que mi madre había hasta cobrado entradas por ver aquello.

Lo mejor eran los recuerdos de mi infancia y adolescencia. Esos, al contrario de los de mi vida de película, me sacaron una sonrisa.

Mis fotos de pequeña estaban repartidas por toda la escalera, de modo que conforme ibas subiendo escalones, podías ver cómo cumplía años. Había imágenes mías soplando las velas de una tarta, disfrazada para Halloween, montada en un caballito en la fiesta de Primavera y hasta sosteniendo mi trofeo de ganadora del concurso de matemáticas de la escuela.

Daba la sensación de que se tratara de dos mundos diferentes y mis padres se habían encargado de dejarlo bien claro. En mi cuarto era Carolyn Matz, la estrella de cine y, en el resto de las estancias, Carolina Martínez, su hija.

Pasé esa primera tarde tirada en el sofá, haciendo inventario de lo que necesitaba y viendo fotos en los álbumes en papel que mi madre se había dedicado a llenar. Hice un par de pedidos en línea y una buena lista de la compra. No quería tener que salir más de lo estrictamente necesario a cosas tan mundanas como ir a por provisiones.

Eran cerca de las once de la noche cuando escuché cómo algo se hacía añicos en la cocina o, por lo menos, allí es de donde creí que provenía el ruido. Yo no era una persona que se asustara con facilidad, pero estaba sola y sé que no había cerrado la puerta con llave. En este pueblo nadie lo hacía, no había ninguna necesidad. Si hubiera estado en Los Ángeles o cuando vivía en San Francisco, habría puesto mil cerrojos y me habría asegurado de que todas y cada una de las ventanas y puertas estuvieran herméticamente cerradas. Pero en mi pueblo no.

Miré a mi alrededor buscando algo con lo que defenderme en el caso de que fuera necesario. ¿Dónde estaban los bates de béisbol cuando se necesitaban?

«Espabila, Carolina, esto no es Estados Unidos, estás en España», dije para mí misma.

Inmediatamente pensé en la habitación del pánico que había en la casa que compartía con Marcus y en que nunca imaginé que me hiciera más falta aquí que en Hollywood.

«¡El atizador de la Chimenea!», pensé. Para acordarme al instante que siendo yo pequeña, mis padres la habían sustituido por una eléctrica decorativa. La antigua ahumaba toda la casa.

Volví a escuchar otro ruido y enseguida lo identifiqué como el taco de madera de los cuchillos. Quien fuera, acababa de agarrar uno de ellos.

—Seas quien seas, será mejor que te vayas. Acabo de llamar a la policía —dije buscando mi bolso dónde tenía el móvil—. Aquí no

hay nada de valor. ¡Lárgate antes de que vengan! —chillé a quien fuera que había entrado en mi casa.

Me quedé paralizada con la escoba que había alcanzado de detrás del sofá a modo de arma y esperé que el intruso, fuera quien fuera, se asustara y saliera por donde había entrado. En cambio, escuché un ruido detrás de mí. Me di la vuelta blandiendo la escoba como si fuera una catana y yo una samurái japonesa. Seguramente era fruto de la memoria muscular de cuando actué en *Pagodas en el mar.* Armada de esta manera, me dispuse a enfrentarme a mi atacante.

Si ya estaba asustada, el no ver a nadie detrás de mí aún me aterró más.

De acuerdo, antes mentí, sí que era una persona que se asustaba con facilidad. No podía ver ni siquiera las películas de miedo en las que yo misma había actuado. Si eran de espíritus, menos todavía. Así que estaba más que asustada, estaba aterrorizada. Prefería mil veces enfrentarme a un ladrón o a un asesino que a un espíritu.

—¡Ya basta! —grité a la nada—. ¡Sal de donde estés!

Silencio.

Entonces estornudé y miré al suelo.

—¿Pero de dónde has salido tú?

CAPÍTULO 7

El intruso que se coló en mi casa y al que eché con la escoba resultó tener cuatro patas, uñas como puñales y mucho pelo. Lo eché, sí, pero el animal no sufrió ningún daño, así que prefiero decir que lo invité a largarse. En su primera visita a mi casa, entró por el patio trasero y, en un descuido, debió colarse por mi cocina. Se subió a la encimera y empujó un vaso que se hizo añicos contra el suelo; restregó su mullida cola por los cuchillos y por todo lo que encontró a su paso dejando pelitos por todos lados que cada vez me provocaban más estornudos. La segunda noche volvió y se sentó en la calle justo frente a mi puerta. Lo observé por la mirilla y el gato no se movió, pero cada vez que me acercaba a comprobar si aún estaba allí, plantaba sus diminutas orejas y se ponía en guardia.

La tercera vez, no sé de qué manera, logró colarse de nuevo. Fui a tirar la basura a los contenedores y, al volver a entrar, allí estaba, en mitad del salón, mirándome con sus ojos entre verdes y amarillos. En la calle hacía muchísimo frío y no tuve valor de echarlo o, mejor dicho, invitarlo a largarse otra vez. En cambio, saqué una lata de atún, vacié su contenido en un plato y la dejé en el suelo intentando mantener la distancia.

—Toma, gato. Puedes comértela, pero yo me voy a marchar antes de que me dé un ataque —le dije mirándolo desde arriba—, espero no encontrarte aquí cuando vuelva.

Y me marché dejando la puerta del patio un poco abierta, deseando que, a mi vuelta, ya no estuviera allí.

Recorrí los cien metros que me separaban del bar más cercano y entré.

—¡La gran Carolyn Matz! —exclamó el camarero mientras colocaba vasos en la estantería—. Cuánto honor. ¿Qué te trae por mi humilde bar?

—¿Josh? —Le miré sorprendida—. ¿Eres tú?

—El mismo que viste y calza —me contestó haciendo una pequeña reverencia detrás de la barra.

Josh, o como lo bautizaron sus padres, Josué, me miraba con una sonrisa de oreja a oreja y yo me quedé muda. Hice ademán de hablar varias veces, pero no me salían las palabras. ¿Cómo se puede empezar una conversación con un amigo del que hace más de doce años que no sabes nada? Pero él rompió el silencio justo cuando empezaba a ser incómodo.

—De todos los bares del mundo, tuvo que entrar precisamente en el mío. —dijo imitando a Humphrey Bogart en *Casablanca.*

—Sí —suspiré—, eres tú. Debes ser una de las pocas personas de nuestra edad que conoce los diálogos de esa película. Así que… ¿este bar es tuyo?

—Exacto.

—Enhorabuena, es muy bonito —le dije echando un vistazo rápido a mi alrededor.

—Es sólo un bar, Carol. No tiene ninguna importancia. No es como si estuviera triunfando en Hollywood ni nada parecido.

—No digas eso. Es tu bar y claro que es importante. ¿Empresario, eh? Me alegro por ti.

—Gracias.

No era demasiado tarde, pero el bar estaba vacío y claramente Josh estaba recogiendo.

—¿Ibas a cerrar? —le pregunté.

—Sí, la verdad es que esa era la idea. Es martes, no hay fútbol y hace mucho frío. No creo que vaya a venir nadie hoy. Pero… estás tú, así que no pienso cerrar todavía —exclamó abriendo los brazos—. Esto es un gran acontecimiento. Todos en el pueblo empezábamos a pensar que eso de que te estabas quedando en casa de tus padres era una especie de leyenda urbana. Nadie te ha visto en ningún sitio.

—Sí, bueno, he estado arreglando asuntos en casa y pedí comida a domicilio, incluso la compra. Tenía mucho en qué pensar y quería estar sola.

—Te entiendo. Sentí mucho lo de tu madre —me dijo cambiando el gesto a otro más serio—. Todos lo sentimos mucho.

—Gracias, Josh.

—Era la mejor. Nunca olvidaré las fiestas que nos organizaba en tu casa como si fuera ayer. ¿Te acuerdas de aquel Halloween cuando nos disfrazamos de patatas fritas y llenó una pequeña piscina con bolas rojas para que nos lanzáramos a ella simulando que era el Ketchup?

—Claro que lo recuerdo. Mi madre tenía fotos enmarcadas de aquel día. Están en las paredes de mi casa.

—Fue genial. Esa mujer era increíble. Nos hizo aperitivos y galletas con formas de bruja y fantasmas. Era la mejor de todas.

—Tu madre también era un cielo.

Josh se quedó mirándome, ladeando la cabeza. Me dio la sensación de que estaba pensando en qué cosas podría contar y que no.

—Sí —dijo tomando aire—. Murió en la pandemia. Hace ya casi cinco años.

—Lo sé. Me lo contaron mis padres. Sentí mucho no haber estado.

Josh sonrió y tomó aire profundamente para luego continuar.

—Bueno, Carol, eso habría sido muy raro. Llevábamos sin tener contacto casi siete años en aquel entonces. Desde que te fuiste.

—Ya, es cierto.

—Además, habría sido un *shock* verte en el pueblo, sobre todo cuando el día de antes te estaban dando un Emmy por esa película…

¿Cómo se llamaba? —se preguntó a sí mismo—. *¿Una nota al margen?*

—Sí. Esa era —asentí—. Pero insisto, lo siento mucho. Estuvo mal. Podría haber llamado, mandarte un mensaje o enviado una corona de flores. No fui una buena amiga.

—No. No lo fuiste. Pero no sólo por eso. Desapareciste y no volvimos a saber de ti hasta que te vimos en la televisión —me dijo molesto—. Fue duro, sobre todo para tus padres.

No estaba nada preparada para enfrentarme a las verdades. No todavía.

Sabía que tarde o temprano me iba a encontrar a la gente de mi pasado. A mis amigos o, mejor dicho, a los que lo fueron en la adolescencia. No tenía derecho a llamarlos amigos después de como me porté. De cómo me fui.

Josh estaba siendo amable, demasiado incluso. Yo no lo habría sido tanto.

Había huido de mi casa para deshacerme de la alergia que me estaban provocando las visitas del maldito gato y ahora esto.

Comenzaba a estresarme y, como ya he dicho, sólo había dos cosas que me quitaban o reducían mi estrés: el whisky y el sexo. Así que intenté dar por zanjada la bronca que me estaba llevando.

—Bueno, tienes razón, Josh. ¿Puedes ponerme un whisky de los buenos? Solo, sin hielo.

—Whisky solo, ¿eh? Te has vuelto una chica dura. —me dijo con una sonrisa mientras llenaba el vaso—. Esto no deja de ser un pueblo, Carol. Sólo tengo whisky del normal.

—Ese me vale. —Apuré el vaso en un par de tragos—. Y no soy tan dura.

CAPÍTULO 8

Ver a Josh me había alegrado muchísimo. También me hizo recordar mis días pasados, tanto en el instituto como en el colegio. Pero no me podía engañar a mí misma y, a pesar de su amabilidad, me hizo sentir mal. La culpabilidad era un sentimiento estresante y eso no me lo quitaba ni el whisky ni el sexo.

Decidí que debía abandonar mi reclusión voluntaria aunque fuera momentáneamente. Además, empezaba a perder mi bronceado y, aunque estábamos en invierno, el sol era fundamental y una necesidad básica de vitamina D. Pasé por la tienda de comestibles de Adela, uno de esos establecimientos de toda la vida, con un cartel de comestibles decolorido, donde se vendía de todo en pequeñas cantidades. Me sorprendió que aún estuviera abierta cuando tenía justo enfrente un supermercado. Estuve tentada de entrar, pero sabía que Adela me reconocería y no estaba preparada para encontrarme a una de las amigas más íntimas de mi madre.

Crucé con mis gafas de sol enormes y mi gorro hundido hasta las cejas, esperando que mi aspecto no llamara la atención de nadie, y entré en el supermercado.

Como si se me hubiera activado una especie de piloto automático, me fui directa a la sección de licores buscando un whisky mejor del que tenía Josh en su bar. Algo de variedad había, pero no mejoraba sustancialmente lo que ya había probado. Agarré una de las botellas y me dirigí a las cajas mirando distraídamente las estanterías y haciendo un repaso mental de lo que tenía en la cocina.

—¿Carol? —escuché a mi espalda.

Habían pasado más de doce años desde la última vez que oí esa voz pero, en ese momento, habría jurado que apenas había pasado un día, así que la reconocí al instante.

—Cris —dije quitándome las gafas y bajando la mirada al suelo —. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí. Doce años —me informó como si no supiera exactamente cuánto—. Así que es cierto que estás viviendo aquí.

Me miraba con una expresión que no sabía identificar. Por una parte había incredulidad y sorpresa, cosa que deduje por su forma de moverse, pero también identifiqué alegría por momentos e, incluso, admiración. Esa expresión la conocía a la perfección porque era la que tenían todos mis fans al verme y estaba acostumbrada a detectarlo en los ojos de la gente. Me observaba de arriba a abajo, haciendo una fotocopia mental de todo: mi ropa, mi gorro, mi cara. Se paró en la botella que llevaba en las manos y que yo escondí en mi espalda en un acto reflejo.

Su cara expresaba una mezcla de sentimientos y, entre ellos, había uno que, aunque me costó al principio, al final pude identificar.

En sus ojos había resentimiento.

En los míos, vergüenza.

—Sí, temporalmente —le expliqué—. Ya sabes, arreglando algunos asuntos de mi madre.

—Estuve en el entierro. Lo siento mucho, era una gran mujer.

—¿Estuviste? No te vi, pero gracias por acudir. Ella te quería mucho.

—Yo también la quería mucho y por supuesto que fui. Fuimos todos. Y es lógico que no nos vieras, estabas rodeada de

guardaespaldas enormes.

—Bueno, ya sabes, la seguridad y esas cosas.

—No, no sé qué son esas cosas —me dijo negando con la cabeza—, pero sí sé una muy importante y es que aquí no la necesitas, Carol. Esta es tu casa. Somos tus vecinos y nadie te haría daño nunca. Todos estamos orgullosos de ti.

No se me escapó el modo de recalcar la palabra vecinos, cuando en otra época nos llamábamos hermanas. De hecho, hicimos juntas hasta una ceremonia para mezclar nuestra sangre. Como si me hubiera leído el pensamiento, se frotó la mano derecha justo en el lugar donde nos cortamos para sellar nuestra alianza.

—¿Y cómo estás? —le pregunté intentando borrar ese recuerdo y, al mismo tiempo, cambiando de tema.

—Ya ves, haciendo la compra.

Se quedó mirando su carro con cara triste. En ese momento no supe qué estaba pensando o qué se estaba callando, pero intuí que hacía un verdadero ejercicio de fuerza de voluntad para no recriminarme muchas cosas y yo volví a intentar dirigir la conversación hacia otro lugar.

—¡Pues te veo muy bien! Estás muy guapa, Cris.

—Bueno, no tanto como tú. Eres una superestrella de Hollywood y, a pesar de esas enormes gafas y ese gorro, se nota el *glamour* y el estilo a distancia. No es muy buen disfraz —me susurró tapándose la boca y mirando a su alrededor—, te lo digo por si quieres pasar desapercibida.

—No es lo que quiero —mentí—, es lo primero que he pillado. Tampoco tengo aquí mucha ropa.

—Entiendo, entonces… ¿vas a quedarte mucho tiempo? —me preguntó directamente.

—No lo sé todavía.

—Bueno, pues si estás por aquí puede que nos veamos —hizo una pausa y me miró con tristeza—. Adiós, Carol.

Sé que me lo merecía, que ese tono de indiferencia y, en cierto modo, de desprecio era lo que me había ganado en todo ese tiempo. A pesar de los años, la seguía considerando mi hermana y quise abrazarla como si no hubiera pasado ni un sólo día desde que nos

hicimos ese corte en la mano mezclando nuestra sangre. Quise contarle mil cosas y que ella me contara las suyas. Pero habían pasado doce años y eran demasiados. La vi marcharse empujando su carro y llenándolo con alimentos que iba seleccionando de cada estantería. Y yo volví a ponerme las gafas, como si pudiera esconderme detrás de un disfraz estúpido y no ser reconocida.

Miré la botella que llevaba y tomé la primera cesta que vi para esconderla debajo de una bolsa enorme de palomitas. De camino a la caja me hice con unas cuantas latas de atún y algo de jamón cocido.

«Pero no es para el maldito gato, ¿eh? —me dije a mí misma—. Es para disimular ante la cajera. No se vaya a pensar que sólo llevo en la cesta whisky y palomitas».

La chica de la caja no debía tener ni veinte años y, al mirarme, se le iluminó la cara como si estuviera frente a su artista favorita. Quizás yo lo fuera.

Haber vuelto a alojarme en la casa de mi infancia, entre tantos recuerdos de mi juventud, ver a mis antiguos amigos… todo eso me había hecho retroceder en el tiempo. Eso casi me hizo olvidar que, aunque yo me consideraba Carolina Martínez, aquí había gente que me veía exclusivamente como Carolyn, la gran estrella de cine.

La chica abrió la boca para hablar pero no salió ningún sonido.

—Hola —le dije sonriendo—, creo que necesitaré una bolsa para todo esto, por favor.

—Sí, enseguida , señorita Matz.

—Gracias, Lucía.

—¡¿Sabes cómo me llamó?! —preguntó abriendo los ojos de par en par y haciendo que su voz sonase dos octavas más alta.

—Lo pone en tu identificador —le dije señalando el lugar donde llevaba la placa con su nombre—. Te llamas, Lucía, ¿no?

—Oh, my God. —exclamó en un inglés exagerado— Sí, así me llamo. Eres increíble. Me he visto todas tus películas por lo menos tres veces cada una. Y eres más guapa incluso en persona que en el cine o en las fotos. Y, además, eres súper amable. —La chica hablaba atropelladamente apretando contra su pecho las latas de atún que todavía no había pasado por el sensor—. Pero no te

preocupes, porque yo no voy a decir nada de dónde estás ni nada. Voy a cumplir el pacto y no voy a publicarlo en X ni en mi Instagram ni en ningún sitio…

—¿El pacto? —pregunté extrañada.

—En serio, me moriría antes de hacerlo. Eres genial y súper guapa. Te lo he dicho ya, ¿verdad? Pero es que lo eres. Y ese novio tuyo también. Marcus Lovett, madre mía. Vuestro hijos serán preciosos y…

—Perdona Lucía, no quiero ser borde pero tengo un poquito de prisa —la interrumpí viendo que a este paso podría caducar el atún —. Voy a estar más por aquí. Si quieres, un día nos hacemos una foto o te firmo un autógrafo o ambas cosas, pero tengo que irme. Lo entiendes, ¿verdad?.

—¿Te harías una foto conmigo? —me preguntó ilusionada. Después de unos segundos tomó aire profundamente y bajó la vista a mi compra—. Sí, señorita Matz, perdóneme —dijo pasando los artículos a toda prisa y metiéndolos en una bolsa—, muchas gracias por venir y vuelva pronto, por favor.

La chica se quedó mirándome sonriendo y diciéndome adiós con la mano. Sin duda, de todas las cosas buenas que tenía mi trabajo, esta era la mejor.

Cuando entré por la puerta, el gato estaba esperándome en el centro del salón, apoyado sobre sus patas traseras y mirándome fijamente.

—En serio, vas a tener que explicarme por dónde te cuelas —le dije enseñándole la compra—. ¿Qué quieres, jamón o atún?

Me senté a una distancia prudencial viendo cómo el gato devoraba el jamón y se relamía. Había algo catártico en observar cada uno de sus movimientos.

—He visto en el súper a una de mis antiguas mejores amigas —le conté mientras se lamía las patas—, y la cajera me ha reconocido. Lo del gorro y las gafas ha sido una idea estúpida, gato. Además, la chica ha dicho algo muy extraño. Que iba a cumplir el pacto. ¿Qué crees que será eso del pacto?

CAPÍTULO 9

—¿Por qué estás tan estresada?

—Por el gato.

Era la segunda vez que iba al bar de Josh y, cuando me saludó, fue como si no hubiéramos pasado toda una vida sin hablar. Entré, me senté en la barra y dejé caer mis brazos cruzados apoyando mi cabeza encima de ellos. Era un gesto muy dramático, lo sé. Pero soy actriz y el drama corre por mis venas como la música por las de un pianista.

—El gato —repitió mecánicamente.

—Sí. —Levanté la cabeza y puse mi mejor puchero—. Y soy alérgica. Lo echo de mi casa pero vuelve… todas las noches.

—¿Le has dado de comer? Porque si lo has hecho, el gato volverá. Es lógico.

—Sí, pensé que al darle de comer se largaría. Pero vuelve todos los días. ¡Soy Alérgica, Josh!—le repetí— y me está matando. Pero me he dado cuenta de que tiene una pata enferma y cojea. Ha debido hacerse daño o ya la tenía así, no lo sé. La cuestión es que ahora me da mucha pena y no tengo valor de tirarlo a la calle de nuevo. Así que por eso estoy aquí.

Porque un puto gato me ha echado de mi propia casa. —Volví a dejar caer la cabeza sobre mis brazos cruzados en la barra.

—¿Sabes que los gatos te eligen, no?

—Claro, me ha elegido porque necesita una casa y comida —protesté sin levantar la cabeza.

—Ahí es donde te equivocas. Te ha elegido porque tú lo necesitas a él. No al revés.

—¿Yo? —Levanté de nuevo la cara para mirarlo fijamente—. Claro, Josh. Necesito que el gato me arañe todos los muebles, se suba por todas partes tirando y rompiéndolo todo y me deje la casa llena de pelos para provocarme un *shock* anafiláctico.

—Los gatos son seres místicos, ¿sabes? —siguió diciendo ignorando por completo mi actitud infantil—. Cuando un gato llega a tu vida, es porque realmente eres tú quien lo necesitas. Son capaces de absorber y alejar las malas energías.

»Ese gato te ha elegido entre todas las personas porque ha venido a socorrerte o a enseñarte algo. Aunque ahora no lo veas ni lo comprendas. Lo que necesitas no lo sé, pero lo descubrirás, créeme. Los gatos son unos animales fantásticos.

Me quedé callada, pensando en lo que acababa de decirme. Josh tenía la capacidad de decir la palabra justa y dejarte sin capacidad de reacción. La tenía incluso cuando éramos adolescentes. Aunque según fui descubriendo poco a poco, a diferencia de antes, en nuestra edad adulta lo escuchábamos atentamente. Cuando éramos adolescentes y se ponía así, directamente le dábamos una colleja.

—Pues mientras descubro qué es lo que ese gato cree que puedo necesitar te diré lo que necesito yo ahora mismo.

—Déjame adivinar… ¿un whisky?

—Exacto. Sólo y sin hielo.

—¿Siempre tomas whisky? —me preguntó mientras me servía la misma bebida barata que el primer día.

—Sólo cuando estoy estresada.

—Sabes que podrías hacer otras cosas contra el estrés que no sea beber, ¿verdad?

Me reí porque era como si Josh me hubiera leído el pensamiento. Siempre lo hizo y parece ser que no había perdido ese talento.

—Sí, ya. Hay otra cosa que me ayuda a relajarme pero, en estos momentos, no puedo conseguirla así que tendré que conformarme con el whisky —le dije levantando mi copa y haciendo el gesto de brindar antes de beber.

—¿Puedo ayudarte yo a conseguirla?

Mis carcajadas resonaron en todo el bar. Los pocos clientes que habían se volvieron hacia mí sin disimular. Habían estado observándome de reojo y cuchicheando todo el tiempo pero ahora, ante mis risotadas, me miraron descaradamente.

—No, Josh —respondí cuando conseguí dejar de reír—, nunca te pediría eso. Sería muy raro.

—Bueno, si lo que necesitas es lo que estoy pensando, creo que no te lo puedo ofrecer. Así que no podría ayudarte aunque me lo pidieras, pero conozco a alguien que sí que podría dártelo.

—¿A qué te refieres? —fruncí el ceño porque me había perdido —. Creo que no te entiendo o no estamos hablando de lo mismo.

Por un momento pensé que Josh estaba saliendo del armario conmigo y eso nunca me lo habría imaginado.

—Bueno, te refieres a drogas, ¿no? —me dijo en voz baja.

—¿Drogas? ¿Eso es lo que crees que era a lo que me refería? Como soy una actriz y vivo en Hollywood ¿piensas que soy una drogadicta o algo así?

—No —me contestó sin perder la calma—, no pienso que seas una drogadicta, Carol. Hace doce años que no sé nada de ti y la vida ha dado muchas vueltas desde entonces. Apenas reconozco a la chica que conocí en mi adolescencia. A la que fue una de mis mejores amigas. La Carol de entonces nunca habría tomado drogas pero tampoco habría tomado whisky sin hielo, un jueves por la tarde y a solas.

—No estoy sola. Estoy contigo.

—Yo sólo soy el camarero.

Nos miramos fijamente como en una especie de duelo donde las armas, en vez de espadas, eran las palabras.

—Tú eres mi amigo —le dije sin pestañear.

Tenía miedo de que me dijera: «Tú ya no lo eres» o «Tú dejaste de serlo cuando te fuiste sin decirnos nada». Esa habría sido una estocada mortal. Pero no dijo nada parecido y a mí, en ese momento, me pareció que se mordía la lengua perdonándome la vida. Simplemente pasó el paño por la barra limpiándola.

—Tienes razón —concluyó y yo suspiré aliviada —. Nada de drogas… y dime, ¿Qué vas a hacer con el gato?

—Pues deshacerme de él, lógicamente. Pero antes quiero llevarlo al veterinario para que le curen esa pata. No soy ningún monstruo. ¿Sabes si sigue estando la clínica en VillAlLado?

—¡Madre mía, cuánto tiempo sin escuchar eso! —dijo riéndose echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿Es que ya no lo llamáis así? —le pregunté mientras le enseñaba el vaso para que me lo llenara de nuevo.

—No, Carol. Eso era cuando éramos críos. Pero respondiendo a tu pregunta, vas a tener suerte. La clínica la pasaron aquí cuando se jubiló el antiguo dueño. Ahora la lleva otro doctor y la puso en la calle Velázquez. Está en un local que antes era una lavandería. ¿Sabes dónde te digo?

—Más o menos. Creo que lo recuerdo pero, si me pierdo, lo buscaré en Google. Tengo que comprar varias cosas antes. También necesito algo para llevar al gato. Un…

—Trasportín. Tengo uno justo aquí mismo. En la trastienda.

—¿En serio?

—Sí, tuve un gato hace unos años. Y ese cuarto es como un cajón desastre donde guardo todo tipo de trastos.

—Por eso sabes tanto de gatos, ¿no? ¿A ti te ayudó el tuyo en lo que necesitabas?

—Sí, Carol. Y como a ti ahora, al principio me costó comprenderlo. Pero al final lo descubrí.

Me fui a casa pensando en todo lo que me había dicho Josh. Era extraño, porque hasta ese momento no había reparado en que lo había echado de menos. En mi camino al éxito gané mucho dinero, fama y reconocimiento, pero perdí otras cosas.

Quizás luego tendría que hablarlo con Hook.

CAPÍTULO 10

No era definitivo porque no pensaba encariñarme con ese animal que había invadido mi hogar y perturbado la tranquilidad que buscaba. Ponerle de nombre Hook era para no llamarlo gato, a secas. Tampoco iba a quedarme con él, ni mucho menos. Si mi madre viera lo que le estaba haciendo a sus cortinas se levantaría de su tumba. Además, estaba el hecho de que cada vez que me acercaba comenzaba a estornudar y me picaban los ojos. No suponía una alergia de las graves, pero resultaba bastante molesto.

Así que no.

Aunque me mirara con esos ojos suplicantes, aunque se pasara el día haciendo cosas graciosas y aunque me hiciera compañía. Seguía siendo un no definitivo y rotundo. No podía quedarse conmigo. Lo llevaría al veterinario, procuraría que lo curaran y le buscaría un hogar.

La clínica estaba justo donde me había indicado Josh y me sorprendí a mí misma llegando a la primera y sin dudar. Recordaba perfectamente dónde estaba la lavandería que ahora había sido sustituida por la clínica veterinaria.

—Buenas tardes —dije a la recepcionista al entrar.

La persona detrás del mostrador me miró de arriba a abajo. Estaba acostumbrada a que me miraran con una expresión de sorpresa, pero por una vez fue la reacción de esta mujer la me sorprendió a mí. O bien no sabía quién era yo o le importaba tres pimientos.

—Ah, tú eres Carrolyn Matz —me dijo con un marcado acento ruso—, la chica de la que todos hablan en este pueblo.

—Bueno, sí. Carolina Martínez, si no le importa. —Efectivamente me conocía pero estaba claro que le era indiferente quién fuera yo —. Carolyn Matz es sólo mi nombre artístico.

—A mí me da lo mismo. Si usted quiere Carrolina, pues Carrolina será. Es su nombre. Dígame, ¿qué nos trae ahí? —me preguntó señalando con el mentón el trasportín.

—Es un gato, creo que se ha hecho daño en una pata.

—Qué bien, otro gato —dijo sin entusiasmo—; espere aquí, voy a preguntar al doctor si puede atenderla ahora.

Al cabo de unos minutos, la mujer volvió, se sentó detrás de su escritorio y me hizo señas para que me acercara.

—Usted no tiene ficha aquí, ¿verdad? Tendrá que darme sus datos y los de su gato.

—No es mi gato —me apresuré a corregirla—. Pero claro, le daré mis datos.

—Carrolina Martinez me ha dicho, ¿no? —Yo asentí a su pregunta—. Dígame domicilio.

—Calle Carolyn Matz.

La mujer levantó los ojos y los dirigió hacia mí sin mover la cabeza. Luego, siguió escribiendo en su ordenador suspirando ruidosamente.

—En datos del animal pondré Gatopardo sin nombre.

—Lo llamo Hook —le dije sin pensar.

—¿No ha dicho que no es su gato? ¿Le ha puesto nombre? —me preguntó levantando una ceja.

—Era por no llamarlo gato —le contesté como si fuera lo más lógico del mundo

—Claro, claro. —Escribió en su ordenador y pude ver cómo sonreía con suficiencia—. El doctor está libre, puede usted pasar. Es la puerta del fondo —me informó.

Hook no hacía más que maullar, seguramente sería el olor de otros animales que sólo su pequeño y superdesarrollado olfato podía percibir. Estaba nervioso y maullaba sin parar. Más tarde caí en la cuenta de que quizás me estaba advirtiendo de algún peligro. O quizás, como me había explicado Josh, intentaba alejarme de la energía negativa que sabía que iba a encontrar al abrir la puerta del fondo.

Demasiado tarde.

—¡¿Oliver?!

—Hola, Carolina.

—¿Tú eres el veterinario? —dije sorprendida mirando a todos lados.

En las paredes de la consulta había cuadros enmarcados de su orla de la facultad de veterinaria, de cursos de especialización y hasta un máster. En todos estaba su nombre en letras bien grandes. Efectivamente, él era el veterinario.

—Sí. Soy yo. ¿Esperabas a otra persona? —me preguntó al tiempo que escribía algo en su agenda.

—No, no esperaba a nadie en particular, sólo que Josh no me lo dijo. «Maldita sea —pensé—. Voy a matar a ese tío en cuanto vuelva a su bar».

—Vaya, ¿has hablado con Josh?

—Sí, un par de veces.

—Entiendo. A mí tampoco me dijo que había hablado contigo. Es el Josh de siempre, con su particular sentido del humor. Se debe estar partiendo de risa en su casa.

El silencio que siguió a nuestras palabras de presentación se vieron interrumpidas por Hook, quien maulló pidiendo atención.

—Dime, Carolina, ¿qué me has traído? —dijo levantándose hacia mí y colocando el trasportín sobre una mesa quirúrgica.

Llevaba una bata verde y barba de tres días. Al acercarse a mí comprobé que era mucho más alto de lo que recordaba y claramente

mucho más fuerte. El chico enclenque que fue mi mejor amigo en la adolescencia había desaparecido por completo.

—Estás muy cambiado —le dije casi sin pensar. Me arrepentí enseguida, pero no pude evitarlo. Se me había escapado.

—¿Tú crees? —me preguntó al tiempo que miraba a Hook a través de la rejilla del trasportín—. Puede que sea porque llevas más de doce años sin verme. La gente cambia mucho en doce años, y más desde la adolescencia.

Realmente estaba muy diferente a como lo recordaba. No sólo era esa barba de tres días, sus ojos verdes tenían una expresión distinta. Más madura y adulta.

—Josh no está tan cambiado.

—El bueno de Josh ya era mayor a los cinco años —dijo riéndose. No recordaba esa risa, hasta en eso había cambiado. Era una risa tranquila que encontré absolutamente acogedora—. Es de esas personas que siempre han tenido cara de hombre, incluso de niño. Ya sabes, un viejoven. Yo tardé un poco más en desarrollarme.

—Sí, ya me he dado cuenta

Mientras hablábamos, Oliver tanteaba a Hook y yo estornudaba. No pude evitar mirarlo de arriba a abajo. Se había convertido en todo un hombre. Tenía el pelo más oscuro de lo que recordaba y los labios más gruesos. Por un momento me quedé absorta mientras lo observaba con detenimiento y hasta sentí envidia. ¿Desde cuándo era tan atractivo?

—Para mí tú no estás cambiada. Te he visto crecer cada año, aunque sólo fuera a través de una pantalla.

Cerré los ojos y sentí el impacto del golpe, metafóricamente hablando, por supuesto. Esa era la primera bofetada que me lanzaba y sabía que no iba a ser la última.

—Ya, bueno, pues te veo muy bien —le dije pasando por alto el comentario.

—No tan bien como tú. Vamos a ver a ese pequeñín que traes ahí —añadió dando por terminada la ronda de cumplidos.

Abrió con cautela el trasportín tanteando la posible agresividad del gato, pero este lo único que hizo fue maullar lastimeramente.

—Se cuela en mi casa todas las noches. —le expliqué— Tiene algo en la pata derecha. En esa que estás sosteniendo ahora mismo.

—Sí, ya lo sé.

—Es un gato callejero, pero me da pena verlo herido. En cuanto lo cures, lo devolveré a la calle o le buscaré un hogar. Tengo alergia a los gatos, ya me ves —dije sonándome la nariz—, no puedo quedármelo.

—Sí, ya veo —asintió examinando su pata—. Oye, sentí mucho lo de tu madre. Era una mujer estupenda y muy cariñosa.

—Gracias. Sí que lo era.

Oliver examinó en profundidad a Hook. Le miró las orejas, los dientes y los ojos. Le palpó, le dio la vuelta y auscultó.

—Bueno, parece ser que tu gato no es callejero.

—Ah, ¿no?

—No, no lo es. ¿Recuerdas cuando veíamos de pequeños la peli del *Dr. Doolitle*?

—Claro, siempre querías ver la misma. La verdad es que eras un poco pesado —le dije sonriendo intentando que mi comentario aliviara la tensión de antes.

—Sí, es cierto. Pero es porque me identificaba con el doctor, ¿sabes? Ahí empecé a pensar que me gustaría ser veterinario. Yo también puedo hablar con los animales y el gato me ha dicho que lo han abandonado.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Sí, quizás es que se ha perdido, aunque él piensa que lo han abandonado y está muy enfadado y triste. Eso me ha dicho.

—A ver, ¿acabas de decirme que puedes hablar con los animales? —le pregunté con cautela—; te refieres a que entiendes sus comportamientos, ¿no? No piensas realmente que hablas con ellos, ¿verdad?

Oliver me miraba serio, así que estuve a punto de agarrar a Hook y salir corriendo de la clínica para ir a decirle un par de cosas a Josh. La primera, que no me hubiera avisado de que el veterinario era Oliver y, la siguiente, que se le había ido la olla y pensaba que hablaba con los animales.

—Estoy bromeando, Carolina, cambia esa cara de susto. —No sé si sentí alivio o rabia al escuchar su risa. Se había burlado de mí y yo había caído en la broma como una tonta—. El gato está castrado y es demasiado dócil y cariñoso. Este animal tenía un hogar y unos dueños. Creo que lo han abandonado. No lo conozco y soy el único veterinario del pueblo y los alrededores. La patita la tiene herida, debieron tirarlo desde un coche o algo parecido.

—¿Lo tiraron?

—Eso creo.

—¿Pero quién haría algo así? —pregunté indignada.

—¿Abandonar a un amigo? ¿A alguien con quien has compartido años de tu vida y que seguramente te ha dado su cariño? Pues mucha gente, Carolina.

La segunda bofetada. Intenté obviar el comentario y desviar la conversación de nuevo.

—¿Tiene cura?

—¿La pata? Claro que sí. ¿Vas a hacerte cargo de los gastos?

—Por supuesto.

—Necesitará radiografías, tendré que inmovilizar la pata y habrá que darle medicación para la inflamación y antibióticos.

—Claro, lo que sea necesario. No es problema —dije con decisión.

—No es sólo cuestión de dinero. ¿Estás dispuesta a darle las pastillas? No es fácil, ¿eh? Además, está tu alergia. Tendrás que ir al médico a que te mande algo para controlarla. Podrías empeorar y poner en riesgo tu salud.

—Iré al médico entonces. —Estaba molesta y lo único que quería era salir de allí cuanto antes—. Lo cuidaré hasta que se recupere.

—Vaya, Hook —dijo acariciando al gato—, vas a tener suerte, colega. Te van a cuidar. Aunque ya has oído, sólo hasta que te cures, así que no te hagas muchas ilusiones. Por lo menos te han avisado. Luego te abandonará también a ti.

Tercera bofetada y, además, esta me dolió especialmente.

—No te pases, ¿vale?

—¿Que no me pase? No tienes ningún derecho a decirme eso.

—¿Tengo que buscar otro veterinario? Dímelo ya.

—¿Vas a volver a salir huyendo? ¿Es eso? ¿No te gusta escuchar la verdad?

—¿Vas a curar a Hook o tengo que buscar otra clínica? —le insistí.

—Por supuesto que curaré a tu gato. No pienso abandonar a un animal a su suerte. No soy como tú.

—Ya basta, me voy.

Intenté meter a Hook en el trasportín pero no se dejaba. Debido al acaloro por la discusión y a mis nervios, sin querer le agarré de la pata herida y se revolvió al sentir el dolor, arañándome en la mano.

—¡Mierda! —exclamé al ver la sangre— ¡Mierda, joder!

—Espera, déjame ver la herida. —Tomó mi mano entre las suyas y con suma delicadeza empezó a curarla.

No quería llorar. No podía hacerlo delante de Oliver. Estaba enfadada aunque sabía que merecía el trato que me estaba dando. Era mi mejor amigo y lo abandoné. Todo lo que me había dicho era la verdad más absoluta.

Lo miraba a los ojos intentando ver al Oliver de mi infancia, a mi compañero de pupitre en el instituto, a mi confidente y cómplice en tantas aventuras. Pero ya no estaba. Lo había perdido completamente.

Los dos estábamos heridos aunque fuera yo la única que estaba sangrando.

CAPÍTULO 11

Hook estuvo todo el día intentando redimirse conmigo. Creo que se sentía culpable de haberme arañado. ¿Los gatos tienen sentido de culpabilidad? Cuanto más se acercaba a mí, más estornudos me provocaba. Así que estuvimos jugando al escondite por la casa durante toda la tarde. Tenía que darle las pastillas que me había dado en la clínica y, aunque delante de Oliver no lo quise reconocer, no tenía ni idea de cómo hacerlo, así que empecé a ver tutoriales y diferentes trucos en Youtube y Tiktok.

Ya había desperdiciado al menos cuatro de las pastillas cuando empecé a agobiarme al pensar que la salud de Hook podía estar en peligro si no le daba los dichosos antibióticos. Pero nada parecía funcionar. Mezclaba la pastilla con el atún y el puñetero gato limpiaba el cuenco entero dejándola completamente impoluta en el centro. Se paraba delante mirándola y, a continuación, me observaba a mí con suficiencia.

Se la enrollaba en una loncha de jamón y, cuando ya creía que se la había tragado, la escupía en el suelo o encima del sofá.

No era tan fácil como yo creía.

—Si no te tomas eso tú solo, te llevaré al hombre de la bata verde otra vez —le advertí.

En realidad no quería salir de casa excepto lo estrictamente necesario.

En todas las excursiones que había hecho por el pueblo hasta ese momento, me había encontrado por sorpresa a alguien de mi pasado. A la única que no había visto todavía era a Verónica. Esta vez pensaba adelantarme yo, no volvería a tener otra sorpresa, así que fui al bar de Josh a preguntarle.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —le dije nada más entrar y sentarme en la esquina de la barra.

—Pues sí, pero no sé exactamente a qué te refieres.

Mentía, lo pude ver en su sonrisa picarona y la manera que tenía de evitar mirarme.

—Ya lo sabes, no te hagas el tonto. Podrías haberme advertido de que Oliver era el veterinario ahora. Me mandaste directamente a una trampa.

—Ah, eso… sí —siguió sonriendo sin ningún disimulo—. No seas exagerada, no fue una trampa, fue una sorpresa Pensé que te gustaría.

Yo negué con la cabeza y puse los ojos en blanco, le pedí un whisky y me lo bebí en un par de tragos.

—Josh, dime—le pregunté después de apurar el vaso. Tenía aún una persona más con la que encontrarme y ya no quería más sorpresas—. ¿Y Vero? Te he visto a ti, me encontré a Cris en el súper y Oliver resultó ser el veterinario. Gracias otra vez, por cierto. Solo me falta Verónica. ¿Dónde está?

—¿No sabes nada de ella?

—¿Hay algo que tenga que saber?

—Han pasado doce años, Carol. Hay muchas cosas que tendrías que saber. Pero no me corresponde a mí decírtelas. —Todo empezaba a sonar demasiado misterioso—. Tendrás que averiguarlas tú o directamente ir a la fuente principal a informarte. Puedo decirte dónde trabaja.

El gimnasio de Verónica estaba a las afueras del pueblo, en el polígono, al cual se podía ir perfectamente andando. Ventajas de

vivir en un sitio pequeño. Lo tenía en una antigua nave industrial que parece ser que ella había transformado en un moderno complejo deportivo. Tuve que hacer memoria para recordar lo que había antes allí. Se encontraba justo al lado de la fábrica en la que había trabajado mi madre durante años.

Cuando entré había una chica alta y morena en la recepción. Vestía ropa deportiva y su top tenía una estampación en letras rosas donde decía «VeroSport» que le cubría todo el pecho.

Antes de que pudiera preguntar nada a la chica, se abrió una puerta de detrás del mostrador y salió Verónica para decirle algo a su empleada.

—Laura, necesitamos cargar estos recibos cuanto antes y el proveedor me acaba de llamar, me ha dicho que vendrá mañana a las once —le dijo sin percatarse de mi presencia.

—Hola, Vero.

Me encontré con una Verónica completamente cambiada. Doce años eran muchos, como se habían encargado de recordarme tanto Josh como Oliver el día anterior. Pero no dejaba de sorprenderme. Vero llevaba unas mallas y el mismo top que la recepcionista, con el nombre de su negocio. Además, al verla de pie, pude comprobar que tenía la misma estampación en el trasero. Podría haber imaginado que, llevando un gimnasio, estuviera en muy buena forma, pero no me esperaba encontrarme con una auténtica deportista profesional. Era la viva imagen de los *posters* que anunciaban productos para el rendimiento deportivo. Recordaba a Verónica haciendo siempre deporte, pero verla así fue del todo inesperado.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sin pestañear.

El recibimiento era más o menos el que me esperaba. Así que no hubo sorpresa.

—Josh me dijo dónde trabajabas.

—Josh es un bocazas.

—No, en realidad yo le pregunté. Eras la única a la que no había visto todavía y…

—¿Ya has hablado con todos?

—Más o menos. ¿Cómo estás?

—Estoy trabajando, Carol. Mi trabajo no será tan importante como el tuyo, pero no tengo tiempo de ponerme al día. Doce años no pueden resumirse en un *Cómo estás.*

—No pretendía eso.

—Pues si no vienes a apuntarte al gimnasio, no me hagas perder el tiempo.

Me dio la espalda y se dirigió a una puerta que supuse daría acceso a las instalaciones.

—¡En realidad sí! —dije sin pensarlo ni un momento—. Quiero apuntarme. ¿Puedes aconsejarme?

Vero se paró en seco y echó la cabeza atrás riéndose exageradamente.

—¿De verdad quieres apuntarte a mi gimnasio? —me dijo volviéndose con los brazos en jarras—. La Carol que conocí era alérgica al ejercicio físico y a sudar.

—Bueno, en Hollywood tenía un preparador personal, así que tendré que intentar mantenerme en forma mientras estoy aquí.

—Laura puede informarte de todo, horarios, grupos, modalidades y tarifas —me dijo señalando a la recepción y queriendo marcharse otra vez.

—¡Quiero ver las instalaciones! —exclamé insistiendo— ¿Me las puedes enseñar? Y, ya que estamos, me aconsejas lo que creas que puede irme bien. No quiero nada agresivo.

Vero respiró profundamente y negó con la cabeza apretando los labios. En eso no había cambiado, era un gesto característico suyo cuando intentaba controlarse. A regañadientes me instó a seguirla y fue enseñándome las distintas salas de entrenamiento con las que contaba el recinto. Todo era muy diáfano, moderno y funcional. No tenía nada que envidiarle a un gimnasio de una gran ciudad.

—De acuerdo, Carol. ¿Qué solías hacer?

—Pues *crossfit*, TRX y algo de *body combat*. Sobre todo eran entrenamientos enfocados en prepararme para alguna película.

—Sí, te vi en *Matar o morir*.

—¿En serio? Para esa película tuve que entrenar duro ¿Te gustó?

—Nos gustó mucho, sí. Y tú estabas muy en forma. Hicieron un gran trabajo en ese sentido.

No sabía en ese momento a quién se refería hablando en plural, pero de pronto me acordé de que en esa película tenía una escena bastante explícita con un desnudo frontal incluido. Fue uno de mis primeros papeles como coprotagonista, aunque sólo fuera dándole la réplica al actor principal masculino. Nada más y nada menos que al americano Cooper Cassidy. Había visto muchos chicos de gimnasio en mi vida y mucho más desde que llegué a Hollywood, donde el culto al cuerpo era algo fundamental, pero cuando vi los músculos de Cooper en directo, me convertí de golpe en una fan más. Estaba modelado como una escultura de Miguel Ángel. Lo primero que dije cuando lo vi fue: «Eso no puede ser real».

En la película yo interpretaba a la hija de un diplomático a la que habían secuestrado y Cooper al hombre encargado de rescatarme. El que una hija de diplomático tuviera experiencia en combate y en artes marciales era uno de esos detalles de las pelis de acción incomprensibles, pero la excusa perfecta para llenarme de armas y hacerme volar dando patadas y embadurnar mi cuerpo de aceite que simulara el sudor de la pelea. También para que, a lo largo de la escenas de lucha, yo misma fuera rasgándome el vestido para quedarme prácticamente en ropa interior, se suponía que para luchar mejor.

Después de una intensa y larga escena de una de esas luchas, nuestros personajes se refugiaban en una casa de algún millonario que estaba convenientemente vacía y a la que mi rescatador pudo acceder saltándose toda la seguridad. Además, la casa estaba equipada con todo lo que unos fugitivos pueden desear y necesitar: *jacuzzi*, buen vino en la cocina e, incluso, una nevera llena con todos los manjares más afrodisíacos que alguien pudiera imaginar. Y, por supuesto, un botiquín perfectamente equipado con todo lo imprescindible para hacer curas e, incluso, suturas. El personaje de Cooper, además de un experto luchador de artes marciales, en estrategia de combate y con amplios estudios de informática y química, contaba con conocimientos de anatomía humana, sobre todo la femenina, y también en medicina y enfermería. Era todo un partidazo.

Entonces llegaba la escena culminante de la película. Por supuesto, el héroe tenía que inspeccionar mis heridas y, para ello, tenía que desnudarme… más de lo que ya estaba. Flinn, que así se llamaba el personaje que interpretaba Cooper, me apartaba los restos de mi vestido, que hecho jirones aún tapaba la parte superior de mi torso, dejándome en sujetador. En mi hombro tenía un corte que se veía a simple vista sin necesidad de quitarme el vestido, pero bueno, también obviaremos ese detalle.

La herida no sangraba demasiado pero Flinn, con sus amplios conocimientos en medicina me miró a los ojos e hizo un diagnóstico preciso.

—Esta herida necesita puntos. Va a dolerte.

El guion tampoco es que fuera muy bueno y mi parte de diálogo era escasa. Recuerdo al director dándome instrucciones.

—Carolyn, pon cara de chica inocente, estás asustada pero, al mismo tiempo lo deseas; estás cansada, pero no quieres que deje de tocarte; las heridas te duelen, pero no te importa porque solo quieres que él te cure para así tocarlo.

Esa fue una de mis primeras películas en Hollywood. Tenía unos rasgos exóticos y a los americanos les encantaba pero, al principio, estos eran los únicos papeles a los que podía acceder.

Quise dar mi opinión sobre ciertas partes del guion que no entendía. ¿Cómo podía interpretar esas cosas tan contradictorias? Era tan inverosímil y poco creíble que pensé que en la postproducción se vería como una parodia. Pero no, me insistieron que era una película seria.

Yo quería triunfar en Hollywood y acepté hacer todo lo que mi director me indicaba.

Seguiré describiendo la escena porque creo que es importante para comprender los acontecimientos de los que luego hablaré.

Me he quedado con que Flinn me informaba que necesitaba puntos, así que se quitó la camiseta poniendo a escasos centímetros de mí todos sus abultados, sudorosos y perfectamente marcados abdominales. Lo de ese hombre era realmente un espectáculo y un gozo para la vista, así que la parte de actuar como si lo deseara no me costó demasiado. Obviaremos también lo de que necesitara

quitarse la camiseta para coserme la herida que apenas sangraba y parecía más bien un simple arañazo.

Flinn me miró a los ojos y luego bajó hasta mi boca, donde tenía un pequeño hilo de sangre en mi labio. Lo retiró usando su pulgar con extrema delicadeza mientras ese gesto provocaba que se tensaran sus músculos pectorales. Yo abrí la boca aunque eso no estuviera exactamente en mi guion. A mi director le encantó y hasta creo que le excitó mi reacción espontánea.

Flinn bajó el tirante de mi sujetador para tener más acceso a la herida y, con un paño limpio mojado en agua tibia, empezó a lavarme con la delicadeza de una bailarina a pesar de sus grandes y fuertes manos. Comenzó a coserme y a cada puntada de la aguja, yo cerraba los ojos con fuerza y me quejaba pero de manera muy sexy. Otra de las indicaciones de mi director que no entendía.

—¡Quéjate, Carolyn! Pero no te olvides de sonar muy, muy sexy. Te duele, pero estás cachonda. Son los preliminares al sexo, hazlo caliente.

En serio que ese director era un auténtico pervertido.

Así que yo me quejaba cada vez que Flinn metía la aguja en mi cuerpo y, al mismo tiempo, gemía de placer. Estaba claro que esa escena se le había ocurrido a algún lumbreras tan pervertido como el propio director.

La aguja simbolizaba el pene del protagonista y coserme era una metáfora de él penetrándome. Así me lo explicaron y así tuve que interpretarlo. Yo debía hacerle creer al espectador que cada puntada era una embestida, así que tenía que gemir y quejarme haciendo que ambos sonidos se fundieran y no se pudiera diferenciar el placer del dolor.

Entonces, al terminar de coserme y sin mediar palabra, Flinn me besaba tiernamente en los labios al tiempo que me susurraba.

—Ya he terminado.

Yo debía mostrar mi agradecimiento porque me había salvado de ese arañazo que apenas sangraba y que ahora iba a dejar a mi personaje una cicatriz de siete puntos en el hombro. No sé de dónde coño sacaban a estos guionistas, pero le habían fastidiado a la hija

del diplomático la posibilidad de llevar vestidos de tirantes para el resto de la saga.

Yo me lanzaba a sus labios para devolverle el beso, aunque con mucha menos delicadeza y sin tanta ternura. Tenía que devolverle su beso con otro más fuerte y profundo, expresando así todo el deseo que la adrenalina de la pelea nos había provocado a ambos. La diferencia entre mi cuerpo y el de Cooper era más que evidente. Yo había entrenado duro y estaba perfectamente tonificada, se notaba en mis abdominales y en mis brazos que, además habían maquillado para marcar todavía más mis músculos. El cuerpo de Cooper, en cambio, no necesitaba de ninguna ayuda.

En toda mi vida había visto algo semejante y, cuando abracé su cuerpo, apenas me alcanzaba para abarcar una mínima parte de su anatomía. En ese momento escuchaba la voz de nuestro coordinador de intimidad y las instrucciones que nos dio antes y durante el momento de rodar la escena y, en lo único en que pensaba era en que se fuera al diablo. En realidad, crucé la línea entre la actriz y el personaje y lo di todo; creo que a Cooper le pasó lo mismo.

Nos separamos del beso, él me sostuvo agarrándome de los brazos y miró hacia abajo, donde aún quedaban restos de mi vestido cubriendo mis caderas y parte de mis muslos. Me alzó como si yo fuera una pluma y me sentó al borde de la mesa. Bajó las manos hasta mis muslos y las subió lentamente hasta la línea de mis bragas. Entonces, como si fuera una simple hoja de papel, terminó de desgarrar lo que me quedaba del vestido, dejándome en ropa interior. Me abrió las piernas y se coló entre ellas.

La cámara cambió el plano en ese momento y enfocó mi cara mientras se intuía que Cooper estaba comiéndome hasta el alma mientras yo me sujetaba a su pelo con una mano y con la otra acariciaba mis propios pechos por encima del sujetador. Y yo gemía cada vez más fuerte, hasta que en el plano entró la mano de Cooper desde abajo sustituyendo mi mano por la suya propia. Me bajó una de las copas del sostén, dejando mi pecho al descubierto.

En el siguiente plano, yo estaba de rodillas sobre una cama con dosel agarrada al cabecero con Cooper a mi espalda. Mis pechos rebotando a cada embestida suya mientras mi guion especificaba

que debía gemir al tiempo que decía «No pares» y «Sigue» cada vez más fuerte. El tercer y último plano de la escena nos situaba en el *jacuzzi*, por supuesto. No iba a nombrarse un *jacuzzi* en la película sin ser utilizado. Cooper estaba sentado y yo encima de él, a horcajadas sobre sus piernas mientras el agua sólo nos cubría convenientemente hasta mitad del pecho. Yo tenía que moverme encima de él mientras mis tetas rebotaban de nuevo, pero esta vez por encima del agua, salpicándole.

Echaba la cabeza hacia atrás en éxtasis absoluto. Él metía su cara entre mis pechos y lamía uno de mis pezones mientras me apretaba el otro.

Cuando terminó el rodaje, Cooper y yo, esta vez sin ningún tipo de guion establecido, quedamos una noche a cenar. Me invitó a su mansión y me propuso reinterpretar las escenas más calientes de *Morir o matar*, sin coordinador de intimidad, sin cámaras ni limitaciones del guion. Tenía el *jacuzzi*, tenía un vino carísimo y ostras, caviar y fresas con chocolate en la nevera.

Follamos encima de una mesa, pero él estaba más pendiente de analizar cómo se tensaban sus músculos que en mirarme a los ojos como en la película. Me llevó a su dormitorio que, curiosamente, tenía una cama con un dosel súper hortera y exagerado, e imitamos la postura de la película. Pero se corrió antes de que pudiera decir por segunda vez «Sigue». Luego insistió en que fuéramos a su *jacuzzi* y abrió una botella de vino. Sin embargo, al igual que en la cama, se corrió mucho antes de llegar a meter uno de mis pechos en su boca.

La película fue una basura, no había por dónde cogerla. En realidad era un vehículo para lucimiento exclusivo de Cooper Cassidy, para que se llenaran las salas de niñas que babeaban por él y hombres que consumían tiros y tetas a partes iguales. Para mí fue el trampolín definitivo para entrar en Hollywood. Nunca más volví a rodar con él y, al coincidir en una alfombra roja, apenas nos saludamos.

No lo había pensado hasta ahora. Todos mis amigos y los vecinos en mi pueblo me habían visto desnuda. No pude evitar ruborizarme.

—¿Entonces qué me recomiendas? —le pregunté intentando cambiar de tema y borrar el recuerdo.

—Depende. ¿Qué es lo que quieres?

—No pretendo parecer *snob*, pero no me apetecería estar en una clase con demasiada gente. ¿Podrías ser tú mi entrenadora personal y trabajar conmigo en alguna hora discretamente?

Verónica parecía estar pensando a mil por hora. Me miró fijamente sopesando mi oferta.

—¿Estás libre por las mañanas? Es cuando más tiempo tengo y suele estar tranquilo. No te encontrarás a mucha gente.

—Claro, por las mañanas me viene bien.

—De acuerdo, vamos a abrirte una ficha entonces.

La seguí de nuevo hasta la recepción, donde la chica de detrás del mostrador nos esperaba sonriente.

—Laura, ¿puedes registrar a Carolina, por favor? Tenemos una nueva cliente, y es de las *vip*.

—Ya lo veo —le contestó sonriente—. Es un placer conocerla, señorita Matz.

—Es Martínez —le corregí de inmediato—. Carolina Martínez, por favor.

Verónica sonrió y se metió detrás del mostrador con la chica. Buscó entre los papeles y me alcanzó un formulario de inscripción junto a un bolígrafo.

—Rellena esto con tus datos. No te preocupes, pon sólo lo imprescindible —me dijo y luego se dirigió a su empleada, la tomó de la cintura y le dio un dulce beso en los labios—. Laura, voy a ser la entrenadora personal de la señorita Martínez. Infórmale de las tarifas y explícale el funcionamiento de todo.

Yo abrí los ojos todo lo que daban de sí. Había intentado por todos los medios adelantarme a las posibles sorpresas de encontrarme a Verónica. No quería ningún sobresalto más, y ahora esto.

—Por cierto, Carol… te presento a Laura, mi novia.

CAPÍTULO 12

A la séptima pastilla que me encontré deshecha y esparcida por el sofá y el suelo, desistí. No podía acercarme prácticamente al gato y, cuando lo intentaba, no paraba de estornudar, los ojos me lloraban y los pañuelos se habían convertido en un complemento imprescindible que me acompañaba a todas partes. No quería tener que recurrir de nuevo a Oliver y, mucho menos, tener que ir a verlo, así que decidí llamar por teléfono a ver si había algún método alternativo para administrar la medicación al gato.

—Clínica Doctor Olittle, soy Nadia. ¿En qué puedo ayudar? —escuché decir con ese tono monótono tan característico.

El nombre de la clínica era gracioso y, escucharlo con el acento ruso de Nadia, todavía más.

—Hola Nadia. Soy Carolina Martínez. Fui el otro día con un gato. ¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto. Dime, ¿necesitas algo? ¿Quieres cita?

—En realidad quería saber si podría hablar un momento con Oliver. Tengo que hacerle una consulta.

—Oliver, teléfono. Es Carrolina —la escuché decir a través del auricular y después dirigirse a mí de nuevo—. Ahora mismo te lo paso. Espera un minuto.

No sabía por qué me ponía nerviosa tener que hablar de nuevo con Oliver, pero de todos mis antiguos amigos, era el que más respeto me imponía. Ni siquiera Vero, con sus músculos y su indiferencia, me había hecho temblar como en ese instante me estaba pasando mientras esperaba sentada en el sofá de mi casa.

—Dime, Carolina. Nadia me ha dicho que quieres preguntarme algo. —Su voz sonaba amable, pero claramente fría.

—Sí. —Tomé aire antes de hablar—. ¿Hay alguna forma de darle las pastillas al gato para que no las escupa? Ya he desperdiciado

siete y no me preocupa el dinero, sino que no está recibiendo la medicación. Necesito ayuda, Oliver, no te lo pediría si no fuera estrictamente necesario.

—Lo sé. Ya te dije que era muy complicado. Puedes traerlo si quieres y nosotros se la damos aquí. O puedo acercarme a tu casa. Me pilla de camino a la mía, así que no es problema.

—¿No hay manera de poder dárselas yo? No quiero molestar más de lo necesario. —En realidad, lo que no quería era tener que rebajarme y reconocer que era incapaz de hacerlo por mí misma. Eso sin contar con que me fastidiaba tener que pedirle ayuda tan pronto.

—No molestas. Además, es importante que se tome los antibióticos. Iré al terminar en la clínica.

—¿Harías eso? —le pregunté sorprendida—. Sería genial, gracias.

—No es ningún favor personal. Es algo que hacemos habitualmente con los gatos. Se ponen menos nerviosos y es más fácil administrarles las vacunas y la medicación en sus hogares. Donde estén cómodos. En la clínica se estresan al oler a otros animales. Puedo pasarme cuando cierre, sobre las ocho y media.

Era evidente que, con toda esa explicación, Oliver quería dejarme bien claro que no me estaba tratando de una manera especial, sino que era parte de su trabajo, pero dudaba mucho de que sus servicios incluyeran acercarse a mi casa cuando terminara su jornada.

Intenté hacer memoria de cuándo fue la última vez que Oliver estuvo en mi hogar de la infancia. Fue el verano antes de irme a Estados Unidos. Habíamos terminado los exámenes de acceso a la universidad. Oliver estaba nervioso por si le daría la nota para entrar en Medicina, que era lo que querían sus padres, y los criticábamos porque no aceptaban lo que queríamos hacer con nuestras vidas. Él soñaba con irse de mochilero por Europa antes de entrar en la universidad, incluso hablábamos de irnos juntos. Yo, en cambio, quería probar suerte como actriz y mis padres se empeñaban en que estudiara una carrera también.

Acostumbrada como estaba a que hicieran las cosas por mí, me di cuenta de que había descuidado mucho la casa. Eché un vistazo rápido y era un auténtico desastre. Aunque había cosas a las que podía echarle la culpa a Hook, para ser justos debo decir que otras, en cambio, eran del todo responsabilidad mía. En Hollywood habría llamado y, a la media hora, habría tenido una cuadrilla de limpieza que hubiera dejado mi casa reluciente. Aquí tendría que apañármelas yo sola.

Cuando dieron las ocho y media estaba exhausta en el sofá, pero con la casa ordenada y orgullosa de mí misma. Eché de menos mi guardarropa, pero intenté arreglarme lo mejor posible con lo que tenía. Esperé pacientemente a que Oliver llamara a mi puerta. Hook, se tumbó a mi lado en el sofá y ronroneó por primera vez desde que se había colado en mi casa y en mi vida.

—Hola. Muchas gracias por venir. —Fui corriendo a abrirle, le invité a entrar y los nervios volvieron—. ¿Quieres tomar algo?

—Esto no es una visita de cortesía —sentenció con algo de frialdad—; le daré la pastilla al gato y me marcharé enseguida.

—Claro. Sólo intentaba ser amable, ya que has venido a mi casa.

Oliver miró a su alrededor como si estuviera inspeccionándolo todo y tuve la sensación de que estaba recordando muchas cosas.

—Hacía tiempo que no venía aquí. Me trae buenos recuerdos —dijo con nostalgia.

—Doce años, ¿no? —me adelanté a lo que seguramente iba a recordarme tal y como hacían todos en el pueblo.

—Pues no. Precisamente intentaba recordar la última vez que estuve en esta casa. Fue unas navidades volviendo de la universidad. Era mi segundo año y…

Oliver se calló de repente y yo le insté a continuar.

—¿Estuviste en mi casa? ¿Y qué? Continúa.

—No, da igual. —Se rascó la cabeza intentando quitarle importancia—. No lo recuerdo muy bien.

—Puedes decírmelo, de verdad. Sigue, por favor.

—Está bien. —Se calló unos momentos, seguramente eligiendo sus palabras—. Tu madre estaba saliendo por la puerta, me vio

cruzando la calle, me llamó y me hizo entrar.

—¿Y de qué hablasteis?

—Pues ya sabes… me preguntó por ti, quería saber si nos hablabas o estábamos en contacto.

—Ya, entiendo.

Me quedé callada, mirando a la nada y haciendo memoria de dónde podría estar yo en la fecha a la que se refería Oliver. Por mucho que intentaba recordar, se mezclaban en mi mente muchas situaciones. Seguramente estaría trabajando en algún bar de carretera o en un motel limpiando habitaciones. Haciendo de todo menos lo que había ido a hacer a California. De esa época, lo único que recuerdo es hacer miles de audiciones y trabajar muchísimo para sobrevivir.

—Tu madre estaba muy triste. Casi no mantenías el contacto con ella ni sabía de ti. Estaba preocupada y te echaba de menos. Todos lo hacíamos.

En una esquina del sofá Hook maulló haciéndose notar. Empecé a caer en la cuenta de que todo lo que Josh me había contado de los gatos y su magia estaba más que justificado.

—Bueno. El señor de la casa reclama atención —le dije rompiendo la tensión que se había vuelto a instalar entre nosotros—. ¿Me enseñas a darle la pastilla?

Oliver tomó en brazos a Hook, quien se dejó atrapar sin ninguna resistencia. Lo agarró del pescuezo y, antes de que pudiera analizar la técnica, abrió su boca y le metió la pastilla. Acarició su garganta y, en cuestión de segundos, sin darme cuenta, se la había tragado entera.

—¿Qué? ¿Cómo lo has hecho? Es imposible, yo no voy a ser capaz de hacer eso.

Oliver se rio, con esa risa encantadora que empezaba a gustarme cada vez más.

—No es tan difícil si tienes práctica. Le he dado miles de pastillas a muchísimos gatos. Es lo primero que nos enseñan en las prácticas de la carrera.

—¿En serio? —pregunté sorprendida imaginándome a decenas de estudiantes de veterinaria en fila cada uno con un gato aprendiendo a suministrarles pastillas.

—No, Carolina. Es una broma de veterinario. Pero si que es verdad que lo he hecho muchas veces. También me he ganado algunos mordiscos. Y hablando de heridas, ¿cómo llevas tu mano?

—No es nada. Sólo es un arañazo superficial. —le dije escondiendo mis manos detrás de la espalda y quitándole importancia.

—Déjame verla, anda.

Las saqué lentamente de detrás y me sentí muy pequeña, mucho más de lo que me sentía a su lado. Oliver volvió a tomar mi mano entre las suyas, tal y como había hecho dos días antes para curarme la herida. Lo hizo con tanta delicadeza que me estremecí a su contacto y mis ojos se pusieron vidriosos. A pesar de que se comportaba de forma borde conmigo cada vez que interactuábamos, me estaba tratando mucho mejor de lo que me merecía. Por momentos no parecía que estuviéramos doce años sin hablar y sin vernos. Me dio la sensación de que se le olvidaba que estaba enfadado conmigo y me trataba como el amigo que fue hasta que algo le hacía pensar en el pasado y volvía entonces su tono de indiferencia hacia mí.

—Bueno, parece que sobrevivirás —me dijo fríamente—. Si ves que no te aclaras con las pastillas, volveré de nuevo mañana.

—De acuerdo. Lo intentaré y te comento, ¿vale? —dije estornudando tres veces seguidas.

—Ve al centro de salud y que te receten algún antihistamínico —me volvió a insistir—. No podrás darle la pastilla estornudando sin parar. Y cuanto más te acerques, más alergia tendrás.

—Sí, iré mañana sin falta. Creo que lo necesito de verdad. —reconocí resignada—. Gracias por todo.

—Claro. De nada, Carolina. Buenas noches.

CAPÍTULO 13

El centro de salud me transportó de un plumazo a mi infancia. Yo no fui una niña enfermiza, pero los momentos acudiendo a la consulta del pediatra los tenía grabados en mi memoria. Cuando entré en el edificio me dirigí directamente a la recepción. Todos los que pasaban a mi lado me sonreían, se quedaban mirándome unos segundos y seguían con sus asuntos. El edificio estaba exactamente igual que lo recordaba, a no ser por el pequeño detalle que adornaba una de las paredes de la sala de espera. Decir pequeño detalle era quedarse más bien corto.

Me senté a esperar a que me llamaran, mirando fijamente el cartel que tenía justo frente a mí. Se trataba de un *poster* de casi dos metros de largo por otro de ancho de mi cara anunciando un medicamento para la caída estacional del cabello. Era un anuncio que había rodado hacía ya más de siete años y que parece ser que mis vecinos habían enmarcado para que presidiera toda la estancia.

Al lado de esto, que le hubieran puesto mi nombre a la calle donde nací me pareció hasta una tontería. Mi yo del *poster* me miraba y me sonreía, pero me dio la sensación de que, al mismo tiempo, me juzgaba. En la sala de espera había una mujer muy mayor. No la conocí pero ella al parecer sí. A mí y a toda mi ascendencia. De hecho, dedicó un buen rato a detallarme mi árbol genealógico completo.

—Eres más bonita en directo y al natural que con toda esa parafernalia del cine. Una auténtica preciosidad —me dijo de repente sonriendo— no estarás muy enferma, ¿verdad?

—¿Enferma? —le pregunté dejando atrás el ensimismamiento en el que había caído mientras miraba el *poster*—. Ah, no. Es la alergia. Voy a ver si me recetan algo. No hago más que estornudar.

—Sí, las alergias son muy malas. Una vez me salió una urticaria por todo el cuerpo. Me picaba horrores —me explicó la anciana

señalando todo su cuerpo—, ¿y sabes lo que era?

Me quedé esperando a que la señora siguiera hablando, pensando que era una pregunta retórica y ella misma la contestaría, pero no.

—¿Sabes lo que era, nena? —me preguntó de nuevo alzando un poco la voz.

—No, dígame qué era —le animé a que me contara. Claramente la anciana tenía muchas ganas de decirme a qué se debió su urticaria.

—Las nueces —sentenció cruzándose de brazos con cara de estar enfadada por ese motivo—. Y ya nunca he podido tomarlas. Me salen ronchas —volvió a explicarme señalándose todo el cuerpo de nuevo.

—Pues es una faena.

—La doctora Álvarez es muy buena. Seguro que te quita la alergia en un suspiro.

—Eso espero, señora. Gracias.

La puerta de la consulta se abrió interrumpiendo nuestra conversación y dejando salir a un hombre que me miró sorprendido sonriéndome.

—Carolina Martínez —escuché a la que supuse sería la doctora Álvarez que me llamaba desde la consulta.

—¡No puede ser! —exclamé al entrar— ¿En serio? ¿Qué puto sentido del humor tenéis todos en este pueblo?

—Hola, Carolina. Cuánto tiempo sin verte.

—Sí, lo sé. Doce años para ser exactos —le dije antes de que pudiera decírmelo ella. Estaba harta de que me recordaran el tiempo que hacía desde que me había marchado—. La doctora Álvarez… Yaiza. Así que, ¿te hiciste médico? Enhorabuena.

—Creo que eso tendría que decírtelo yo a ti. Tú eres la superestrella de Hollywood.

—Te debe de fastidiar verme el careto todos los días, ¿eh? —le dije haciendo alusión al *poster* de la sala de espera—. No es mi mejor foto, pero con ese anuncio gané mucha pasta. Aunque fue hace varios años ya. No sé por qué lo tienen enmarcado.

—Aquí eres un ídolo, Carolina. La gente te admira muchísimo y eres el orgullo de todos.

—¿Los de VillAlLado también?

Yaiza estalló en carcajadas. En los años en que la conocí y durante los cuales fuimos enemigas irreconciliables, nunca la vi reír ni una sola vez.

—Hacía siglos que no escuchaba eso. Bueno, dime, —paró de reír en seco y cambió el gesto a uno mucho más profesional—, ¿qué te trae por la consulta?

—Creo que tengo alergia a los gatos —le contesté muy seria sentándome recta frente a ella.

—¿Convives con un gato? ¿Estás en contacto con alguno?

—Sí.

—Dime, ¿qué síntomas tienes?

—Pues estornudo. Moqueo y me lloran muchísimo los ojos cuando está cerca.

Yaiza iba escribiendo en su ordenador cada dato que aportaba. Me hablaba educadamente y yo le contestaba seca y recelosa. Nunca me habría imaginado esta situación y, me había pillado tan de improviso, que me estaba costando adaptarme.

—Tenemos dos posibles soluciones —me explicó—. Una es deshacerte del gato.

—Esa no es una opción —la interrumpí al instante—, al menos no todavía.

—Me lo imaginaba ya que estás aquí y quieres tratar unos síntomas que desaparecerían por sí solos si no estuvieras viviendo con un gato. Así que voy a recetarte unos antihistamínicos. Y, más adelante, si consideras seguir conviviendo con este u otros gatos, te recomiendo la inmunoterapia. Se están consiguiendo muy buenos resultados. Aunque por ahora esto será lo más rápido y efectivo.

Yaiza volvió a teclear en su ordenador de manera muy profesional mientras la miraba con recelo. Sé que había pasado mucho tiempo y ahora éramos adultas, pero no pude evitar pensar en que igual me podría estar recetando algo que pusiera mis dientes negros o me hiciera perder el cabello.

—¿Tiene algún efecto secundario? —le pregunté mirando la receta.

—Los típicos que tienen todos los medicamentos. Pero este provoca mucha somnolencia, así que mejor si lo tomas antes de dormir. Y no conduzcas ni realices nada peligroso. Ya sabes. No te subas a un andamio o algo parecido.

—Claro, qué graciosa. En fin —le dije levantándome de la silla—, gracias pero espero no volver a verte nunca más.

—Lo mismo digo, Carolina —me replicó amablemente—. Que todo vaya bien.

De regreso a casa, analicé cada cosa que me había ocurrido desde que me había instalado en casa. Si había doce leyes del karma, se me estaban cumpliendo todas y cada una de ellas.

Cuando entré en casa, Hook no estaba. Generalmente salía a recibirme nada más escuchar la puerta, pero ese día precisamente no aparecía por ninguna parte. Después de que había ido al médico para poder darle sus pastillas sin sufrir un *shock* anafiláctico y tener que encontrarme con Yaiza, el gato había decidido largarse.

Eran las seis de la tarde y siguió sin aparecer. Entonces me preocupé y llamé a la clínica.

—Hola, Nadia. Soy Carolina.

—Dime —contestó con su indiferencia habitual—, ¿qué necesitas esta vez?

—Hook no aparece. Se ha debido escapar o no sé, pero no está por ningún lado. Y Oliver tiene que venir a darle la medicación después, así que no sé qué hacer. ¿Qué me recomiendas?

—Seguramente estará escondido.

—Lo he buscado por todas partes. No está en ningún sitio.

—¿Has probado a ponerle comida?

—No, porque tiene su cuenco lleno.

Nadia, esa mujer rusa seria y prácticamente inexpresiva, debió notar mi preocupación por teléfono porque empezó a dar muestras de ser algo más que un robot.

—Tranquila, Carrolina. A veces a los gatos les gusta explorar. Tiene pata herida, no habrá ido muy lejos.

—Díselo a Oliver, por favor, no quiero que tenga que venir a mi casa para nada. Gracias Nadia.

—Se lo diré.

Cuando colgué, me dediqué a llamar al dichoso gato por toda la casa. Busqué detrás de las puertas, en todas las habitaciones, a pesar de que alguna no la había abierto desde que llegué. Abrí latas de atún, paquetes de jamón y golosinas para gato. Agité sus plumas favoritas y arrojé bolitas de papel de aluminio al suelo. Salí al porche de la casa y miré en todos los altillos de armarios, pero mi búsqueda fue infructuosa.

A las ocho, antes de lo previsto, Oliver se presentó en mi casa.

—Siento que hayas venido. ¿No te ha dicho Nadia que Hook ha desaparecido? —me disculpé.

—Sí. He venido a ayudarte a buscarlo.

No tenía derecho a querer abrazarlo, pero me moría por hacerlo y, sin pensarlo más, me tiré a sus brazos.

—Gracias, Oliver —le dije aliviada y apretándolo contra mí—, no sabía qué más hacer.

Necesitaba ese abrazo, aunque supiera que no lo merecía, así que lo robé. Oliver no reaccionó al principio, quizás por la sorpresa, pero lo noté relajarse y devolverme el abrazo mientras me susurraba dulcemente: «Tranquila, aparecerá».

—Míralo. Ahí está.

—¿Qué?

Al volverme vi a Hook desperezarse por completo mientras bostezaba y se estiraba de manera exagerada. Se dio un paseo por nuestras piernas levantando su cola y rozándose contra nosotros a modo de saludo y se dirigió a su cuenco que ahora rebosaba de comida. Se puso a comer mientras yo respiraba profundamente y Oliver no dejaba de reír.

—Maldito gato —pensé—, tú también te ríes de mí.

CAPÍTULO 14

Pasear por mi pueblo en soledad era un auténtico ejercicio de abstracción. Al pasar por algunas calles parecía que había vuelto a mi infancia mientras que, al girar la esquina y cruzar a otra, me daba la sensación de que no estaba en el mismo lugar en el que crecí. Los contrastes eran enormes entre lo que se había conservado igual a través de los años y lo que había cambiado por completo. Paseaba sintiendo el frío que empezaba a invadir la tarde después de ponerse el sol y no pude evitar pensar que la arquitectura de las calles representaba a la perfección mi vuelta. Había cosas que apenas habían cambiado, mientras que otras eran ahora completamente diferentes.

—Eres un capullo. ¿No podías haberme dicho que Yaiza era doctora en el centro de salud?

—Veo que ya has ido al médico.

Josh sonreía mientras iba de un lado a otro de la barra atendiendo a los clientes que le pedían sus bebidas. Todos me miraban y me saludaban amablemente, pero ninguno me pedía autógrafos ni fotos. Me extrañaba, pero lo agradecía enormemente. Poder estar en un lugar público, haciendo

cosas normales, era un lujo al que tuve que renunciar hacía muchos años y que en el pueblo había recuperado, al menos momentáneamente.

—Os estáis riendo bien de mí. Sé que me lo tengo merecido, pero sois idiotas los dos.

—¿Los dos?

—Sí. Tu amigo Oliver también insistió en que fuera al médico pero se le pasó por completo comentarme que la doctora era Yaiza. Dios, casi me da un ataque cuando la vi. —Me tapé los ojos con una mano y puse la otra en mi pecho de una manera un tanto dramática.

—Tampoco es para tanto. No exageres.

—¿Que no es para tanto? ¿No recuerdas cómo la odiaba? Bueno, como la odiábamos todos. Y tú el que más. Podrías habérmelo dicho, maldita sea, Josh. Casi me da un infarto al verla.

—Estabas en el médico. Habría sido curioso que te hubiera dado un infarto y Yaiza te hubiera reanimado, ¿no crees? ¿Te la imaginas haciéndote el boca a boca y dándote un masaje cardíaco?

Josh se puso a imitar la maniobra de reanimación detrás de la barra mientras yo lo miraba seria y negando con la cabeza. Él, mientras, recitaba una de las escenas de Anatomía de Grey o del Doctor House o de cualquier serie sobre médicos que tantas veces habíamos visto en nuestra adolescencia.

—Uno, dos, tres, cuatro. ¡Vamos, Carol, reacciona! ¡Desfibrilador! ¡Doscientos mililitros de epinefrina!

—¿Te crees muy gracioso, no?

—Joder, Carol, es que me lo estoy imaginando —dijo intentando recuperarse de la risa que él mismo se había provocado. Yo, mientras, seguía mirándolo muy seria aunque en mi interior quería reír con él. El resto de los clientes del bar nos echaban ojeadas curiosas. Se notaba que la situación les divertía. Sin duda, todos conocían muy bien a Josh y su sentido del humor—. Habría pagado por verlo.

—¿Habrías pagado por ver cómo me muero y tienen que reanimarme? ¿En serio, Josh?

—No esa parte, claro —se apresuró a rectificar—. Me refiero a lo del boca a boca. Tú y Yaiza y… ya me entiendes.

—Sí, lo he pillado. Bueno, menos mal que no hemos tenido que llegar a esos extremos.

—Sí y lo importante es que ya has ido. Era alergia al gato, ¿no?

—No me cambies de tema. Eres muy malo —le recriminé entrecerrando los ojos—. Anda, ponme un whisky de esos normales que tienes ahí.

—Marchando.

—¿Recuerdas las movidas que teníamos en el instituto? Esa tía era insufrible, una auténtica arpía. Ella y su séquito. ¿Cómo se llamaban esas dos que siempre la seguían a todas partes? —le pregunté intentando hacer memoria.

—Sonia y Lidia.

—¡Eso! ¿Tienes relación con ellas? No me dirás que ahora te caen bien, eran idiotas.

—Pues a Sonia hace mucho tiempo que no la veo, pero Lidia vive cerca de mi casa. Somos vecinos y nos vemos mucho.

—¿En serio? Qué asco…Ponme otro whisky, que me estoy estresando solo de pensarlo.

Josh me miraba entrecerrando los ojos y no supe muy bien por qué, pero estaba diferente o, al menos en ese momento, lo vi así.

—Tampoco digas eso, ahora somos adultos.

—Vamos Josh, eran como las tres brujas de Eastwick

—Eso pasó en el instituto, Carol. Éramos unos críos y ellas también— me dijo mientras no dejaba de moverse de un lado a otro de la barra. Ese día estaba el bar bastante lleno—. La gente madura.

—No creo que maduraran mucho. Lo que me extraña es que no estén en la cárcel. ¿Sabes si las detuvieron alguna vez?

—No, Carol, —me contestó riendo—, no han estado en la cárcel ni las han detenido, por lo menos que yo sepa. Esto es un pueblo, ¿recuerdas?, no estamos en Hollywood.

—¿Sabes que Yaiza me ha dicho que me deshaga del gato?

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Eso me ha dicho, que tenía que deshacerme del gato —hice el gesto de las comillas en la palabra deshacerme—. Creo que se refería a que lo sacrificara y, no me extraña, porque eran prácticamente delincuentes. Si me llegan a decir que habían

estado en la cárcel me lo habría creído completamente —le dije apurando el segundo whisky de un solo trago—. Ponme otro, por favor.

—¿Te ha mandado algo para la alergia?

—Si. Oye, ¿sabes algo de su vida? Quiero decir, los dos vivís en el pueblo, ¿no?

—No, Carol, yo tengo aquí el bar pero vivo a unos quince minutos en coche.

—Ah, no lo sabía. Creía que vivías cerca. Entonces dime, ¿tienes contacto con ella? Estaba pensando en el pobre tío que tenga que soportarla. ¿Sabes si está casada? ¿Y ese whisky?

—Sí, lo está. Oye, Carol. ¿Te encuentras bien?

Empecé a notar que los ojos se me cerraban pero, al mismo tiempo, el pulso se me aceleraba y empecé a sentirme francamente mareada. Josh me hablaba pero sus palabras venían a mí desordenadas. Todo me daba vueltas y, entre sueños o en una especie de neblina, vi a Josh mandar un audio en su móvil. Lo que pasó después no puedo contarlo porque me desmayé. Eso me dijeron.

CAPÍTULO 15

Cuando desperté, tenía la mayor resaca que recuerdo haber sufrido nunca. La cabeza me iba a estallar y me costaba horrores abrir los ojos. Era de madrugada todavía y yo estaba en mi cama, con el pijama puesto y sin recordar nada de la noche anterior. Intenté hacer memoria y vagamente vinieron destellos a mi mente. Estaba hablando con Josh en su bar, recriminándole que no me hubiera dicho que Yaiza era doctora en el pueblo. Empecé a encontrarme mareada e incapaz de mantenerme despierta. Josh estaba asustado y habló con alguien por teléfono. Luego, oscuridad. Total y profunda oscuridad.

Intenté incorporarme y ajustar mis ojos a la noche. Entonces lo noté. Había un cuerpo a mi lado, acostado junto a mí, pero por encima de la ropa de cama. En otro momento y en otro lugar, me habría despejado y levantado de un salto para alejarme de allí. Pero estaba en casa y sabía que la persona que dormía junto a mí, fuera quien fuera, había estado cuidándome toda la noche. Volví a quedarme dormida sin apenas oponer resistencia.

Debieron pasar horas, no sé cuántas, pero Hook me despertó subiéndose a mi cama y lamiendo mi cara. Era la primera vez que lo hacía. Escuché voces bajo, pero esta vez no estaba nada asustada. Cuando miré por el hueco de las escaleras, los vi.

Cris llevaba cafés en vasos de cartón y una bolsa de la panadería y hablaba en voz baja con Oliver. Me quedé un momento arriba viendo cómo interactuaban mis dos amigos, pero no conseguía escuchar nada claramente. Hablaban en susurros y no podía entenderlos. Se dieron un beso en la mejilla y Oliver se marchó. Comencé a bajar las escaleras haciendo ruido para que mi amiga notara mi presencia.

—¿Cris? ¿Qué haces aquí? —Intenté que mi pregunta no sonara borde y que mostrara la sorpresa de encontrarla en mi casa—. ¿Qué ha pasado? No recuerdo casi nada de ayer.

—Buenos días, bella durmiente —me contestó sonriendo—, menudo susto nos diste anoche.

—¿Os di? No recuerdo nada. Yo… no sé qué pasó, estoy muy…

—Vamos, siéntate y toma este café. He traído también algo de comer. No sabía si tendrías algo en casa.

—¿Eres tú quien se ha quedado conmigo esta noche? Había alguien durmiendo a mi lado, pero no conseguí ver quién era —pregunté todavía confundida.

—No, yo no podía quedarme, fue Oliver. —Ante mi cara de sorpresa, Cris siguió explicándome lo sucedido después de desmayarme en el bar—. Josh nos dejó un mensaje de voz en el grupo contándonos que te habías desmayado. Vinimos todos en cuanto pudimos y Oliver se ofreció a quedarse esta noche. Dijo que, de todas formas, tenía que darle la medicación a tu gato.

El café me ayudó a despejarme, pero el dolor de cabeza me estaba matando. Y de nuevo, como si pudieran leerme la mente, Cris me ofreció un analgésico.

—Tómate esto, anda —dijo tendiéndome la pastilla—. Pero antes come algo. Órdenes del médico.

—¿Qué médico?

—¿Cuál va a ser? Yaiza.

—¿La misma que intentó matarme ayer? —empecé a recordar las pastillas que me dio para la alergia.

—La misma que te dijo que no mezclaras los antihistamínicos con alcohol y a la que hiciste caso omiso. El Whisky aumentó los efectos y por eso te quedabas dormida. ¿Cómo se te ocurre?

Intenté hacer memoria y, efectivamente, cuando le pregunté si tenían efectos secundarios, me dijo que no tomara alcohol o algo parecido, aunque supuse que es lo que tienen que decir todos los médicos, así que no le di tanta importancia.

—Ya, en realidad no dijo expresamente que no tomara alcohol, sólo dijo que tenía las contraindicaciones de cualquier medicamento. Supongo que decidí ignorar esa parte —reconocí a regañadientes—. ¿Qué pasa? ¿Ahora todos sois amiguitos de Yaiza?

Cris me miró fijamente. No era una mirada de enfado o resentimiento como cuando la vi en el supermercado. Más bien noté incredulidad en sus ojos.

—¿De verdad no sabes nada de nosotros?

—No entiendo a qué te refieres. —Mentí porque en el fondo tenía una ligera idea de por dónde iba a girar la conversación.

—Vamos, Carol. Puedo comprender que te fueras persiguiendo tu sueño. Puedo aceptar que desconectaras de tu pasado y que, en un principio, no quisieras contarnos nada ni hablarnos… ¿Pero de verdad que no has tenido ni un poco de curiosidad de saber por dónde transcurrieron nuestras vidas? Cuando volviste a tener contacto con tus padres… ¿no preguntaste ni una sola vez por nosotros?

Efectivamente, era lo que suponía y, a medida que pasaban los días y se iban produciendo los encuentros con mis amigos, estos iban sacando los trapos sucios que yo intentaba evitar. No podía enfadarme porque no me estaba atacando y, aunque lo hubiera hecho, lo habría entendido. Me había hecho una pregunta genuina y sincera, así que tenía que enfrentarme a mis propios pecados y contestarla con la mayor sinceridad de la que era capaz.

—Me acordaba muchas veces de todos vosotros, pero había pasado tanto tiempo, Cris… A veces mi madre intentaba contarme cosas pero yo cambiaba de tema. Me daba mucha vergüenza, tanto

por ella como por vosotros, pero sobre todo por mí misma. Esa es la verdad, sentía vergüenza. Todavía la siento.

—Sabes que no puedes volver y que todos olvidemos el pasado y te perdonemos. No puedes pretender que todo sea como antes de irte.

—No lo pretendo. Y sé que tampoco lo merezco.

—Entonces no nos preguntes por qué ahora somos amigos de Yaiza sin saber nada de nuestras vidas en estos doce años.

—De acuerdo. Entonces dime algo de estos doce años que sea importante para ti y que me haya perdido.

Cris se quedó callada pero su cara cambió radicalmente y empezó a formarse una sonrisa enorme que no podía evitar. Era feliz, mucho más de lo que yo era o recordaba haber sido. Sus ojos brillaban ante lo que estaba a punto de contarme.

—Tengo una niña. Se llama Marina.

—¡¿Una niña?! No puedo creerlo. ¿Eres madre? —pregunté completamente sorprendida—. No tenía ni idea. ¿Cuándo fue eso? Es increíble, Cris.

—Aún es un bebé prácticamente. Sólo tiene nueve meses.

—¿Quién es el padre? —pregunté temiendo la respuesta.

—Mi marido, Manuel.

Por alguna razón, en ese momento sentí alivio. No lo sabría describir muy bien pero creo que eso fue exactamente lo que sentí. Por un momento pensé que iba a lanzarme otra de esas bombas sorpresa a las que me estaba empezando a acostumbrar. Solté el aire que parece ser que había estado guardando en mis pulmones.

—¿Qué Manuel? —le pregunté interesada—. ¿Lo conozco?

Cris se rio. A pesar del tiempo que llevábamos sin hablar, la recordaba perfectamente y, de adolescente, nunca había sido tan risueña. Más bien se caracterizaba por ser algo huraña. En cambio, ahora estaba más que feliz.

—¿Te acuerdas del «Chupas»?

—¿Manolo el «Chupas»? —exclamé acordándome en el acto del chico que se había casado con ella—. ¿Te casaste con Manolo?

—Sí. Y esta es nuestra pequeña —me dijo enseñándome una foto en su móvil.

La imagen era idílica. La niña estaba en brazos de su padre y Cris los abrazaba a ambos sonriendo, con la noria a sus espaldas y todo lleno de luces de colores. Me dio un pequeño pellizco en el corazón al ver lo felices que se les veía.

—Qué bonito, me alegro mucho de verte tan feliz.

—Ese día la bautizamos. Josh y Yaiza fueron los padrinos.

—Espera…¿Josh y Yaiza?

Si esperaba haberme librado de las sorpresas, estaba completamente equivocada. Y de nuevo, otra bomba me explotó en plena cara.

—Sí, imagino que tampoco lo sabrás, pero… están casados.

CAPÍTULO 16

Era difícil de digerir que uno de mis mejores amigos de la infancia se hubiera casado con mi mayor enemiga desde siempre. Entonces entendí por qué la defendía cuando me puse a criticarla recordando nuestros años en el instituto.

Todo lo que le había dicho a Cris en mi casa era cierto. Sentía mucha vergüenza de haberme ido como lo hice. Con mi madre intenté resarcirme y creo que con mi padre nunca lo conseguí porque ni siquiera lo intenté. Tumbada en mi sofá, con Hook acomodado en mi cuello, rodeada de fotos mías a donde quiera que mirara, me di cuenta de que nunca les llegué a pedir perdón. A mi madre ya no podría pedírselo, pero con mi padre aún estaba a tiempo.

—¿Papá? Hola, ¿cómo estás?

—Bien, hija. —La voz de mi padre me indicaba que estaba completamente sorprendido—. ¿Pasa algo? ¿Va todo bien en la casa?

—Sí, sí —le tranquilicé—. Sólo quería llamarte para interesarme por ti.

—Pues me encuentro bien, cariño. Estoy con Álex, cuadrando cuentas.

—¿Álex? —le pregunté extrañada. No recordaba a nadie con ese nombre.

—Sí, Álex Romero —me informó—. Creo que no lo conoces pero es un chico con el que trabajamos en la empresa, cariño. Te caería bien Ahora mismo estábamos con la contabilidad, ya sabes, números y más números. Seguramente a ti esto te parecería muy aburrido.

Se hizo un silencio entre las líneas. Yo intentaba sacar las palabras que había estado ensayando en mi cabeza. Sin embargo, una cosa era pensar en todo lo que quería decir y otra decirlas. Pensé que por teléfono me resultaría más fácil pero me estaba costando un mundo hablar.

Se notaba que mi padre estaba a la expectativa, esperando a que yo continuara hablando y claramente sorprendido de mi llamada.

—¿Los negocios van bien? ¿Necesitas alguna cosa? —volví a preguntarle mientras reunía el valor.

—No necesito nada, cariño. Todo está bien. ¿Te pasa algo? Te noto preocupada.

—Lo siento, papá.

—No pasa nada, te escucho. Dime qué te preocupa.

—No, papá. Quiero decir que lo siento. Siento mucho cómo me marché de casa. Siento mucho no haberos llamado durante meses y haberos preocupado, tanto a ti como a mamá.

El silencio volvió al otro lado del auricular y sólo lo interrumpieron los sollozos que había intentado reprimir sin éxito.

—Siento muchísimo lo que os hice sufrir y me arrepiento tanto de no haber pasado más tiempo con vosotros… Sobre todo con mamá, ahora que ya no está.

—Cariño… no te atormentes. Tu madre te quería muchísimo y estaba muy orgullosa de ti. Y yo también.

—Lo sé, pero yo nunca… —La voz se me quebraba y me resultaba difícil formar frases completas sin romper a llorar—. Nunca le dije esto a ella. Nunca le pedí perdón. Y ahora… ahora no puedo hacerlo.

—Cariño, escucha atentamente. —Mi padre se puso serio y a mí no me hizo falta verle para saber que seguramente él también

estaba a punto de llorar—. No quiero que vivas pensando que tu madre no te perdonó. Ambos lo pasamos mal cuando te fuiste pero tan sólo por la preocupación de saber si estabas bien, por nada más.

—Y yo siento tanto haberos preocupado así… No te imaginas cuánto. Entonces no lo veía pero ahora me arrepiento tanto de haberlo hecho de esa manera…

—No te arrepientas. Eso es pasado y te diré que mamá estaba tan orgullosa de ti que no hacía otra cosa que ver tus películas una y otra vez. Se sabía todos los diálogos de memoria.

—¿También *Matar o morir*? —le pregunté entre risas mientras enjugaba mis lágrimas.

—¡Por supuesto! —Le escuché reír también y eso me dejó más tranquila—. Aunque en esa nos saltábamos las partes más… ya sabes.

No podía decir que la conversación por teléfono con mi padre me hubiera hecho olvidar toda la culpa que sentía, pero me sí que me había ayudado a sentirme menos miserable. Lloré mucho y mi padre me consoló con enorme dulzura, pero seguí sintiendo que tenía muchos pecados que purgar todavía.

Oliver vino puntualmente a darle la medicación a Hook y yo tenía una conversación pendiente con él.

—Gracias por cuidarme. Me dijo Cris que te quedaste toda la noche conmigo.

—No hay de qué Carolina. Estás sola aquí, no podíamos dejarte así.

No sé por qué, el que me recordara que estaba sola me dolió y caí en la cuenta de que no tenía ni idea de su vida personal.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Estás solo o tienes a alguien esperándote en casa cuando terminas de cuidar a las mascotas de las estrellas de cine?

Aunque no fue mi intención, el tono me salió más coqueto de lo que pretendía. Oliver me miró divertido. Se había dado cuenta.

—No tengo pareja ahora mismo, si es lo que me estás preguntando.

—No puedo creerlo. ¿Cuál es tu historia?

—¿De verdad te interesa? ¿Después de…

—Después de doce años, sí. Ayer me enteré de que Josh está casado con Yaiza. Así que, no hay nada que digas que pueda sorprenderme más que eso.

Oliver bajó la mirada y sonrió. Sus ojos se le cerraban cuando lo hacía y, a pesar de esa barba de tres días que siempre llevaba, esa forma de sonreír le hacía parecer mucho más joven. No había duda de que había cambiado pero seguía teniendo cara de niño travieso.

—¿Qué quieres saber? —preguntó para sí mismo porque no me dio tiempo a responder—. Estudié veterinaria y trabajé con el doctor Silva hasta que se jubiló. Me traspasó la clínica y, en cuanto pude, la puse aquí. Me casé y me divorcié. Mi matrimonio duró tan sólo siete meses.

—Espera… ¿Te casaste y te divorciaste?

—Sí.

No noté en su forma de hablar que tuviera ningún tipo de dolor al hablarme de algo así. Oliver simplemente se encogió de hombros e hizo una mueca de resignación.

—¿Con quién? ¿La conozco?

—¿Te interesa mucho saberlo? No es realmente relevante para mi historia.

—¿Ah, No? De acuerdo, pues continúa.

Por un momento pareció que no había pasado ni un sólo día desde aquel último curso que compartimos juntos, en el que nos hicimos inseparables y pasábamos cada minuto del verano hablando.

—En realidad, en cierta forma tú tuviste la culpa de nuestra ruptura.

—¿Yo? —exclamé indignada—. Estás de broma.

—No, en serio. Discutimos por tu culpa o, quizás debería decir por tu causa. Es más justo.

Empecé a ponerme nerviosa. Le estaba añadiendo demasiado misterio a la historia y no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía la conversación. Estaba harta de las sorpresas. Mi cara debía de ser un poema por el desconcierto que sentía y Oliver parecía divertirse cada vez más. Yo me quedé callada, animándolo con mis ojos a que continuara y él se puso cómodo en mi sofá mientras veíamos a Hook pasearse por el salón.

—Verás, Carol, tuvimos una discusión bastante acalorada sobre tu carrera en el cine y sobre todo por tus… ¿cómo lo diría? —Hizo una pausa buscando las palabras adecuadas—. Elecciones de guion.

—Vaya, no creo que eso sea algo que se pueda alegar en una separación. ¿Motivo del divorcio? Odiamos a Carolyn Matz y sus estúpidas películas —dije imitando una voz de abogado y haciendo gestos con las manos a modo de titular de prensa.

—Yo no te odio, Carolina. Y no puedo hablar por mi ex mujer, pero estoy casi convencido de que tampoco te odia.

—Bueno, perdona. Sigue con tu historia —le insistí mordiéndome el labio superior.

—Pues eso, en el divorcio alegamos diferencias irreconciliables, pero más bien teníamos similitudes incompatibles.

Descorché una botella de vino y eché en dos copas. Era una conversación importante, requería algo que la acompañara.

—¿Qué significa eso?

—No deberías beber alcohol, Carol. ¿O es que quieres que me quede otra vez a dormir contigo?

El coqueteo empezaba a ser bidireccional y eso que todavía no habíamos empezado a bebernos el vino.

—Aún no me he tomado la pastilla —le dije ofreciéndole una de las copas para brindar—, y nunca he necesitado ningún truco para que un hombre se meta en la cama conmigo.

—De eso no tengo dudas. —Aceptó mi brindis y ambos bebimos. Ese silencio calmó un poco el ambiente—. En fin, como te decía, teníamos ciertas similitudes que no eran compatibles con una relación de pareja.

—¿Qué similitudes? —insistí. Mi curiosidad empezaba a impacientarme.

—Pues verás. La ruptura se produjo mientras veíamos una de tus películas.

—Tengo muchas películas. No me estarás echando la culpa de que tu matrimonio no funcionara porque discutierais por una película mía, ¿no? —le pregunté sonriendo mientras llevaba la copa a mis labios—. Dime, ¿cuál era?

—*Matar o morir* —me contestó y, a continuación, bebió de su vino sin darle importancia.

Yo, en cambio, me atraganté con el mío que, en ese momento estaba saboreando, y comencé a toser. Era la película donde aparecía por primera vez desnuda y rodando una escena bastante explícita. Que supiera que todos me habían visto desnuda no significaba que me gustara escucharlo de ellos y hablar del tema.

—Ya veo. Esa en concreto, ¿eh?.

—Sí. A la que era entonces mi esposa le gustó mucho esa película. A mí también, por supuesto. Entonces tuvimos una conversación interesante y bastante trascendental, la verdad.

—¿Sí? —Oliver seguía poniéndole misterio a la historia y yo cada vez temía más el desenlace.

—Así es. Me confesó, viéndote actuar, que le gustabas mucho. No como actriz, que también, sino como mujer. Ya me entiendes, ¿no? —Bebió de su copa observando mi reacción—. Hubo revelaciones interesantes, confesiones y lágrimas. Pero sobre todo abrazos y comprensión. No tuvimos hijos y nos llevamos muy bien los dos. Así que no hubo ni hay ningún drama.

—Vaya. Lo siento mucho por ti, aunque tengo que decir que es una buena historia.

—¿Tú crees?

—Me imagino que no lo fue para ti en aquel momento. Es por como la estabas contando.

—Sí, me gusta ponerle un poco de emoción. Pero no sabes lo mejor.

—¿Sí? A ver, dime qué es lo mejor.

—Verás, antes te he mentido al decirte que la persona no era relevante para la historia. —Volvió a beber de su copa mirándome a través del cristal—. Mi exmujer es Vero, Carol. Me casé con ella.

CAPÍTULO 17

Acudir al gimnasio de Vero después de la revelación de su historia con Oliver me resultó más difícil de lo que pensaba. Quise hacerme la fuerte y que no me afectaran los últimos acontecimientos, pero ya estaba más que harta de tantas sorpresas. No pensaba que mi corazón pudiera soportar otra más.

Cuando llegué equipada como toda una profesional, me estaba esperando. Al verme, me miró de arriba a abajo y sonrió.

—Pareces la Barbie deportista —me dijo irónicamente—, no te falta ningún complemento.

—Ya sabes, antes muerta que sencilla —le repliqué mordiéndome la lengua—. ¿Empezamos?

—Por supuesto. ¿Qué te parece si comenzamos con un poco de bici estática? —me dijo mientras me guiaba a la zona de cardio—. Con diez minutos será suficiente.

—Tú eres la experta.

Verónica me estaba tratando como una buena profesional trataría a una cliente y yo, en lo único en que podía pensar era en que había estado casada con mi mejor amigo. ¿Cuánto tiempo habría tardado en darse cuenta de que en realidad le gustaban las mujeres?

Me dio unas mancuernas y me hizo hacer sentadillas. Sabía que al día siguiente no iba a poder moverme, pero me esforcé al máximo y Vero me animó y me puso al límite.

—Vamos, Carol, otra repetición; voy a ponerte un poco más de peso, ¿vale?; baja más el culo, muy bien; estás muy en forma.

Alabó mi estado físico a pesar de que llevaba semanas sin hacer nada de ejercicio. Vamos, desde que salí de Los Ángeles para rodar en Australia y, de eso, hacía ya dos meses.

Dos meses desde que mi madre ya no estaba. Sesenta y tres días, para ser más exactos.

Intenté dejar la mente en blanco y no pensar en mi conversación con Oliver. Hice todo lo que me dijo sin protestar ni quejarme en ningún momento. Me llevó a la zona de máquinas y se sentó para explicarme la posición correcta.

—Está máquina es para trabajar los músculos de la espalda —me explicó mientras ella misma hacía el ejercicio y me mostraba la técnica—. Voy a ponerte algo de peso, pero si ves que no puedes, dímelo y lo bajamos.

Sólo asentí en silencio. Me puse manos a la obra y me empleé a fondo hasta que casi no pude levantar la pesa y empezaron a temblarme los músculos.

—Vamos a descansar un poco, Carol —me dijo cuando se me escapó un lamento sin querer—. Te estoy metiendo mucha caña y no quiero ser la responsable de que pueda lesionar a toda una estrella de Hollywood. Bebe un poco de agua.

Yo no quería parar porque sabía que, mientras estuviera concentrada en el esfuerzo físico, no me daría por hablar y mucho menos por preguntar. Pero Vero insistió en que descansara y yo… Bueno, yo no pude callarme aunque mi vida hubiera dependido de ello.

—Así que te casaste con Oliver, ¿eh? —Fue más una afirmación que una pregunta pues ya conocía la respuesta.

A Vero no le sorprendió. Claramente estaba avisada de que yo ya lo sabía y sonrió para sí misma.

—Has tardado mucho en preguntarme.

Empezaba a molestarme seriamente que mis antiguos amigos se divirtieran tanto a mi costa, dándome la información a cuentagotas y dejando caer las sorpresas poco a poco.

—Y tú en decírmelo —le reproché sin disimular lo molesta que estaba.

—Yo no te debo ninguna explicación, ni sobre mí ni sobre mi vida. Eso es algo entre Oliver y yo y nosotros no tenemos ningún problema. No creo que sea de tu incumbencia y no tienes derecho a molestarte.

—¿Que no es de mi incumbencia? —Hice una pausa pensando bien qué decir—. Podríais habérmelo contado alguno, ¿no?

—¿El qué? ¿Qué nos habíamos casado? Podrías haber preguntado tú.

—¿Qué tenía que preguntar? Oye, Vero, ¿te casaste con Josh o con Oliver?

—No es tan raro, Carol. Los amigos muchas veces se lían entre ellos e incluso algunos terminan casándose. Yo no tengo nada que ocultar. Es más, te presenté a mi novia el otro día.

—Ah, claro, es verdad. Entonces quizás tendría que haber preguntado si te habías casado con Cris, ¿no? —dije irónicamente— ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—¿Nada de qué?

—Pues que eras lesbiana. O bisexual o como quieras identificarte. Eso me da igual, pero nunca nos lo contaste. Al menos a mí no.

—Lesbiana, así me identifico y ahora lo puedo decir con seguridad —me dijo rápidamente—. Y Cris lo sabía desde siempre.

—Vaya, qué consuelo. Al menos se lo dijiste a alguien, aunque yo fuera tu mejor amiga. Bueno, eso me decías entonces.

—No, yo no he dicho que se lo contase a Cris. He dicho que ella lo supo desde siempre —puntualizó—. Quizás antes de que lo supiera yo misma. Pero respetó mis tiempos. En cambio tú no te enterabas de nada, como de costumbre. Estabas demasiado ocupada en ti misma como para fijarte en lo que nos pasaba a los demás. Ni lo que sentíamos.

—Eso no es cierto, Vero. Y, además, tampoco es justo. —Estuve a punto de echarme a llorar. Sabía que ella había dicho eso porque estaba herida pero el comentario había sido cruel—. Sólo tenía diecisiete años, todos somos egoístas a esa edad.

—Sí, es posible que tengas razón en eso —rectificó y creo que lo hizo al ver mis ojos vidriosos—. Todos lo éramos, cada uno a su manera.

Ambas nos quedamos calladas mirándonos, estudiando lo próximo que íbamos a decir, dándonos así una pequeña tregua.

—Podrías haberte sincerado conmigo, decirme cómo te sentías. Yo era tu mejor amiga —le repetí.

—Yo era más pequeña que vosotros y, en esa época, aún estaba resolviéndolo, ¿sabes? No es tan fácil. Ni siquiera ahora lo es, mucho menos entonces.

—Puedo imaginármelo.

—No, no puedes. Tú vives en una gran ciudad y además rodeada de artistas. —Hablaba sin resentimiento pero pude notar su dolor—. Pero esto es un pueblo. Fue muy difícil para mí y tú no estabas para apoyarme.

—Yo…. lo siento, Vero.

—Yo te admiraba, ¿sabes? —me dijo en voz baja y noté que estaba a punto de llorar—. Mucho antes de hacerte famosa y que te convirtieras en Carolyn. Yo admiraba a mi amiga Carolina.

Cuando llegué a casa, cansada, sudada y de mal humor, Hook me tenía preparado un regalo de los suyos en forma de vómito. Parecía que me juzgaba y esa era su manera de expresar que no estaba en mi equipo, sino en el de todos mis amigos.

—Qué bonito, Hook —le recriminé mientras limpiaba el estropicio en mi sofá—. Se supone que vives en mi casa porque te necesito. Así que podrías al menos estar de mi parte, aunque sea por una vez.

CAPÍTULO 18

Que los gatos vomiten de vez en cuando es algo completamente normal. Cuando llamé a Nadia me explicó que era muy común.

—Serán bolas de pelo, ¿no? —me preguntó impasible.

—No lo sé, no me paro a estudiar el vómito. Me da mucho asco, la verdad.

—Si ves que vomita mucho, tráelo a consulta. Dice Oliver.

Hook ya estaba completamente recuperado de su pata. Para compensarlo, ahora se dedicaba a vomitar en cada rincón y llevaba tres días comiendo muy poco. Coincidió con los tres días que prácticamente estaba yo recluida en mi casa sin querer ver a nadie. Después de la revelación de Verónica, me sentía vulnerable y temía ponerme a llorar en cualquier momento. El sentimiento de culpabilidad parecía no querer abandonarme y eso me hizo esconderme otra vez de los demás.

—Sé que lo haces a propósito —le dije a Hook acariciándole el lomo—, te pones malito para que vaya a ver a Oliver, ¿verdad?. Eres un gato muy listo.

Pero cuando acudí a la clínica y Oliver lo examinó, empezó a hacerme preguntas que no supe contestar. Si iba mucho al arenero, si iba poco, si me había fijado que hacía cosas extrañas o que si tenía un comportamiento diferente al de los últimos días. Cuánto comía, el color de los vómitos e, incluso, de las heces.

—¿Es que crees que le pasa algo malo? —le pregunté yo después de contestar lo mejor que pude al interrogatorio sobre los hábitos de Hook—. No soy una experta en comportamiento animal y nunca había tenido un gato. No sé qué es lo normal y lo que no.

—Me gustaría hacerle algunas pruebas —me informó—. Empezaría por un análisis de sangre y una radiografía.

No estaba excesivamente preocupada hasta que vi el rostro serio de Oliver. No me miraba y el tonteo que llevábamos últimamente había desaparecido por completo. Todos los avances que habíamos hecho habían desaparecido de un plumazo y su comportamiento conmigo era el de la primera vez que lo vi. Frío y distante.

—Vale —le dije lentamente estudiando la expresión de su cara y su lenguaje no verbal—, sabes que no tengo ningún problema. Hazle todas las pruebas que creas convenientes.

—Bueno, a lo mejor no es necesario. —Pareció cambiar de opinión y me desconcertó—. Te lo comento porque me dijiste que, cuando se le curara la pata, le buscarías un hogar o directamente lo echarías a la calle. Es lo que tenías pensado hacer, ¿no?

Yo entrecerré los ojos y lo miré seria también. No me había gustado ese comentario. Nada en absoluto. Ya le había tomado mucho cariño al gato y no tenía intención de buscarle otro hogar y ni por asomo pensaba tirarlo a la calle.

—No pensarás de verdad que voy a echarlo estando enfermo, ¿verdad?

—Yo no pienso nada. Es lo que me dijiste cuando lo trajiste la primera vez.

—Estás borde conmigo y no lo entiendo. Creí que habíamos… no sé, limado asperezas estos últimos días.

—No estoy borde, Carol —me contestó forzando una sonrisa que yo noté que era completamente falsa—. Sólo te preguntaba si tenías intención de buscarle un hogar ahora que ya se ha curado la pata. Nada más. Te repito que eso fue lo que me dijiste, ¿recuerdas? Quizás podrías ahorrarte los costes de las pruebas y la posible medicación que haya que administrarle.

—¿En serio piensas que haría eso? ¿Echarlo para ahorrarme el dinero?

—No lo sé.—Evitaba mirarme a la cara mientras me hablaba y no entendía nada—. Sería lo más lógico.

—Sé que lo hice muy mal en el pasado pero, joder, Oliver, tenía dieciocho años cuando me fui. Vosotros decís que habéis madurado

pero yo también, no me puedes condenar por todo. Incluso por lo que ni he hecho ni tengo intención de hacer.

Sus comentarios me estaban ofendiendo y empezaba a sentirme atacada sin saber el motivo. Oliver parecía enfadado conmigo y mi cabeza iba a mil por hora intentando averiguar si había dicho o hecho algo en los últimos tres días que le hubieran molestado tanto como para tratarme así de nuevo.

—No es solo por el dinero, Carolina; también es por los mareos que te puede ocasionar. Yo podría buscarle un hogar de acogida o hablar con Isabel, la que lleva el refugio. Ellos lo cuidarían muy bien.

—¿Qué coño estás diciendo?

Parecía que no me escuchaba y seguía con su hoja de ruta. Me trataba de insensible e incluso de ¿roñosa? De verdad creía que me importaba lo más mínimo lo que pudieran costarme los medicamentos del gato?

—Ya me has oído. Puedo hacer una llamada y en media hora vendrían a por él.

—Estás empezando a cabrearme de verdad. Te he dicho que no pienso abandonar al gato —volví a repetirle alzando la voz y endureciendo el gesto.

Empecé a pensar que no me hablaba de Hook, sino que esta discusión era una especie de metáfora de nuestra amistad. Él no hablaba del gato, sino de nosotros.

—De acuerdo. Tranquila. Te estaba informando de todas tus opciones.

—Lo único que quiero es que dejes de juzgarme por lo que hice hace doce años. Ni siquiera te pido que me perdones ni que lo olvides. Pero no juzgues todas mis futuras acciones por algo que pasó en nuestra adolescencia.

Oliver se calló y respiró hondo. Bajó la cabeza y después me miró. Yo no sabía por qué habíamos vuelto a discutir de esa forma, pero me dolía demasiado. No pretendía que los que habían sido mis amigos me perdonasen en el acto, pero yo había aguantado todas sus bromas, todas sus sorpresas y lo estaba intentando, joder. Oliver me había cuidado aquella noche quedándose a dormir conmigo, había curado a Hook y habíamos empezado a hablar como antes. No

entendía por qué de repente, me decía estas cosas. Algo se me escapaba y no tenía ni idea de qué podía tratarse.

—De acuerdo —me dijo al fin soltando el aire y la tensión que se había generado entre nosotros—, entonces tengo que hacerle más pruebas. Quizás una ecografía también.

—Eso es lo que quiero, joder. Si Hook está malito, hazle todas las pruebas que sean necesarias y mándale la mediación. Incluso creo que ahora sería capaz de darle las pastillas hasta yo —le dije algo más relajada.

—Es que… Carol. Le he notado un bulto en el cuello.

—¿Qué? —De golpe toda mi seguridad se derrumbó como fichas de dominó y tragué saliva temiendo la respuesta—. ¿Un bulto?

—Sí. Le he notado algo al palparlo. No es muy grande pero no está en buen sitio. Hasta que no le haga las pruebas no sabré lo que es. Pero tienes que estar preparada. Podría ser un tumor.

Un tumor…

CAPÍTULO 19

«Es sólo un gato. Un puñetero gato. Ni siquiera es un cachorro. Es sólo un gato callejero. Un gato pardo normal y corriente, por Dios, Carolina».

Aunque repetía como un mantra esas palabras en mi cabeza, no podía dejar de llorar.

Al final resultó que yo estaba completamente equivocada, como muchas otras veces, y Oliver no pensaba que yo fuera una mujer superficial y sin sentimientos. Tampoco creía que quisiera abandonar a Hook. Su actitud se debía a que había tratado de protegerme de las complicaciones y los malos tragos que podía conllevar el bulto que le había detectado al pobre gato. Sí, me lo había querido ahorrar, pero al final estaba pasando ese mal trago igualmente.

Decir que me derrumbé porque mi gato pudiera morirse era algo que tan solo dos meses antes no habría creído por nada del mundo. Y sé que hay gente que no lo entendería nunca pero ahí estaba, otra vez pensando en que el único ser vivo que me había soportado y parecía quererme incondicionalmente en este pueblo, podría morir. Quizás el karma me estaba enseñando sus leyes o dándome una nueva oportunidad para redimirme, para purgar mis errores del pasado.

No pensaba abandonar a Hook y haría todo lo posible para salvarlo.

Oliver me informó del protocolo, de todas las pruebas que se le podrían hacer y de las actuaciones a realizar. También que él, en su clínica, no podría llevarlas a cabo. Luego me contó que tenía un compañero de carrera que trabajaba en una clínica especializada en felinos en Madrid.

—He hablado con mi amigo. Puedes ir incluso esta misma tarde y allí le harán todas esas pruebas. Lo tendrán ingresado el fin de semana y te informarán al detalle —me explicó anotando lo que me decía en un papel—. Este es el teléfono de la clínica, este el del doctor que te comento y este es el mío personal, creo que todavía no lo tenías.

Oliver hizo una mueca y una medio sonrisa triste mientras me iba indicando todo. Pero yo estaba aturdida. Tanto que apenas podía hablar y bajaba la cabeza al suelo sin querer mirarlo. Sabía que si lo hacía, me echaría a llorar y no podría parar y tenía que escuchar bien lo que me decía.

—Carol —continuó cariñosamente al ver que yo sólo asentía con los ojos llorosos—, ya le he mandado mi informe completo y he hablado con él. Tú solo tienes que ir con Hook y ellos lo atenderán genial. Son muy buenos.

Tenía un nudo enorme en la garganta y, aunque intentaba tragar para poder hablar, no me salían las palabras. Quería decirle gracias, incluso abrazarlo y sentir que todo iba a salir bien, pero no pude hacer nada de eso.

—¿No vas a venir conmigo? —le pregunté asustada como una niña pequeña en su primer día de colegio.

Él se quedó callado un buen rato mirándome. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que, no sólo lo que le estaba pidiendo era demasiado, sino que además no tenía ningún derecho. A decir verdad, desde mi vuelta había hecho ya mucho más de lo que yo me merecía.

—Perdona —rectifiqué enseguida—. Olvida lo que te acabo de decir. Soy estúpida, tú tienes aquí trabajo y sé que te estoy pidiendo no es justo. Además…

—Claro que te acompañaré —me interrumpió—. Lo arreglaré todo con Nadia. No hay problema.

—¿En serio?

—Sí, Carol. Déjame que haga unos ajustes y que hable con Nadia para que se haga cargo de mover mis citas y me iré contigo.

—Te lo pagaré todo, de verdad —empecé a decirle—, no tendrás que…

—No hagas eso, ¿vale? —volvió interrumpirme—. Te he dicho que te acompañaré. No me digas que vas a pagarme nada. Di solo gracias y ya está.

Quería abrazarle, me moría por hacerlo, pero él parecía haber construido un muro entre nosotros. A pesar de acercarnos y de que siempre parecía estar cuando lo necesitaba, seguía manteniendo una distancia que no podía salvar. Le toqué con el codo y, por primera vez desde hacía tiempo, sentí que todo podía arreglarse.

—Gracias y ya está —le repetí guiñándole un ojo.

—Eres idiota —me contestó negando con la cabeza.

—Lo sé, ¿pero te quedarás el fin de semana conmigo?

—i¿Todo el fin de semana?! —me preguntó completamente sorprendido y haciendo un gesto muy gracioso con la cabeza.

Sonreí ante su reacción y forcé la situación aún más.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

—Eres una creída, lo sabes, ¿verdad? ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que pasarme todo el fin de semana contigo en Madrid a esperar que nos den los resultados de las pruebas? No me necesitas allí.

—Claro que te necesito. No sabes cuánto. Y entendería que me dijeras que no, pero antes piénsalo bien y déjame proponerte algo. —Mi cabeza empezó a trabajar lo más deprisa de lo que era capaz, pensando en qué podía ofrecerle para que no rechazara mi proposición—. Ya me has dicho que no vas a aceptar que te pague por acompañarme pero, como muestra de agradecimiento, podemos pasar un fin de semana estupendo yendo al teatro, a algún concierto y saliendo a cenar por ahí. Si hago una llamada ahora mismo puedo conseguir entradas para lo que quieras. Sólo tienes que decirme lo que te apetece ver y las tendremos —sentencié.

—No te acompañaría por eso.

—Lo sé. Pero me haría sentir mucho mejor si puedo darte algo a cambio.

Oliver se quedó pensando unos momentos. Me miraba concentrado pero enseguida me di cuenta de que estaba sopesando mi oferta seriamente. Tenía algo en mente, deduje, y dudaba si preguntarme.

—¿Podrías conseguir entradas para el fútbol? —me preguntó al fin ladeando la cabeza.

—¿Fútbol? Supongo. ¿Algún partido en concreto?

—El Real Madrid juega este sábado.

—Hecho —dije en el acto.

—No es tan fácil. Las entradas están agotadas desde hace tiempo.

—Supongo que nos meterían en un palco vip. —Hice un gesto con la mano, como restándole importancia—. Si no tienes inconveniente en compartir uno de esos palcos, puedo conseguirlas.

Oliver abrió los ojos y sus cejas se elevaron al instante.

—Creo que podría hacer ese sacrificio —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja—, pero quizás antes deberías consultarlo. Como te decía, es muy complicado conseguir entradas con tan poco tiempo.

—Hablaré con mi representante. Él se encargará —le dije tecleando en mi teléfono.

—¿Ahora? —exclamó.

—El partido es mañana. Travis es bueno, pero hasta él necesita tiempo para conseguir ciertas cosas y más si son en otro país. Aunque ten por seguro que, gestionándolo él, tendremos buenos asientos.

—Vaya, estoy sorprendido.

—No has visto ni la mitad —volví a coquetear con él mientras me colocaba el auricular en la oreja—. *¿Travis? I need you.*

CAPÍTULO 20

Nunca había sido una actriz caprichosa que exigiera cosas inalcanzables o tuviera gustos extravagantes. Incluso los asistentes y el personal de los rodajes, hoteles y eventos a los que me invitaban se sorprendían de que fuera lo que ellos llamaban humilde. Supongo que estaban acostumbrados a las excentricidades de los actores, cantantes y famosos en general. Así que, cuando le pedí a Travis que me consiguiera, fuera como fuese, entradas para un evento deportivo que llevaba meses con el cartel de completo, le pareció hasta extraño.

—Tengo lo tuyo, preciosa. Además, me han ofrecido entradas también para el concierto de un tal Dalton Burns. ¿Te suena? —Le escuché decir a través del auricular—. Es un músico inglés que parece que está de moda ahora y actúa también este fin de semana en Madrid. Y Jessica Maiden está de gira y actuará allí dentro de dos semanas, por si todavía estás en España. Me ha dicho que le encantaría que fueras a su concierto. Todas entradas vip, por supuesto.

—Ay, Travis, Dalton lo único que quiere es publicidad y meterme en su cama, así que paso de él. Y sobre Jessica, dileque es un amor. O mejor, ya le llamaré yo agradeciendo su oferta. Si todavía estoy aquí, iré a verla.

—Carolyn, ¿cómo estás? —me preguntó cambiando radicalmente de tono. Estaba claro que quería sonsacarme el tiempo que pensaba quedarme en España—. Ya han pasado casi dos meses desde que te fuiste. ¿Tienes pensado cuándo regresar?

—Travis, necesito un poco más de tiempo, pero volveré pronto, te lo prometo. Tú, mientras, búscame buenos papeles.

—Tengo veinte guiones en mi mesa que llevan tu nombre. Que digo veinte… ¡casi treinta!

—¿Cuánto me darían un Oscar?

Oí resoplar a Travis por el auricular y ya conocía de antemano la respuesta.

—Dame tiempo, pero hay algunos que van a ser éxitos de taquilla. Te dejarían mucho dinero, Carolyn.

—Puedo hacer alguno de esos. Quizás una comedia romántica o algún *thriller*. —Hablaba casi más conmigo misma que con él— Pero paso de ser la extra de nadie. Quiero papeles de protagonista o, al menos, que tengan buenos diálogos. Yo lo podría hacer muy bien y lo sabes. Consígueme algo bueno y te prometo que alternaré unos proyectos con otros.

—De acuerdo. De todas formas, la promoción de la película *Desierto de lágrimas* se acerca. Está ya en postproducción.

Oír hablar de esa película me trajo de golpe recuerdos de Australia. Pensar en esos momentos de mi vida hicieron que mi corazón diera un vuelco.

—Ya llegaré ahí, Travis. Ahora estoy con otras cosas.

No quería pensar en nada relacionado con el cine, ni con ninguna película y, ese fin de semana, necesitaba distraerme. Llamé a mi padre para preguntarle si podíamos quedarnos con él en su piso de Madrid. También tenía ganas de verle y abrazarle.

—Carolina, estoy de viaje y no volveré hasta el jueves. Además, el piso es tuyo, tú lo compraste —me dijo cuando hablamos por teléfono—, puedes venir cuando quieras. Le diré a la asistenta que te abra cuando llegues y que te deje las llaves. ¿Te parece?

—Papá, el piso lo compré para vosotros. Para mamá y para ti, así que no me digas que es mío —le expliqué con cariño—, pero gracias otra vez.

El camino a Madrid en el coche de Oliver fue una experiencia nueva. Sobre todo porque, cuando me fui, ninguno de nosotros se había sacado el carné de conducir y era una sensación extraña. También me hizo recordar los planes que teníamos cuando hablábamos de recorrer el país por carretera.

—¿A tu padre no le importa que me quede a dormir contigo en su casa? —me preguntó cuando llevábamos apenas diez minutos en marcha y no habíamos hecho más que salir del pueblo.

—Ya no tenemos diecisiete años, ¿sabes? Hace tiempo que mi padre no cuestiona a qué hombres llevo a dormir a casa —le contesté dejando caer la segunda intención.

—¡No me refería a eso! —exclamó indignado.

—Ya lo sé tonto. Deberías haber visto la cara que has puesto.

—Uff, este fin de semana puede ser estresante si sigues así. Acabamos de montar en el coche y ya te estás riendo de mí.

—Vosotros lleváis riéndoos de mí desde que volví. Todos.

—Bueno, tú te lo mereces.

—En eso tienes razón.

Mientras peleábamos entre risas, Hook era testigo desde el asiento trasero, durmiendo plácidamente en su trasportín. Oliver me contó cómo había sacado la carrera, los sacrificios que tuvo que hacer para conseguir quedarse con la antigua clínica y traerla a nuestro pueblo. Yo evité preguntarle por su relación con Vero. No sabía por qué, pero de todas las sorpresas que me habían dado, esa era la que peor llevaba.

Él tenía mucha curiosidad por mi vida en Hollywood y yo le conté todo desde el principio. Cómo llegué allí, cómo me alojé en una pequeña ciudad cercana a San Francisco en la que tuve un empleo de a*u pair*. Cómo me trasladé a Los Ángeles para trabajar en bares y restaurantes. Incluso en una empresa de limpieza que trabajaba para ricos y famosos. Esto le hizo mucha gracia.

—Pero si tú no limpiabas nunca. Recuerdo a tu madre echándote la bronca por eso —me dijo mirándome entre risas.

—¡Mira la carretera! —le reñí—. Y ya lo sé. Pero no me quedó más remedio. Y no sabes la de cosas que vi limpiando en esas casas…

—¡Cuéntame! —exclamó—. Tenemos casi setenta kilómetros por delante.

—Necesitaría como setecientos pero te haré un resumen.

Oliver escuchó todas mis andanzas por Hollywood antes de conseguir mi gran oportunidad y hacer que empezaran a lloverme

papeles y dinero. Se reía de la mayoría de las anécdotas que iba narrando pero, al mismo tiempo, pude ver en su rostro un halo de melancolía y tristeza.

—¿Y qué me dices de tu novio? —me preguntó—. No se puede negar que has llegado alto en tu vida personal también. Nada menos que con Marcus Lovett. Es bastante impresionante, la verdad.

En todo ese tiempo desde mi vuelta, no habían mencionado a Marcus en ningún momento y era algo que me había extrañado, porque él era toda una estrella consagrada en Hollywood desde hacía años. Además de un *sex simbol* y uno de los actores más solicitados y mejor pagados. El simple hecho de que me vieran a su lado era todo un hito en España y si, además, de puertas afuera parecía que era yo la que le hubiera hecho sentar la cabeza, todavía tenía más mérito.

—¿Qué quieres saber de él?

—No sé. Cómo os conocisteis, cómo es vivir con la estrella más brillante de Hollywood, si tenéis planes de boda, ya sabes…

—¿Planes de boda? ¿Qué dices? —De golpe me puse nerviosa.

Casarme con Marcus era lo último en lo que podría haber pensado nunca. Tuve tentación de hablarle de mi acuerdo con él, pero cuando iba a hacerlo, me entró una enorme sensación de vergüenza. Cuando pensaba cómo vivían mis amigos, supe que quizá no lo iban a entender o, al menos, aceptar de buen grado. Y el que menos lo haría era Oliver. De adolescentes siempre me insistía en que merecía lo mejor. Quizás para quien no supiera cómo vivíamos realmente, Marcus daba ese perfil. Pero si Oliver se enteraba de nuestro acuerdo, estaba segura de que me iba a dar el sermón.

—¿No piensas casarte? ¿Formar una familia? ¿Tener hijos y esas cosas?

—Quizás algún día. Pero no ahora y tampoco sé si lo haría con Marcus.

—¿No?

Hasta que Oliver no mencionó la palabra boda, no me había planteado siquiera esa posibilidad y me sorprendí a mí misma

diciendo eso. El resto del viaje intentamos no hablar de nada demasiado personal.

Cuando llegamos a la clínica, su amigo de la facultad, tal y como me había dicho, nos esperaba en una sala privada. Estaba claro que Oliver le había informado de quién era yo y, aunque iba camuflada, no estaba dispuesta a tener que firmar autógrafos o hacerme fotos con fans en un momento como ese, así que agradecí inmensamente que el doctor me tratara como a Carolina y no Carolyn. Había ido a curar a Hook. Esa era mi prioridad.

—No se preocupe, Carolina. Cuidaremos muy bien de su gato.

CAPÍTULO 21

Yo nunca había ido a un partido de fútbol. En realidad no me gustaba, así que no era algo que estuviera entre mis deseos o mis cosas pendientes, pero ver a Oliver tan ilusionado me contagió a mí también.

—¿De verdad tenemos entradas Vip? —me preguntó por enésima vez.

—Sí, Oliver. ¿Cómo tengo que decírtelo? —Su emoción era la de un niño en la mañana del día de Reyes—. Y no me des más las gracias o me enfadaré. Ya te he dicho que ni siquiera he tenido que pagar por las entradas. El palco es de un empresario americano y va a estar vacío. Aunque me ha avisado Travis de que, al enterarse de que voy, es probable que se hayan autoinvitado algunos amigos suyos.

—Todos millonarios, ¿no?

El viaje hasta el estadio en limusina había sido idea mía. Durante todo el trayecto, Oliver estuvo haciendo preguntas sin parar y enseñándome vídeos de Youtube de cómo eran los palcos. Quería ofrecerle una experiencia completa para agradecerle que me acompañara.

—Sí. En realidad ni les gusta el fútbol. Eso me ha dicho Travis. El palco se lo regalan y ellos lo usan casi siempre para relacionarse y hacer negocios. La mayoría de las veces ni ven los partidos, y en muchas ocasiones, lo ceden como regalo a otros empresarios. Es todo politiqueo y trabajo —le expliqué quitándole importancia—, y tenerme a mí allí les da un punto extra de *glamour*. Así que están encantados y seguramente hayan invitado a alguien más. Pero no te preocupes, no creo que te molesten ni te impidan ver el partido.

—Bueno, ¿voy a tener que hacer de guardaespaldas de la estrella? —me preguntó entrecerrando los ojos. No se me escapó el suave coqueteo en sus palabras.

—¿Mi guardaespaldas? —le repliqué en el mismo tono y levantando una ceja—. ¿Quieres hacer de Kevin Costner?

—Bueno, en aquella película el guardaespaldas la protegía de un asesino. No creo que lleguemos a ese extremo, ¿no? Yo me refería a protegerte de los millonarios babosos.

—Los millonarios no suelen ser babosos, están demasiado acostumbrados a tener lo que quieren —le expliqué. Desgraciadamente, en mis comienzos en Hollywood me había topado con varios así y se creían con derecho a todo—. Pero si necesito ayuda para quitarme de encima a alguno, te lo diré. —Hice una pausa y luego añadí—. Y ¿piensas protegerme tan de cerca como lo hacía el protagonista de Whitney Houston?

Si él podía coquetear conmigo, yo lo podía hacer doblemente. Oliver abrió los ojos como platos cuando hice alusión al romance de la película. Entonces se dirigió a los ventanales del palco a mirar toda la extensión del campo desde una vista privilegiada. Me dio la espalda, pero incluso así pude notar cómo se había sonrojado.

Verlo disfrutar de cada detalle era lo más divertido que me había pasado en muchos años. Yo estaba acostumbrada a accesos privados, atención privilegiada y personalizada y todo lo mejor sin tener que pedirlo. Hacía tanto tiempo que disfrutaba de esas cosas que para mí se habían vuelto cotidianas, sin pensar que para el resto de personas era algo extraordinario que probablemente no iban a disfrutar en toda su vida.

A nuestra llegada al palco nos esperaban azafatas y un sinfín de comodidades. Oliver lo grababa todo y me pedía que le hiciera fotos hasta con los platos de comida del *catering*. Disfrutaba como un niño y me hizo olvidarme de las circunstancias que nos habían traído a Madrid. La frescura con la que lo vivía todo me hizo recordar mis primeros años en Hollywood y sentí nostalgia de esa chica que se emocionaba con cada pequeño logro.

—Prueba esto —me dijo dándome un canapé que no supe identificar de qué era—, está exquisito.

Pensé que, cuando comenzara el partido, se centraría en el juego y se olvidaría un poco de mí. De darme de comer todo lo que le había gustado, de hacernos fotos con las servilletas personalizadas o incluso en los aseos del palco. No en vano, a lo que habíamos venido era a ver un partido de fútbol, pero nada más lejos de la realidad. Cuando el árbitro pitó el inicio, miró el juego unos minutos, alabando lo cómodos que eran los asientos, lo bien que se veía todo, pero le duró poco. Estuvo todo el tiempo pendiente de mí, sobre todo si se me acercaba demasiado alguno de los millonarios que habían invitado al palco y que no hacían nada más que insinuarse.

—¿Esto lo tienes que aguantar siempre? —me preguntó molesto.

—¿El qué? ¿Que los hombres se me acerquen y quieran llevarme a la cama?

—Esos podrían ser tu abuelo. Me están dando un asco…

—Ya. Lo intentan, aunque no te creas que les importa que les rechace. Si no es conmigo, se irán a la cama con cualquier otra jovencita. Somos como cromos que coleccionan.

—Pues este cromo no se lo van a llevar. —Me tomó de la cintura y lo vi mirar de reojo al último hombre que se había acercado a hablar conmigo.

A la tercera copa de champán, a Oliver empezaron a cerrársele los ojos y tener una sonrisa bobalicona en la cara. El partido estaba terminando y parece ser que el Real Madrid perdía, pero a Oliver, por supuesto, no le importaba lo más mínimo.

—¿Sabes que no me gusta el champán? —me preguntó removiendo el líquido en la copa—. Pero este está buenísimo.

—Sí, ya me he dado cuenta de que te está gustando —le contesté sonriendo—; menos mal que no tienes que conducir.

—¡Es verdad! —exclamó recordando el viaje hasta allí— ¡Vamos en limusina! Este día está siendo magnífico, ¿sabes? Y tú eres… ¡ufff!, eres increíble, Carolyn.

Obviamente, Oliver no estaba acostumbrado a beber champán e, incluso en ese momento, pensé que quizás no tenía demasiada tolerancia al alcohol. Yo había bebido las mismas copas y estaba completamente serena. En cambio a él se le trababa levemente la lengua y sonreía sin parar. Que me llamara por mi nombre artístico no me sentó bien. Me hizo sentir muy lejos.

—¿Cómo me has llamado?

—Carolyn. Es tu nombre, ¿no? Eres incluso más bonita ahora que hace doce años.

Si me quedaba alguna pequeña duda de que estaba borracho, esta última frase confirmó todas mis sospechas.

—Anda, ¿me das un poco de eso? —le dije quitándole la copa de champán de las manos y bebiendo lo que quedaba.

—¿Quieres? Puedo llamar a la azafata y nos traerá más enseguida. ¡Señorita! Un poco más de…

—¡No! —Le paré y le hice una seña a la chica para que no nos trajera más bebida—. Déjalo. Vamos a comer algo, ¿de acuerdo?

Cuando el partido terminó y volvimos a casa de mis padres, Oliver seguía mareado y parloteando todo el viaje de vuelta. No paraba de repetir que había sido la mejor experiencia de su vida y de darme las gracias. Yo, en cambio, todavía estaba molesta por el hecho de que me hubiera llamado Carolyn. Sobre todo porque no alcanzaba a comprender el motivo.

—Ey, Carol —me dijo en la puerta del dormitorio que la asistenta había preparado para él—, muchas gracias.

—De nada, anda. Vete a dormir que mañana te vas a levantar con una buena resaca.

—¿No me has dicho que ese champán era bueno? No me dará resaca.

Le dio.

Cuando se levantó parecía llevar el peso del mundo sobre sus ojos y se frotaba la cabeza.

Yo le esperé en la cocina con un analgésico y una botella de agua que tomó sin mediar palabra. Lo único que salía de su boca eran lamentos y quejidos.

—No tienes mucho aguante tú, ¿no?

—Nunca lo he tenido, ¿no te acuerdas? —fue lo primero que dijo —. Por cierto, buenos días y, aunque ahora te odie por haberme dejado beber ese champán del demonio, gracias otra vez. Fue genial.

—De acuerdo, pero a cambio hoy tienes que venir conmigo a donde te lleve. ¿Qué me dices? ¿Me acompañas?

—Claro, pero ¿qué tienes pensado?

—Vamos a relajarnos. Lo necesito y, por lo cara que llevas, tú también. Cuando lo pruebes, lo de ayer del partido te va a parecer poca cosa.

Siempre que visitaba España me alojaba en el Four Seasons. Era el hotel preferido de Marcus en cada país al que le tocaba viajar y, cuando veníamos a Madrid, nos alojábamos en el del centro de la capital a pesar de que mis padres insistían en que fuéramos a su casa.

Tenía organizado todo un *tour* por las instalaciones y servicios del hotel que iban a dejar a Oliver con la boca abierta.

—Señorita Martínez. —Me recibió el director como siempre que me alojaba allí—. Estamos encantados de que haya elegido una vez más nuestras instalaciones para su descanso. Tenemos todo lo que nos ha solicitado. Luis les guiará. Si son tan amables de seguirlo.

—Vaya, Carol —se sorprendió Oliver—, no deberías traerme a estos sitios. ¿Qué voy a hacer cuando vuelva al pueblo?

—Espera y verás. Cuando salgas de aquí vas a pensar que has muerto y subido a los cielos. Estas personas son… tú sólo espera. Ya me lo agradecerás cuando terminen contigo.

Comenzamos desayunando en uno de los restaurantes del hotel y Oliver no hacía más que indignarse por el precio de lo que nos estaban sirviendo.

—No puedes gastar esto por un simple desayuno —se quejó mirando la cuenta—. Es abusivo.

—Claro que puedo. Llevo casi tres meses en el pueblo y no me he permitido ningún lujo. Tengo mucho más dinero del que podré gastarme jamás. Si quiero derrochar un poco en un amigo que además me ha hecho el favor que me estás haciendo tú, ni me lo voy a pensar —le dije haciéndome la ofendida—. No te quejes más y disfruta. Esto es sólo el principio de un día que no olvidarás.

Después de nuestro desayuno, Luis nos acompañó al *spa*. Teníamos a nuestra disposición a dos chicas perfectamente uniformadas que empezaron a aplicar el tratamiento facial que había encargado para ambos. Si le hubiera dicho lo que costaba lo que nos estaban aplicando, Oliver me habría asesinado con la mirada. Así que cuando me preguntó el precio, le mentí diciéndole que se trataba de un regalo del hotel.

De vez en cuando lo escuchaba gemir y nombrar a Dios y las chicas y yo nos reíamos de todas las expresiones que salían de su boca. Después del tratamiento, tomamos un vermú en el Patio, otro de los restaurantes del Hotel.

—Así vivís los ricos, ¿eh? —dijo susurrando—; esto es lo que pienso que debe ser el paraíso.

—Ya te lo he dicho. Es lo mejor del mundo.

—Ahora entiendo que, viviendo así, no te acordaras de nosotros.

—No digas eso, por favor. Sí me acordaba.

—Vamos Carolina, esto es… no sé ni cómo definirlo. Es como estar dentro de una película. Para ti será lo normal, pero para la gente mortal como yo, esto es más de lo que puedas imaginarte.

—Mi vida no es así todo el tiempo. Y no te creas que por tener dinero y estos lujos, una persona es más feliz.

—Quizá feliz no, pero el cutis está claro que lo tiene mejor —dijo acariciando su propia cara—; esto es una maravilla.

—Como sigas haciendo esos gestos vas a confundir al chico que te está mirando.

—¿A mí? Anda ya, te mirará a ti. Nadie en su sano juicio me miraría a mí estando a tu lado.

—Bueno, me da la sensación de que ese chico es *gay* y te mira a ti, te lo aseguro.

—¿Ah, sí? ¿He eclipsado tu belleza? —Se volvió y le mandó un saludo desde nuestra mesa al chico que lo miraba—. Pues es un chico muy guapo, ¿no crees?

—Vaya, si quieres me voy y te dejo vía libre.

—No, déjalo. ¿Y ahora qué? ¿Pillamos un taxi hasta tu casa? —me preguntó respirando profundamente—. Estoy superrelajado.

—Queda lo último. Nos van a dar un masaje.

—¿En serio?

—Sí. Primero iremos al restaurante principal y te aseguro que va a ser la mejor comida que vayas a probar en tu vida. Y después te presentaré a Susana, espera que te toque con esas manos que tiene. No vas a creerlo. He pedido que nos lo hagan a ambos a la vez. No te importa, verdad? Así no tenemos que esperarnos.

—¿Has pedido un masaje en pareja?

—¡¿Qué?! ¡No! —me apresuré a rebatir—. No es en pareja. Es un masaje individual, pero en dos camillas, cada uno la suya y con su masajista pero…

—Te he entendido, Carol, tranquila —me interrumpió entre unas risas que cada vez empezaba a adorar más—; deberías ver tu cara. Te has sonrojado y todo.

—No es cierto —protesté.

—Sí lo es.

—Como sigas metiéndote conmigo, te quedas sin masaje —le amenacé apuntándole con el dedo—. Te lo advierto.

—No puedes desinvitarme al masaje.

—Claro que puedo.

Por un momento, estas mini peleas que teníamos me trasladaban a mi adolescencia, cuando nos metíamos los unos con los otros a toda hora, especialmente Oliver y yo. Esa era nuestra particular manera de decirnos te quiero, sin decírnoslo en absoluto.

El retiro era la joya de la casa. Así llamaba el propio hotel en su página web al masaje que nos estaban dando. No lo había pensado, pero dárnoslo juntos, significaba estar desnudos, tapados sólo con una toalla a escasos metros el uno del otro. El aceite con toques de almendra, coco y aguacate hacía brillar nuestros cuerpos y pillé a Oliver mirándome en un par de ocasiones y tensarse al instante. El descaro y las bromas de hacía unos minutos dieron paso a una cierta incomodidad e, incluso, vergüenza. Al menos hacia mi persona, porque con la chica que le estaba haciendo el masaje se mostró bastante más suelto.

—Susana —le dijo a mitad de su masaje—. ¿Estás soltera?

—Sí señor —le contestó ella sonriendo.

—Entonces voy a decirte una cosa y quiero que pienses bien antes de contestar. Esto es una propuesta seria. —La voz le salía entrecortada al estar su cara pegada a la almohada de la camilla. Oliver murmuraba de placer—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Lo siento, señor, pero no podría aunque quisiera. —Susana estaba acostumbrada a escuchar ese tipo de comentarios mientras trabajaba, así que se lo tomaba con humor—. Pero me alegra saber que le está gustando el masaje.

Al salir del vestuario y una vez vestidos y relajados, no me pude aguantar.

—No creas que eres el primero en proponerle matrimonio a Susana. Hasta yo se lo propuse una vez. —No me había molestado que Oliver también hiciera esa broma, pero no me esperaba que fuera como todos los clientes. Susana siempre me decía que muchos de los hombres que iban a darse masajes terminaban proponiéndole pases privados que tenían segundas intenciones.

—¿En serio? Bueno, no sé si terminaremos casados, pero me ha dado su número de teléfono. —Me enseñó una tarjeta sonriendo con suficiencia.

—¡¿Qué?! No me lo puedo creer. —Le quité la tarjeta de las manos y, después de leerla, se la tiré indignada—. Eres idiota. Este es el número del *spa*.

—Deberías verte la cara. —Parecía haber olvidado la vergüenza de antes y volvía a meterse conmigo—. No te habrás puesto celosa,

¿verdad?

—¿Celosa de qué?

—Tú sabrás. Primero te molesta que el chico me mirara mientras nos tomábamos el vermú y ahora que le haya pedido matrimonio a Susana… No sé, Carol, me estás mandando señales.

—Tú sueñas. Voy a pedir un taxi para que venga a recogernos. Si no quieres irte andando, cállate y no me piques más —le amenacé mientras él seguía riéndose de mí.

Cuando al día siguiente fuimos a recoger a Hook y me dijeron que, efectivamente, el bulto en el cuello era un tumor, me desconecté un poco. No quería tener que lidiar otra vez con la palabra cáncer y, aunque fuera un gato y ni siquiera fuera mi gato, me evadí de la realidad. Más tarde, en el coche, Oliver me especificó todo mucho mejor y contestó a las dudas y preguntas que le fui haciendo durante nuestro viaje de vuelta.

—El tumor es maligno y tiene metástasis. Podemos darle quimio pero no sabremos si funcionará. Podría vivir dos meses o dos años. Depende de cómo tolere la medicación. No, no se puede operar. No, no tiene que ver con nada que hayas hecho. No es culpa de nadie, estas cosas pasan. Es como los humanos, a algunos nos toca. El gato es mayor, puede que no soporte la medicación. No va a mejorar, sólo puedes alargar un poco su vida.

Todas y cada una de las frases que nos dijeron en la clínica se amontonaban en mi cabeza. Era como vivir de nuevo un *déjà vu*. Camino de casa, Oliver intentaba consolarme pero ni siquiera lo escuchaba. En lo único que podía pensar era en mi padre diciéndome que mi madre tenía cáncer y que tenían que ponerle quimioterapia.

Y en que luego, murió

CAPÍTULO 22

Mirar a Hook haciendo cualquier cosa, se convirtió en uno de mis pasatiempos favoritos desde que había llegado a mi vida. Ahora prácticamente se pasaba el día durmiendo, había perdido el apetito y estaba apático. Aunque me dijeron que la quimio tardaría unos días en empezar a funcionar y que tendría pocos efectos secundarios, verlo sin energía, me rompía el alma.

Necesitaba distraerme y el ejercicio físico era una de esas cosas que me ayudaban a no pensar en nada. Me pasé por el gimnasio y me dediqué a hacer todo lo que mi cuerpo aguantara de manera compulsiva.

—Quiero practicar boxeo —le dije a Vero—. ¿Tienes aquí un saco?

Estuve mirando por todo el recinto mientras iba de una máquina a otra. Siempre me gustaba ponerme al límite, pero en esta ocasión necesitaba otro tipo de ejercicio; uno que me hiciera descargar y liberarme toda esa rabia que había acumulado.

—Tengo un par de sacos en el almacén. No los solemos usar, porque la gente no lo demanda, pero puedo ponértelo en el gancho cuando quieras.

—Quiero golpear algo, Vero. Lo necesito.

Mi antigua amiga se quedó mirándome y sonrió.

—Me encanta. ¡Podemos hacer *Fitboxing*! —exclamó emocionada.

—Suena bien. ¿Qué es eso?

—Es una mezcla de boxeo pero sin contacto, por supuesto —empezó a explicarme—. No queremos que te estropeen esa bonita cara que tienes. También se combina con *Kickboxing* y *Muay Thai*.

—Qué exótico… Seguro que proviene de una antigua civilización de algún país asiático que me va a ayudar a conectarme con la naturaleza y con mi alma o lo que sea…. —No quería sonar borde, pero estaba tan enfadada que sólo quería algo en lo que centrarme y golpearlo con todas mis fuerzas—. Pero en realidad lo que quiero es pegarle a algo. ¿Podré golpear fuerte?

—Sí, Carol. —Puso su mano en mi hombro. Era la primera vez que me tocaba desde que volví—. Con los brazos y las piernas. Podrás dar puñetazos y patadas.

—Estupendo. Eso es exactamente lo que necesito. ¿Podemos empezar ya?

—¿Ahora? Llevas casi dos horas aquí. Tienes que dejar descansar los músculos. No querrás lesionarte, ¿no?

—Ya. —Me senté en uno de los bancos abatida y realmente cansada. Y sí, hasta yo misma me daba cuenta de que llevaba ya demasiado tiempo y podía hacerme daño.

Vero se sentó a mi lado sin hablar. Sólo haciéndome compañía mientras miraba a los pocos clientes del gimnasio que habían acudido esa mañana.

—A mi también me ayudó golpear un saco de boxeo hace tiempo. En mi caso fue para tratar la ansiedad, ¿sabes? —dijo al fin rompiendo el cómodo silencio en el que nos habíamos instalado.

—¿Tuviste ansiedad?

—En realidad todavía la tengo, aunque el deporte me ayudó a controlarla y la mantengo a raya. Pero creo que siempre viviré con

ella.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. En realidad, mi ansiedad hizo que me dedicara a esto y me ha traído cosas muy buenas. Por ejemplo conocí a Laura, monté este negocio y ahora es toda mi vida. Así que, no hay mal que por bien no venga, ¿no se dice eso?

—Sí, eso dicen.

Volvimos a callarnos. En realidad, yo no tenía muchas ganas de hablar y escucharla me reconfortaba. Aunque había mucha diferencia entre las conversaciones que teníamos en el pasado, estar hablando así me hizo volver a nuestra adolescencia. No parecía haber rastros del resentimiento que me había mostrado desde mi vuelta y, por un momento, pensé que quizás me había perdonado.

—Nos dijo Oliver lo de tu gato. Es una mierda. Lo siento.

—Sí que lo es —dije simplemente dándole la razón—. En fin, ahora que lo mencionas, será mejor que me vaya a casa. Se acerca la hora de la comida y si Hook ve que su cuenco no está a rebosar, puede que me deje un regalito de los suyos.

Nos sonreímos en silencio y de manera cómplice. Fue bonito y me dio el ánimo suficiente para volver a casa y enfrentarme de nuevo a la realidad de la que había tratado de huir durante toda la mañana.

—Oye, ¿sabes que este fin de semana es la Feria de Primavera? —la escuché decirme cuando ya estaba a punto de salir por la puerta.

—¿Es este fin de semana? Vaya, no lo recordaba.

—Sí. ¿Quieres venir? Iremos todos: Josh, Cris, Oliver y yo.

—No sé si sería buena idea con tanta gente y tampoco estoy de muy buen humor. No querría arruinaros la fiesta.

—Creo que te vendría bien, Carol, y la verdad es que sería estupendo que vinieras.

La Feria de Primavera era un evento en el que se daba la bienvenida al mes de marzo y a la que acudía prácticamente todo el pueblo y mucha gente de las localidades vecinas. No sabía si tendría el ánimo suficiente para ir y Vero notó mis dudas.

—Piénsatelo, ¿vale? Quedaremos donde siempre —me informó Vero.

Cuando llegué a casa, Hook me estaba esperando exactamente en el mismo lugar en el que lo había dejado. Lo primero que hice fue poner mi mano sobre su lomo y sentir su suave respiración. Luego me serví una copa de vino tinto, agarré uno de los tantos álbumes de fotos que mi madre guardaba como un tesoro y me dispuse a retroceder en el tiempo.

Exactamente a la última Feria de Primavera que viví. Hacía exactamente doce años.

CAPÍTULO 23

Doce años antes

Los cinco amigos se preparaban para ir a la feria. Cada uno debía llevar un motivo primaveral como todos los años y, en este, se habían puesto de acuerdo para hacerse una camiseta con la leyenda: «Cuidado, que los capullos se multiplican en primavera».

Había una gran noria presidiendo las atracciones, puestos de dulces, tiros al blanco y tómbolas. El recinto estaba iluminado por miles de bombillas. Cada casa, cada rincón del pueblo lucía de manera especial y absolutamente la gran mayoría de sus habitantes decoraban sus hogares con flores. Además, los vecinos de otras localidades acudían en masa, lo que hacía que el ambiente fuera muy animado en esas fechas.

Cuando el grupo llegó a la altura del puesto de palomitas, se encontraron de frente con Yaiza y sus dos amigas que la custodiaban a cada lado.

—Vaya, ahí van los cinco —dijo Yaiza—. ¿Ya habéis decidido quién hace de perro en vuestra pandilla o todavía lo estáis pensando? Yo tengo mi favorito pero entiendo que es difícil. Todos dais el perfil.

—Mirad, chicos —anunció Carol ignorándola y dirigiéndose a sus amigos—, la mierda, la caca y la porquería.

—¿Qué tienes, nueve años, Carolina? Ese es un insulto muy infantil.

—Prefiero parecer de nueve años que no de noventa como tú. Con esa flor en la cabeza me recuerdas a una abuela.

Cada vez que se cruzaban ambos grupos se dedicaban unos cuantos insultos, se retaban con la mirada y volvían a ignorarse hasta el siguiente encuentro.

—De verdad que no puedo con esa tía —dijo Josh resoplando—. Se cree el centro del mundo. Más creída no puede ser. Qué asco me da.

—Las tres son idiotas, pero es verdad que Yaiza se lleva la palma —intervino Cris—. Por suerte, este es nuestro último año en el instituto y no tendremos que seguir viéndolas a diario.

—¡Que les den! Que no nos amarguen la feria. ¿Jugamos a algo?

Vero, a pesar de ser la pequeña de la pandilla, siempre intentaba ser conciliadora y poner paz e ignorarlas. Era como la voz de la conciencia del grupo y tenía mucha madurez para su edad. Por ese motivo, encajaba perfectamente con los demás aunque tuviera un par de años menos que el resto. En un momento se dirigieron hacia la zona de las atracciones de juegos, donde había tiro al blanco de patitos de goma, carrera de camellos y pingüinos, además de un gran número de casetas donde se retaban para conseguir cualquier premio que añadir a la larga colección que guardaban en sus casas.

—Oye, Carol —le preguntó Oliver en voz baja mientras el resto de sus amigos iba a comprar *tickets*—. ¿Quieres montar conmigo en la noria?

—¿Ahora? Sólo tengo dinero para subir a dos atracciones —le contestó mirando las monedas que llevaba—. La noria es un poco aburrida, ¿no crees?

—Yo te invito, pero monta conmigo, no quiero subir solo y me apetece mucho —le insistió—. ¿Quieres? Por fa…

—Claro, tonto, pero no hace falta que me invites.

—Quiero hacerlo. ¡Eh, chicos! —se dirigió al resto—, Carol y yo vamos a la noria, luego nos vemos, ¿vale?

El resto del grupo se quedó en silencio mirando cómo ambos se dirigían hacia la atracción. Sólo cuando estuvieron lo bastante lejos para que no fueran escuchados, hablaron entre ellos.

—¿Creéis que se atreverá esta vez? —preguntó Cris a Josh y Vero mientras los tres observaban cómo Oliver compraba los *tickets* de la atracción.

—Eso espero —dijo Josh— Entre uno que no le echa huevos y la otra que no se entera de nada, me están poniendo de los nervios ya.

Vero fue la única que no comentó la escena. Simplemente bajó la cabeza y se llevó a sus amigos a otra zona de la feria.

Aquella noche de marzo era inusualmente fría. Los chicos llevaban prácticamente toda la tarde fuera de casa. Salieron cuando el sol estaba en todo lo alto, apenas terminaron de comer y hacía muy buena temperatura. Pero ahora eran cerca de las ocho y el sol ya se había retirado. La noche era fresca, la humedad se sentía en el ambiente y Carol, en lo alto de la noria, empezaba a tiritar.

—Odio que mi madre tenga razón, pero hace un frío aquí arriba que te cagas —dijo temblando Carol a su amigo—. No sé cómo me has convencido para subirme a la dichosa noria.

La atracción estaba parada arriba del todo, se escuchaban las risas de la gente mezclada con la música que provenía de los autos de choque y Oliver se sacó la sudadera por encima de su cabeza y se la puso en los hombros a la chica, quedándose en camiseta de manga corta.

—Toma, anda —le dijo poniéndosela sobre los hombros—, eres una quejica.

—¿Qué haces? ¿Te quedas en camiseta? Tu madre me echará la culpa cuando te enfermes —protestó—. Anda, acércate y nos tapamos los dos.

Si Oliver hubiera pensado en un escenario mejor y más propicio para sus planes, ni siquiera habría soñado que se pareciera a ese. Carol estaba pegada a su cuerpo, con la cabeza hundida en su cuello, abrazándolo a varios metros del suelo. Como si estuvieran ellos solos, con todo el mundo a sus pies.

Oliver podía oler el champú de su cabello. Cerró los ojos intentando absorber cada sensación y cada segundo. El calor del cuerpo de Carol, la suavidad de su pelo y sus manos. El chico estaba completamente abrumado y temblaba. Pero no de frío.

—Oliver, ¡estás temblando! —exclamó ella ante el silencio del muchacho—; toma, ponte la sudadera.

La chica hizo ademán de separarse pero Oliver la apretó más fuerte. Estaba temblando, sí, pero la simple idea de pensar que se

separara de él, todavía le hizo temblar con más intensidad.

—No, Carol. —La detuvo pegándose más a ella—. Estoy bien así.

El tiempo pasaba y Oliver sabía que ese era el momento. Su momento.

Ella hundió más si cabe su cabeza en el cuello y se acurrucó contra él abrazándolo con fuerza para intentar darle todo el calor posible. Oliver casi podía sentir los latidos del corazón de su amiga, tranquilos y en calma a diferencia de los suyos, que retumbaban en su pecho completamente desbocado. Sabía que no tenía mucho más tiempo. En cualquier instante la atracción arrancaría y la magia se desvanecería. «Ahora o nunca» se dijo intentando armarse de valor.

—Carol —comenzó tomando todo el aire que pudo—, tengo que decirte algo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó la chica separándose de repente—. ¿Estás viendo eso?

Carol señaló hacia abajo. En una de las atracciones de carreras estaban sus otros tres amigos con Yaiza y las suyas.

Oliver resopló y cerró los ojos con fuerza.

—Sí, ya los veo —dijo resignado.

—No los puedo dejar solos. Esa tía se ha lanzado a por ellos en cuanto me ha visto que no estaba. Espero que no les haya dicho nada o esa zorra se va a enterar.

La atracción volvió a ponerse en marcha y comenzaron a descender lentamente. Carol le devolvió la sudadera a su amigo mientras despotricaba de Yaiza y lanzaba amenazas que sólo Oliver podía escuchar. El chico se volvió a poner la prenda y se tapó con la capucha. Como si pudiera esconderse detrás de una simple prenda de ropa.

Más tarde, ya en tierra firme y cuando estaban solos, Josh le preguntó a su amigo cómo había ido.

—Soy un mierda, Josh. No voy a tener nunca el valor de decirle nada. Era el momento, era el lugar y no he tenido huevos. Soy idiota.

CAPÍTULO 24

La Feria de Primavera era tal y como la recordaba. El recinto donde se celebraba y que, de normal albergaba el mercadillo y se llenaba de niños jugando a la pelota y montando en bici, de repente se transformaba en un lugar iluminado con miles de bombillas y lleno de puestos de comida y atracciones. Parejas con niños llevando globos, grupos de adolescentes retándose con la mirada. Me dio la sensación de que había retrocedido en el tiempo y había vuelto a mis años de la infancia y adolescencia. Más aún cuando me fui directa a «Donde siempre» para esperar a mis amigos.

Ese término me produjo un pinchazo en el corazón. Para mí ese «siempre» había cambiado tanto que apenas lo recordaba. Para mis amigos, por el contrario, era habitual.

Acudí al lugar acordado con un vestido de flores de Óscar de la Renta, uno que había llevado en la ceremonia de unos premios que recibí en mis primeros años en Hollywood. Fue un galardón que se otorgaba a las actrices jóvenes más prometedoras. El vestido me costó muchísimo dinero pero no era lo que se dice muy «ponible» y quedó relegado a mi armario durante años, hasta que un día decidí mandárselo a mi madre junto a muchos otros.

Cuando busqué en mi antiguo dormitorio algo que ponerme y lo vi perfectamente guardado en el armario, fue una señal. Mi madre había convertido mi habitación en un museo y ahí estaban todos esos vestidos que le había ido mandando, como si de una exposición de moda se tratase. Dediqué un momento a pasar mi mano por todos ellos recordando en qué evento o fiesta había llevado cada uno de ellos.

Estaba sola esperando y la gente pasaba a mi lado y me saludaba sonriente llamándome por mi nombre aunque, a diferencia

de en otros lugares, nadie me grababa con un móvil ni me pedía fotos. Recordé las palabras de aquella cajera cuando me habló de que iba a respetar el pacto. Tendría que preguntarle a alguien sobre ello.

Cris y su marido Manuel llegaron enseguida con su niña. La pequeña llamó toda mi atención y le hice carantoñas y mimos hasta que apareció Josh de la mano de Yaiza.

—Vaya —dije mirando sus manos unidas—, si me llegan a decir esto hace doce años, de verdad que me habría descojonado.

—Un Óscar de la Renta ni más ni menos, Carolina —me contestó Yaiza mirándome de arriba a abajo—. Es impresionante. Y tú estás preciosa.

—Tienes buen ojo. Gracias. Cuando quieras te lo puedo dejar.

No supe qué me descolocó más, que Yaiza reconociera el diseñador viendo el vestido o el hecho de que me hubiera hecho un cumplido. Y no un cumplido cualquiera. Me había dicho que estaba preciosa. Y yo me sorprendí a mí misma ofreciéndome a prestarle el vestido.

—A mi me puedes dejar algo también, pero cuando haya perdido los kilos que me han quedado del embarazo —intervino Cris tocándose la barriga—; todavía estoy en ello.

—Estás preciosa —habló Manuel mirando con cariño a su mujer y dándole un beso en la cabeza.

Mientras nos hicimos todos los cumplidos pertinentes y las presentaciones, apareció Vero de la mano de su sonriente novia y todos se saludaron dándose besos y abrazos. La familiaridad con la que interactuaban entre ellos me dolió. No eran celos ni envidia, pero me invadió un sentimiento de melancolía que no estaba preparada para digerir.

—¿Dónde está Oliver? —preguntó Josh mirando alrededor—. Tiene que ser el último, como siempre, ¿no?

—Por ahí viene —anunció Vero con una sonrisa señalando hacia el final de la calle.

No sé qué esperaba, pero la escena que me encontré cuando miré en la dirección indicada, eso seguro que no.

Sabía que todos iban a acudir a la feria con sus respectivas parejas y que la situación podría ser incómoda para mí, pero que cuando apareciera Oliver, esa situación sería mucho más llevadera y podría apoyarme en él. Pero entonces apareció junto a una chica a la que no había visto jamás y que iba colgada de su brazo con una sonrisa de oreja a oreja que no parecía ni natural. No la conocía y era algo más joven que todos nosotros. Yo me quedé parada, sin saber qué decir ni dónde meterme. Vero hizo las presentaciones porque, al parecer, era la que había juntado a Oliver con una clienta suya del gimnasio.

¿Para eso me había invitado Vero a ir con ellos a la feria? ¿Para hacerme sentir desplazada al ser la única que iba sola? Estuve a punto de poner cualquier excusa aunque sonara torpe y largarme de allí. Pero iba con un traje de Óscar de la Renta que parecía especialmente diseñado para la ocasión. La tela estaba hecha de todo tipo de flores y me sentaba como un guante. No dejé que me afectara la situación. En lugar de eso, saqué mis mejores dotes como actriz. Sonreí a la chica y a todos y me uní al grupo en una cena improvisada en una de las casetas.

Todos hablaban de ferias pasadas. La chica que acompañaba a Oliver se llamaba Mayte y me hablaba de vez en cuando, aunque yo no la escuchaba y lo que hacía era mirarle a él de reojo. En cambio, no me mantenía la mirada y, cuando me descubría observándolo, apartaba los ojos. Todos se lo estaban pasando muy bien y yo, en ese momento, quería huir. Entendía que tenían muchas cosas en común que yo me había perdido y, aunque fueron muy amables intentando incluirme en todas la conversaciones, llevaba demasiado tiempo aguantándome las lágrimas. No quería llorar delante de todos.

—Chicos, creo que me voy a retirar ya —les dije al fin—. Gracias por invitarme.

Hubo algunas protestas pero, a pesar de la insistencia de mis amigos y sus parejas, me levanté y salí de allí sin mirar atrás. Cuando había recorrido apenas cien metros, me tomaron de la mano por detrás y, al volverme, era Oliver quien me agarraba.

—Ven —me dijo—, acompáñame.

Sin apenas darme la posibilidad de protestar o negarme, me llevó de la mano por toda la feria hasta que llegamos a la noria.

—¿Subes conmigo? —me preguntó enseñándome dos *tickets*.

—No lo dices en serio.

—Por supuesto que sí. Los compré nada más entrar, antes de encontrarnos.

No sé cómo lo hizo, pero antes de que me diera cuenta, estaba subida junto a él en uno de los habitáculos de la noria y, como si no hubiera pasado ni un sólo día, me encontré en lo más alto del cielo tiritando a su lado.

—No escarmientas, ¿eh? —me dijo quitándose la chaqueta y poniéndola sobre mis hombros—. ¿No recuerdas que en feria siempre refresca por las noches?

—Tampoco tenía previsto subir a la noria —le respondí abrazando la chaqueta y mirándolo de reojo—. Al menos hoy no te quedas en camiseta de manga corta.

—¿Eso quiere decir que no me vas a abrazar?

No sabía si estaba de broma, pero el comentario y la cara que lo acompañaba era de un claro coqueteo. Me tenía desconcertada, teniendo en cuenta que había venido con una chica del brazo.

—No estás temblando como aquel día, así que te quedas sin abrazo —le contesté fingiendo enfado.

—¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, recuerdo muchas cosas.

—¿Ah sí? ¿Como qué?

—Pues, por ejemplo, que olías muy bien. Siempre lo hacías. Adoraba abrazarte porque, cuando me apoyaba en tu cuello, me encantaba tu colonia.

—Era mi olor natural —me dijo dándome un ligero codazo.

—Todos tenemos un olor característico. —No fui consciente inmediatamente, pero vinieron a mi memoria muchos momentos vividos junto a Oliver—. El tuyo siempre me ha encantado, independientemente de la colonia que usaras. Así que sí, supongo que lo que me gustaba era tu olor natural.

Observamos en silencio el paisaje. Allí arriba, me dio la sensación de que el pueblo era mucho más pequeño de lo que recordaba.

—¿Te acuerdas de algo más de ese día?

—De hecho, ha sido al darme tu chaqueta cuando me ha llegado tu olor y me ha venido a la memoria prácticamente todo lo que vivimos en nuestra última feria.

—El efecto Proust, ¿eh?

—¿Qué? ¿Qué es eso?

—El recuerdo proustiano —empezó a explicarme—. Es cuando un olor te hace rememorar un momento específico de tu infancia o juventud. Todo viene de un libro de Marcel Proust, *Por el camino de Swann*.

—Vaya —exclamé sorprendida—, ¿lo has leído?

—Podría hacerme el interesante y decirte que sí, pero sería mentira. No lo soy tanto.

—Pues a mí sí me lo pareces —susurré sin mirarlo.

Volvimos a admirar el paisaje en otro silencio cómodo. Había una gran diferencia entre montar a la noria de adolescentes que hacerlo de adultos y lo que, entonces me parecía aburrido, ahora lo apreciaba enormemente a pesar del frío de la noche.

—¿Recuerdas alguna otra cosa especialmente? —me preguntó rompiendo el silencio.

—¿Además de que temblabas de frío por haberme dejado tu sudadera? Pues que vimos a esos —le dije señalando abajo donde estaban todos en un corro—. Parece que esté viviendo un *déja vù*. Míralos. Ahí está Josh con Yaiza. Como hace doce años.

—No temblaba a causa del frío, Carol. Ese día te invité a la noria porque quería decirte algo y estaba asustado.

—¿Asustado? —pregunté extrañada—. ¿Qué querías decirme?

—Pues que me gustabas. —Oliver se frotaba las manos intentando que entraran en calor y evitó mirarme. En cambio, yo noté que, de pronto, comenzaba a sudar a pesar del frío—. En esa época tenía un poco de cuelgue contigo, la verdad. Y quería habértelo dicho pero, claro, luego te fuiste y ya no hubo forma. Y

míranos, aquí estamos doce años después en el mismo lugar. Las vueltas que da la vida.

—¿Yo te gustaba? ¿Quieres decir en plan de novios y eso?

Oliver estalló en carcajadas y yo seguí ruborizándome.

—¿Hay otro plan para decirle a una chica que te gusta que no sea el de querer ser su novio?

—Pues no sé, esa información es nueva para mí. Y no me dijiste nada.

—Lo sé, pero la cosa se complicó, las pruebas para la universidad y todo, ya sabes. De todas formas éramos unos críos y fue hace ya mucho tiempo.

Asimilar esta información me estaba costando. Iba a hablar cuando la atracción se puso en marcha y vimos cómo todos nos miraban desde abajo. Nos esperaban y Oliver se volvió a unir a ellos. Yo, por mi parte, me fui definitivamente a mi casa. Vero se empeñó en acompañarme a pesar de mis protestas y caminamos unos minutos en silencio, hasta que decidí romperlo.

—¿Por qué me invitaste a venir con vosotros a la feria?

—Pues no sé, Carol, porque pensé que te gustaría pasar un rato con nosotros, todos juntos, como en los viejos tiempos. ¿No debía haberlo hecho?

—¿Todos juntos? Habéis llegado en pareja y le has buscado una a Oliver. —Hice una pequeña pausa y me contuve, intentando no decir lo que llevaba pensando desde que comenzó la noche, pero tuve que dejarlo salir— ¿Tenías que juntarlos hoy precisamente? ¿Sabiendo que yo iba a ir sola y que iba a ser la única? Podrías haberte esperado a otro día, ¿no crees?

No quería llorar, pero notaba cómo se me humedecían los ojos y luchaba con todas mis fuerzas para que no se me quebrara la voz. Sentía mucha rabia. No sé si justificada o no, pero la sentía y había preferido irme sola. Sin embargo, Vero se había empeñado en acompañarme y era la persona en la que iba a descargar esa ira contenida que sentía.

—¿Y qué más da? No era una reunión de parejas —me contestó a la defensiva.

—Lo ha sido. Y lo has hecho a propósito para hacerme sentir mal, reconócelo.

—No todo gira a tu alrededor, súper estrella. No te lo tengas tan creído.

Nos miramos fijamente, paradas en medio de la calle, a mitad de camino de mi casa. Tendría que haber corrido en ese momento, alejarme de ella y acurrucarme junto a Hook para llorar toda esa rabia.

—¿Por qué te casaste con Oliver? —le pregunté en cambio—. No me digas que no sabías entonces que eras lesbiana. Lo sabías y, aun así, te casaste con él.

—Tú no sabes nada de mí ni de lo que pasó con Oliver. Te recuerdo que no estabas aquí.

—Sí, ya lo sé. No paráis de repetírmelo. Hazme un resumen. ¿Por qué te casaste con él?

—No se pueden resumir doce años en un momento.

—No son tantos. Os separasteis hace ya tiempo. Inténtalo.

Me crucé de brazos, dispuesta a no irme de allí hasta que me explicara ciertas cosas. Ella se mordió los labios y bajó la mirada mientras se frotaba las manos en un claro signo de nerviosismo.

—Estuve mucho tiempo celosa.

—¿Celosa? ¿De quién?

—Déjame hablar, por favor. Tú no te enterabas de nada, Carol, pero todos los demás sí. Notaban mis celos a kilómetros. Incluido Oliver. Cada una tenemos nuestros tiempos y yo tardé en darme cuenta de muchas cosas. Los demás eran conscientes de mi malestar cuando Oliver se acercaba a ti. Cuando él nos contaba que le gustabas y que quería decírtelo, a mí se me caía el alma al suelo. Todos asumieron que era porque estaba enamorada de él y hasta el propio Oliver lo pensó. Y cuando te fuiste, empezamos a salir. Era como si ambos hubiéramos encontrado consuelo tras tu marcha. Nos apoyamos el uno en el otro porque nosotros fuimos quiénes más sufrimos. Éramos tus mejores amigos, Carol. Éramos incluso como hermanos. Todos lo éramos, pero nosotros dos nos creíamos especiales para ti, y verte triunfar, verte por la televisión, en el cine y saber lo que éramos antes, nos destrozaba. Con el tiempo, yo asumí

que estaba enamorada de Oliver y él se conformó con pensar que eso le bastaba. Porque él nunca se enamoró de mí, al igual que yo no lo estuve nunca de él. Y los dos lo sabíamos.

—¿Lo sabíais y aun así os casasteis?

—Sí. Hasta ese día que vimos tu película y nos sinceramos.

—Y le dijiste que te gustaban las chicas.

—¿Eso te ha contado? —dijo riéndose echando la cabeza hacia atrás.

—¿No es así?

—Bueno, por una parte sí. Pero, en realidad, lo que le dije es que estaba enamorada de ti.

Mi pulso se aceleró tanto que pensé que me estaba dando una especie de ataque.

—¿Enamorada? ¿De mí?

—Ya te he dicho que todos asumieron que tenía celos de ti porque creían que me gustaba Oliver, pero no era así —continuó—. Estaba celosa porque él tenía la posibilidad de decirte que le gustabas. Y yo no.

—No sabía nada, Vero, no me di cuenta…

—Ya da lo mismo. Pero tienes que entender que cada persona lleva un proceso diferente para asimilar sus sentimientos. Yo no sólo te admiraba como te dije el otro día. Estaba enamorada de ti. Pero eso lo supe después, viéndolo en perspectiva. En ese momento pensaba que estaba confusa y que se me pasaría. Recuerda que yo era dos años más pequeña que vosotros. Sólo tenía quince.

—Yo… no sé qué decir.

—No pasa nada. Eso fue hace mucho tiempo y lo tengo completamente superado. Oliver y yo nos casamos muy jóvenes. Y éramos muy desgraciados. Pero yo lo quiero muchísimo y él a mí también; quiero que sea feliz como lo soy yo ahora.

—De acuerdo. Y por eso le buscas citas. ¿Pero tenía que ser precisamente hoy? ¿Me querías hacer sentir mal?

—¿Mal? No, Carol. Tú tienes a tu novio de Hollywood aunque no esté aquí. No quería que fuera él quien se sintiera solo al ser el único que no tiene pareja. Siento si te ha molestado.

Seguimos caminando unos minutos más hasta llegar a mi casa. Estaba deseando quitarme el vestido, tumbarme en el sofá y dejar que Hook me mimara.

—De todas formas, no creo que necesite que le busques pareja —le dije a Vero a modo de despedida—. Es muy atractivo, créeme.

—Lo sé —me contestó riéndose otra vez—. En mi gimnasio se lo rifan. Pero desde que volviste… no sé, no quiero hablar pero…

—¿Pero qué? —la interrumpí impaciente.

—¿Qué te ha dicho en lo alto de la noria?

—Que en la última feria que estuve, quiso decirme que yo le gustaba pero no se atrevió.

—No voy a ser yo quien diga nada más.

—¿Más de qué?

—No me corresponde a mí contártelo. Carol, voy a volver con el grupo. Nos vemos.

CAPÍTULO 25

Decidí quedarme todo el domingo sin salir de casa y acurrucarme con Hook en el sofá. En la televisión echaban una película de Marcus y el doblaje en español me hizo pasar un rato divertido. Le grabé alguna escena con mi móvil y se la mandé. No es que le echara de menos, pero la verdad es que él estaba pendiente de mí, mandándome mensajes a diario. Yo apenas le contestaba y, cuando lo hacía, no era muy efusiva. Al momento, recibí una llamada suya. Me pidió mil veces que volviera y empecé a dudar de si en realidad este era mi sitio o debía regresar. Habían pasado tres meses y, lejos de la que había sido mi idea original, mi retiro voluntario en el pueblo no me estaba reconfortando. En cambio, empezaba a darme cuenta de que quizás mi hogar ya no era ese.

—Carolyn, te noto triste. —Sentí su preocupación hasta por teléfono—. Vuelve conmigo a casa.

—Todavía no puedo, Marcus. Tengo que resolver varias cosas. Pero pronto, te lo prometo.

Hook no se separó de mí en toda la tarde y me ronroneó como nunca lo había hecho. Como si pudiera percibir mi estado de ánimo y mi tristeza y, aunque consiguió relajarme, me hizo sentir muy sola.

El tratamiento que debía llevar era complejo y requería un seguimiento muy controlado por parte de la clínica. Me trajo recuerdos de cuando mi madre tenía que ir puntualmente al hospital. Aunque yo casi nunca pude acompañarla, siempre hablábamos por teléfono y le contaba cualquier cosa que me estuviera pasando para hacerle más llevadero el mal trago que suponía recibir la quimio.

Con Hook era mucho más sencillo pero, aun así, había un protocolo detallado de cuándo debía tomar la medicación.

Al día siguiente, Nadia me llamó para decirme que Oliver se pasaría al salir del trabajo para darle la dosis que le tocaba. Pero en vez de venir él, fue ella quien se presentó.

—¿Y Oliver? —le pregunté extrañada—. ¿No viene él?

—Oliver está con urgencia, Carrolina. Yo doy pastilla, no te preocupes.

—¿Qué urgencia? —le pregunté.

—Perro salchicha con cagalera. Seguro que será simple indigestión, pero se ha tenido que quedar.

Llevaba dos días sin hablar con él, desde el viaje en la noria, y en ese momento me dio la sensación de que me estaba evitando. Era ya bastante tarde y Hook dormía plácidamente, pero mi inquietud no me dejaba tranquila, así que me fui directa a su casa.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le pregunté nada más abrió la puerta. No esperé que me invitara a entrar y pasé directamente.

Era la primera vez que estaba en su piso así que, me quedé un poco en medio del pasillo sin saber a dónde dirigirme.

—Pasa, Carol —me dijo irónicamente haciendo ademán de dejarme entrar a pesar de que ya estaba dentro—. En estos momentos me disponía a pegar un bocado. ¿Tú has cenado ya?

—¡No tengo hambre! —exclamé indignada—. Lo que quiero saber es por qué has mandado a Nadia a darle la pastilla a Hook en vez de venir tú.

Oliver se dirigió a la cocina y yo le seguí mirándolo todo. Hasta ahora no me había planteado siquiera cómo viviría. Parecía estar anclada en el pasado y no me había parado a pensar que Oliver ya no era un crío y no vivía con sus padres.

—He tenido una urgencia, Carol. ¿No te lo ha dicho Nadia? —me explicó muy calmado.

—¡Venga ya! Ambos sabemos que eso es una excusa. Podrías haberte acercado. Me estás evitando.

—¿Quieres algo? —me ofreció mientras se servía un poco de vino.

De repente, estábamos ambos en su cocina, en unos taburetes altos y Oliver tenía un plato delante suyo sobre una barra. Volví a echar un vistazo a mi alrededor para descubrir que se trataba de una cocina moderna, todo el piso lo era.

—¿Tienes whisky? —le pregunté aún con el ceño fruncido.

—No, sólo tengo vino tinto.

—Vino está bien —le dije relajándome y sosteniendo la copa que acababa de ponerme delante.

—No te estoy evitando, Carol. Estaba de mierda de salchicha hasta arriba, casi literalmente, y he venido directo a casa a ducharme. ¿Cómo está Hook? —me preguntó cambiando de tema.

—Bien. Lo he dejado durmiendo. En realidad siempre está durmiendo, me preocupa mucho.

—Es un gato. Siempre duermen mucho. De hecho, lo hacen la mayor parte del día. Y Hook es un gato mayor, aún duermen más. La medicación también influye.

—Ya. Bueno. ¿Qué tal tu cita con Mayte? —volví esta vez yo a cambiar de tema—. Es una chica muy mona. Y muy atlética.

—¿Mayte? —me preguntó extrañado—. Ah, sí. La amiga de Vero. Bien, bien.

No parecía que la chica en cuestión hubiera dejado mucha huella en él. Me sentí estúpida porque, de hecho, yo había estado pensando en ellos juntos durante todo el domingo metida en casa y parecía que él no le daba ninguna importancia

—Vaya, no te causó muy buena impresión, ¿no?

—Sí, o bueno, no…. A ver, la chica es muy guapa, pero no sé si volveré a quedar con ella.

—¿Y eso por qué?

—¿Por qué? Pues no sé —dijo sorprendido con mi pregunta y apurando el vino—. Supongo que no es mi tipo.

—Vaya, ¿no es tu tipo una chica guapa con un cuerpo espectacular? Pues sí que tienes unos estándares altos.

Oliver se calló y me miró con una expresión que no podría descifrar. No parecía molesto, pero me di cuenta de que no le había gustado mi comentario. Quizás era una mezcla entre sentirse indignado y ofendido.

—¿Tan superficial crees que soy para que sólo tenga en cuenta el físico de una chica?

—No lo sé. Vero me dijo que habías tenido muchas conquistas y que en el gimnasio se te rifaban.

—¿Eso te dijo? Joder con Vero, no sabe mantener la boca cerrada. ¿Te dijo algo más?

Dudé si hablar de mi conversación con ella la noche de la feria. Había sido una confesión, pero se suponía que primero se lo había contado a él, así que tenía curiosidad de por qué me había ocultado esa parte.

—Pues sí. Me dijo que estuvo enamorada de mí.

—Vaya.

Oliver no parecía estar dispuesto a hablar mucho; tenía que sacarle las palabras y eso me estaba desesperando.

—Me contó que ese día, viendo mi película, te confesó, no solo que le gustaban las mujeres, sino que había estado enamorada de mí. Esa parte te la saltaste.

—No me correspondía a mí contártelo, ¿no crees?

—Qué casualidad, eso mismo me dijo el otro día en la feria. Usó esas mismas palabras. ¿Tienes algo que contarme tú?

Tener una copa de vino en la mano era muy conveniente. Ambos bebíamos cada vez que preguntábamos algo, lo que nos daba margen suficiente para pensar nuestras respuestas pero, sobre todo, parecía venirle muy bien a Oliver, que se tomaba demasiado tiempo para responder. Me miró a través del cristal de su copa y saboreó el vino en sus labios.

—¿Qué quieres saber, Carolina?

—¿Estabas enamorado tú también de mí?

—¿Enamorado? —Abrió los ojos como platos. Obviamente no se esperaba para nada esa pregunta—. Esa es una palabra muy fuerte, ¿no crees? Era muy joven y no recuerdo si sabía algo del amor. Ya te lo dije el sábado en la noria. Iba a decirte que me gustabas, pero no reuní el valor y luego no tuve la oportunidad.

—Tuviste muchas. No me fui hasta el verano. Dime, ¿estabas enamorado de mí?

—¿Para qué necesitas saberlo?

—¿Sí o no? —le insistí.

Se hizo de nuevo un tenso silencio. Me miró fijamente buscando una respuesta que yo intentaba sacarle a la fuerza.

—¿Habría cambiado algo? ¿Te habrías quedado de habértelo dicho?

—¿Entonces lo estabas? —me eché las manos a la cabeza— ¡Madre mía! No puedo creerlo…

—¿Y qué más da? Eso fue hace...

—¡No lo digas! No te atrevas a decirme que eso fue hace doce años. Estoy hasta las narices de escucharos decir eso.

—¡Es que es así! ¿Te duele escuchar la verdad? Pues lo siento. Si no quieres vivir en la realidad vuélvete a Hollywood y vive en tu mundo de película.

Nos encontrábamos cara a cara, muy cerca y elevando la voz. Yo era actriz y siempre fui un poco dramática, pero él era un chico tranquilo y verlo así, tan alterado, no era para nada lo normal. Yo lo estaba haciendo enfadar.

—Tendrías que habérmelo dicho. Éramos amigos, joder.

—Exacto. Por eso no te lo dije, porque éramos amigos y, a pesar de todo, te fuiste sin despedirte ni decirnos nada a nadie.

—¡No podía despedirme! Me dolía irme, pero tenía que hacerlo. Tú lo sabes mejor que nadie. Ambos hablábamos a todas horas de marcharnos de este pueblo.

—¡Vamos! —exclamó con desdén— No estamos en el siglo diecinueve. Irse de una ciudad no supone perder el contacto. Ni siquiera mudarse a otro país en otro continente. ¡Te fuiste y no miraste ni una sola vez atrás en doce años, Carolina! Ni siquiera sabías nada de nuestras vidas. ¿No preguntaste por nosotros ni una sola vez a tus padres? Hay que ser muy cínica para venir aquí y reprocharnos cosas. Precisamente tú a nosotros.

—No te estoy reprochando nada. —Intenté que mi voz saliera lo más calmada posible y rebajar la tensión hacia la que había derivado la conversación—. Sólo… no sé, deberías habérmelo dicho. Ya está.

Estaba tan nerviosa y enfadada conmigo misma que mis lágrimas no se atrevieron a aparecer aunque tuviera unas ganas enormes de llorar. Hice toda la fuerza posible para retenerlas, pero él seguía mirándome enfadado y se mordía los labios. Claramente se estaba callando más cosas y yo no podía mantenerle la mirada.

—Será mejor que me vaya —le dije después de comprender que no íbamos a sacar nada en claro. Me giré dándole la espalda para irme.

—Por supuesto. Eso es lo que mejor sabes hacer —me escupió con desprecio.

Me paré en seco y cerré los puños con fuerza. Era uno de esos momentos en los que me hubiera gustado que todos los trucos aprendidos para interpretar mis papeles de acción se hicieran reales y empezar a propinarle puñetazos. Me volví y me enfrenté cara a cara a él, todavía más cerca que antes.

—Tienes razón. Pero hay otra cosa que debo aprender a hacer igual de bien y es a no volver. Así que no te preocupes, no vas a verme más.

Volví a darle la espalda de nuevo y me dirigí hacia la salida. Las lágrimas que antes retenía, se derramaron sin control. Abrí la puerta dispuesta a no echar la vista atrás, huir de nuevo de ese pueblo y de mi antigua vida. Dejar a mi espalda los últimos tres meses, mi casa de la infancia, mis recuerdos con mis padres y no volver a arrepentirme de nada. Cuando iba a salir, Oliver apoyó la mano y cerró la puerta con su cuerpo casi pegado a mí.

—No te vayas —susurró en mi oído.

Tenía su brazo por encima de mi cabeza, con la palma de la mano apoyada en la puerta. Sequé las lágrimas de mis ojos y pude ver cómo se tensaban los músculos de su brazo. Estaba tan cerca que pude oler el champú de su pelo, el *aftershave* de su cara y el vino tinto en su aliento.

—Quédate —volvió a susurrarme rozando mi mandíbula con su nariz.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás como un acto reflejo a su contacto. Mis lágrimas cesaron pero seguí temblando. No era rabia, ni siquiera nervios. Estaba asustada. Tenía un miedo terrible

de volverme y mirarlo. Respiré profundo y de nuevo me susurró al oído.

—Date la vuelta —me dijo rozando con sus labios mi cuello.

Se me erizó el cabello de la nuca y noté cómo el calor me recorría la espalda. Olía como cuando teníamos diecisiete años, en lo alto de la noria aquel día de feria. Como cuando fui por primera vez a su clínica y nos reencontramos después de doce años. Como en Madrid, cuando me abrazó para consolarme al salir de la consulta de su compañero y recogimos a Hook. Como el sábado anterior en la noria de nuevo. Olía a él y no me dejaba pensar con claridad.

Me volví lentamente, sabiendo que me podría arrepentir y dándome completamente igual. Lo miré a los ojos con la incertidumbre de si iba a tomar una decisión que podría cambiarlo todo. Bajé la mirada a sus labios con la certeza de que ya no había marcha atrás.

—¿Vas a besarme? —le pregunté en voz baja.

—Lo estoy pensando seriamente.

Nuestros ojos se movían de arriba a abajo sin descanso. Nuestras miradas se encontraban para perderse en nuestros labios. Cada vez que él se los humedecía, yo me mordía el inferior y él se quedaba mirándolo fijamente.

—¿Y a qué esperas? —le volví a preguntar con apenas un hilo de voz.

Estábamos tan cerca el uno del otro que prácticamente nuestras bocas se rozaban al hablar.

—A lo mejor a que seas tú quien me bese a mí.

Me encantaba el juego, la tensión y el erotismo de la situación. Nuestros cuerpos pegados compartiendo el poco espacio que dejábamos libre. Me excitaba con cada gesto, cada amago y cada anhelo que iban acrecentando nuestro deseo, amenazando con no resistir más y desbordarse. Y al parecer a mí se me desbordó antes y ni pude ni quise esperar más.

El primer roce fue exploratorio, lento, suave y tranquilo pero, tan cargado de deseo, que se me escapó un pequeño gemido. Y esa

debió ser la gota que colmó su vaso. Hasta ese momento había evitado tocarme; sólo lo había hecho para curarme la herida que me hice en su clínica y un abrazo al recibir la noticia de la enfermedad de Hook. En esta ocasión, me tomó en sus brazos de una manera completamente diferente. Me cogió por la cintura y me pegó completamente a su cuerpo mientras tomaba las riendas del beso y lo hacía más y más profundo. Saboreé el vino de su lengua mientras acariciaba mi espalda hasta que no pudimos respirar más.

Tomábamos aire y seguíamos besándonos sin descanso, contra la puerta de entrada de su casa. Luego, seguimos por todo el pasillo. El silencio sólo se rompía con nuestros propios gemidos y suspiros y, quizás, algún pequeño golpe al tropezarnos con los muebles. Su boca iba de mis labios a mi cuello mientras me apretaba más y más fuerte contra él; yo, enlazaba mis manos por detrás de su cabeza y arqueaba la espalda. Cuando nos separamos para tomar aire una vez más, aproveché para cogerlo de los brazos, guardando una distancia que ninguno de los dos queríamos tener .

—Sabes que esto va a terminar de fastidiar nuestra amistad, ¿verdad? —le dije mirándolo con intensidad.

—Lo sé. ¿Quieres parar? —me preguntó tratando de recuperar el aliento.

Mi cabeza trabajaba a mil por hora en ese momento, pero mi corazón latía a más velocidad todavía. Habíamos sido amigos durante muchos años, pero no quedaba nada del chico con el que compartí sueños y pupitre en el instituto. No quedaba nada de la complicidad de unos adolescentes insatisfechos. El hombre con el que me estaba besando ahora mismo ya no tenía que ver con aquel amigo de juventud. No para mí y mucho menos en ese instante.

—Si dejas de besarme ahora mismo no sé de lo que soy capaz.

Se agachó y me subió en brazos, colocando mis piernas alrededor de su cintura. No dejó de mirarme a los ojos ni un sólo segundo hasta llevarme directamente al dormitorio, poniendo así fin a cualquier esperanza de recuperar nuestra vieja amistad.

CAPÍTULO 26

Desperté en mitad de la madrugada sintiendo un hormigueo en la mano que, al cabo de unos segundos, comenzó a transformarse en una molestia incómoda y dolorosa. Era una noche sin luna y por la ventana apenas entraba un hilo de luz procedente de una farola de la calle. Acomodé la vista y caí en la cuenta de dónde estaba. Miré con cautela y Oliver dormía plácidamente con sus brazos rodeando mi cuerpo, como si incluso durmiendo, temiera que pudiera escaparme. El hormigueo que sentía en mi mano era debido a que él me la sujetaba con una de las suyas. Tenía una pierna enredada entre las mías y su cabeza descansaba pegada a mi cuello. Podía sentir su respiración completamente en calma.

Despertar de repente de madrugada se había convertido en una de las consecuencias más molestas de la enfermedad de mi madre. Todos los días casi sin excepción, me despertaba en mitad de la noche y, al mirar el reloj, marcaba entre las 4 y las 4.30 de la madrugada. Era una situación tan extraña que hasta temía contársela a alguien.

Esta noche no fue diferente, a pesar de las circunstancias y, cuando miré el reloj, marcaba las cuatro y veintisiete.

El insomnio es un mal compañero del arrepentimiento, o quizás es una consecuencia de éste. El caso es que, cuando no conseguía conciliar el sueño, me daba por pensar demasiado y darle vueltas a la mínima tontería.

Sin saber el motivo, me puse a repasar las relaciones que había tenido en mi vida, la mayoría esporádicas y sin sentimientos involucrados. Tuve varias aventuras con compañeros de reparto, con gente dentro y fuera de la industria del cine. No había mantenido ninguna relación larga hasta Marcus y con él no existía ninguna exclusividad. Salvo mi relación actual, no había dormido nunca con ningún hombre, y con Marcus, dormir era un ejercicio casi de ingeniería. Tenía unos rituales de belleza muy estrictos, no en vano era el actor más guapo de Hollywood y debía cuidar esa condición al máximo.

El tipo de intimidad que me estaba demostrando Oliver era algo que no había experimentado nunca y me hizo sentir pena de mí misma. ¿Dormir abrazada a un chico con el que acababa de tener sexo? Intenté hacer un ejercicio de memoria y el resultado fue claro. Esa era mi primera vez.

Cuando quise zafarme suavemente de su abrazo, me sujetó incluso con más fuerza y me pegó todavía más a su cuerpo. Murmuró algo en sueños, aunque de la manera en que se habla dormido, y no entendí nada. Suspiré y cerré los ojos intentando volver a dormir, pero sólo me venían a mi cabeza una y otra vez las palabras que me dijo hacía unas horas.

Frases como «Te deseo tanto que me duele» o «No quiero que acabe nunca esta noche» fueron lo que más repitió en la cama. Y aunque yo no lo verbalicé como él, me encontré queriendo repetir incluso antes de terminar.

Después de esa primera vez, comenzó a dejar besos por todo mi cuerpo hasta que volvió a subir a mis labios. Nunca me habían besado después del sexo, al menos no como lo hizo él. Luego, nos quedamos callados mientras nos abrazábamos. No supe qué pensaba y no me atreví a preguntarle.

—¿Te importa si me doy una ducha? —Fue lo primero que se me ocurrió decir para romper el silencio antes de que se volviera incómodo.

—¡Claro que no! —Se levantó y se puso el pantalón que había quedado entre las sábanas—. Voy a por unas toallas limpias.

Era extraño sentir vergüenza después de haber estado desnudos en la cama y habernos tocado y besado todo el cuerpo, pero yo sentí que tenía que taparme con la sábana para ir al baño y él estaba incómodo plantado ante mí, descalzo y con sólo un pantalón de chándal. A mí me habían visto desnuda en pantalla gigante la casi totalidad del planeta, pero estarlo delante de Oliver, después de lo que había pasado, era distinto. Me abrió la puerta del baño y me dejó una montaña entera de toallas limpias, algunas de las cuales estaban incluso sin estrenar.

—Toma —me dijo ofreciéndome un frasco—, gel de ducha. Puedes usar lo que quieras, también tienes champú y…

—¿Este es el gel que usas? —le pregunté abriendo el frasco y oliéndolo directamente de la botella. Me quedé mirándolo de forma sugerente. Esa era mi manera de decirle que yo tampoco quería que acabara esa noche.

—Sí. Espero que te guste, no tengo otro.

—Me encanta. Huele a ti.

Me quité la sábana con la que me había cubierto y se la di quedándome desnuda delante de él.

—Bueno —me dijo dándose la vuelta para salir por la puerta—, te dejo que te duches tranquilamente.

—Ah, ¿pero no vas a meterte conmigo? —Parece ser que no fui tan sugerente como pensaba o él necesitaba que fuera mucho más explícita.

No pude verle la cara pero su postura cambió, incluso pude notar cómo tragaba saliva. Se dio la vuelta lentamente y dejó caer al suelo la sábana que le había dado hacía unos segundos.

—No tienes ni idea de las veces que he soñado con esto.

Nos besamos bajo la ducha, con el agua recorriendo nuestros cuerpos, mientras él me sostenía para que el frío de la mampara no

me diera escalofríos. Aun así, los sentí por todo el cuerpo cada vez que me tocaba.

Esa segunda vez se tomó su tiempo.

Si en la cama sentí que lo tenía a mis pies, en la ducha lo estaba literalmente. De rodillas ante mí, tuve que sujetarme de su pelo para no perder el equilibrio porque mis piernas temblaban y sentía cómo me derretía al mismo tiempo que el agua caía sobre nosotros.

Mientras nos secábamos al salir de la ducha, no paramos de reír y decir tonterías como dos adolescentes. Entre risas volvimos a besarnos y las risas cesaron en el acto. No podíamos quitarnos las manos de encima y, a los pocos minutos, empezamos el tercer asalto en el mismo baño, pero esta vez frente al espejo. Las marcas que vi en mi reflejo eran como un mapa que señalaba prácticamente todas las zonas erógenas de mi cuerpo. Él estaba detrás de mí acariciando mis pechos, besando la curva de mi hombro y yo eché la cabeza hacia atrás dándole más acceso a mi cuello, que ya de por sí era lo más castigado de toda mi anatomía.

Esa tercera vez, rompimos uno de sus frascos de colonia y tuvimos que trasladarnos con mucho cuidado al dormitorio. Me llevó en sus brazos, con mis piernas de nuevo alrededor de su cintura, y me corrí por tercera vez en su cama mientras mordía su hombro para ahogar mis gemidos.

Después de eso, debimos quedarnos dormidos y él seguía de esa manera, abrazado completamente a mí, con su cuerpo, desnudo, pegado al mío.

Miré el reloj que tenía encima de la mesita y marcaba ya las cinco y diecisiete. Llevaba casi una hora despierta y empezó a entrarme el pánico. Ya dije que el insomnio es lo que más aviva en mí el arrepentimiento.

¿Lamentaba haberme acostado con Oliver? Estaba segura de que no, al menos al ochenta por ciento.

¿Me asustaba que nos hubiéramos entregado sin ningún tipo de miramientos? Eso puede que sí.

¿Podríamos recuperar nuestra amistad después de esto? Tenía muchas dudas al respecto.

Yo siempre fui más cautelosa y reprimí mis sentimientos, pero esa noche habíamos dicho muchas cosas y no estaba segura de que después del sexo, no nos pasaran factura.

Empezó a entrarme ansiedad y auténtico terror. Me deslicé entre las sábanas y conseguí zafarme cuidadosamente de su brazo, cogí la ropa y huí sin hacer ruido.

Tenía que pensar y con él allí, no podía hacerlo con claridad. Su olor me distraía demasiado. No estaba preparada para hablar de lo que habíamos hecho, ni de las consecuencias que seguramente tendríamos que afrontar cuando se despertara. Así que hui otra vez y me fui de su apartamento sin decirle nada.

El frío de la madrugada me despejó la mente. Aspiraba el aire fresco y decidí caminar sin ningún rumbo ni destino. Sólo dar un paseo y pensar. Era algo que ni se me hubiera pasado por la cabeza en Los Ángeles y menos en la ciudad a la que llegué cerca de San Francisco, donde vivía en un barrio no demasiado amable. Aquí todo era diferente. No había tráfico, no se escuchaban sirenas y el silencio y la tranquilidad eran absolutas.

Seguí caminando en plena oscuridad acompañada sólo por el canto de algún grillo que, como yo, tenía insomnio. Los pájaros empezaban a despertar al mismo tiempo que el mundo a este lado del charco. Caminé hasta que comencé a ver la claridad del amanecer detrás del pequeño monte que rodeaba el pueblo. Me senté a contemplar cómo despertaba el día, fuera de toda mirada y del juicio de quien pudiera verme a esas horas.

Cuando el sol ya iluminó el camino, me di la vuelta. Todo se veía distinto. La gente comenzaba su jornada y salían coches de garajes y calles. Me crucé con una corredora que sonrió incrédula al verme y me saludó con la mano. Llegué helada y cansada, después de haber estado dos horas bajo el rocío de la mañana. Eran las 9.15 y Hook maullaba pidiendo comida.

—Hey, bonito. —Le acaricié mientras le echaba su comida en el plato y sacaba el móvil del bolso para ver los mensajes. Tenía varios de Oliver y el corazón me dio un vuelco. Ya estaba despierto y yo había huido de su cama.

Cuando iba a leerlos sonó el timbre de la puerta y me entró el pánico de nuevo.

¿Cómo había sido tan estúpida de dejarlo así? Ahora seguramente estaría más enfadado. Por eso se presentaba en mi casa y yo, a pesar del paseo, no tenía todavía nada claro. Tomé aire profundamente y me preparé para lo que me esperaba. Por un lado, me moría por abrirle la puerta y besarlo; por otro, tenía tanto miedo de lo que estaba sintiendo que mis pies apenas me respondían.

Llamaron otra vez y abrí la puerta.

—Pero…¿Qué haces tú aquí?

CAPÍTULO 27

—Hola, Carolyn.

Ver a Marcus en mi puerta con su perfecta sonrisa y su aire de galán de Hollywood me alegró como no esperaba.

—¡Marcus! Dios mío. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has dicho que venías? —Me tiré a sus brazos y lo apreté con fuerza.

—Quería darte una sorpresa y te noté tan triste el otro día por teléfono que tenía que venir a verte. —Se separó de mí y me sonrió tomando mis manos entre las suyas—. Espero que no te moleste que haya venido sin avisar.

—Claro que no me molesta, pero podría haber ido a recogerte al aeropuerto o podríamos habernos quedado en Madrid. No sé… Esto es un pueblo, Marcus. Aquí no hay nada que…

—No te preocupes por eso —me interrumpió poniendo un dedo en mis labios para que parara de hablar—. Tengo una habitación en el Four seasons —me informó—. Esta es una visita relámpago. Sólo me quedaré un par de días, ya sabes que estoy en pleno rodaje, ¿recuerdas? Pero tenía que verte y saber que te encuentras bien.

No sé si lloré por la emoción de comprobar que se preocupaba por mí o porque realmente no estaba pasando por mi mejor momento. Me abrazó y mis lágrimas mojaron su chaqueta de alta costura.

—Estoy bien, de verdad. —Mi voz salía entrecortada a causa de mis sollozos.

—No lo parece. Estás llorando.

—Sabes que lloro con mucha facilidad. —Me sequé las lágrimas y traté de forzar una sonrisa. No quería que se preocupara por mí—. Es de la emoción de verte.

—Claro que lo hago, siempre. Y siento mucho no haberlo demostrado.

Me besó y me puse tensa. Hacía escasas horas que había estado con Oliver y, aunque Marcus tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo, no me parecía correcto. Entonces Hook vino al rescate paseándose y restregándose por nuestras piernas y eso me salvó momentáneamente.

—¿Tienes un gato? —exclamó completamente sorprendido—. Soy alérgico Carolyn. ¡Mucho!

—No tenía ni idea. Yo también lo soy, pero tomo medicación.

—No lo entiendes, Carolyn. No es una simple alergia, me cuesta hasta respirar —me dijo agarrándose la garganta—. Tengo que salir de aquí.

—Espera, lo llevaré a otro sitio.

—No, no, —insistió—, vamos fuera, necesito aire fresco.

Marcus tardó unos minutos en recuperar el aliento y en volver a respirar con normalidad y me sentí un poco culpable. Mientras él seguía fuera, llevé a Hook arriba a mi dormitorio, le puse comida y abrí las ventanas de abajo para que se ventilara la casa.

Cuando salí de nuevo a buscar a Marcus y hacerlo pasar, se me paró el corazón. No literalmente, por supuesto, pero en ese momento sentí que dejó de latir, para que a continuación se reiniciara a mil por hora.

—Oliver —exclamé cuando recuperé la capacidad de hablar—, iba a escribirte pero…

—Pero ha venido tu novio, ¿no? —dijo mirando a Marcus que seguía fuera intentando controlar su respiración—. Qué casualidad.

—Escucha… —empecé a decirle intentando encontrar las palabras precisas. Marcus nos miraba desconcertado. Yo sabía que no entendía las palabras, pero no era tonto y la situación se leía sin necesidad de subtítulos—. Me he ido a pasear y, cuando he vuelto, han llamado a la puerta. Creía que eras tú, pero…

—Pero era tu novio —volvió a repetir—, ya lo estoy viendo.

—¿Puedes dejar de decir eso, por favor? —le supliqué. Tenía el rostro inexpresivo. No estaba enfadado ni sorprendido o molesto.

Era ausencia de expresión. Así que, entre eso y que no paraba de repetir lo mismo, empecé a ponerme nerviosa.

—Es tu novio, ¿no? —me preguntó. Yo callé porque en realidad, no podía rebatir su argumento y, ante mi silencio, se contestó a sí mismo—. Por supuesto que lo es.

—Déjame explicarte por favor. Él ha…

—No hace falta, Carol —me interrumpió de nuevo—, no soy tonto. Entiendo perfectamente la situación.

—No, no lo entiendes…. yo…

Me callé. Podría haber dicho muchas cosas pero no pude articular palabra. Marcus había venido desde Texas, donde estaba rodando su película, sólo para comprobar que me encontraba bien. Y allí estaban los dos en ese momento, uno al lado del otro y yo no fui capaz de decir nada.

Oliver sonrió con tristeza y miró a Marcus. Le ofreció la mano y esperó a que se la estrechara. Luego me miró fijamente a los ojos y, sin decirme nada, se dio la vuelta y se marchó.

Como sospechaba, a pesar de no haber entendido ni una sola palabra, a Marcus le había quedado muy clara la situación y, como siempre hacíamos en nuestra relación, no hizo comentario alguno. Sólo me retiró el pelo de la cara y me sonrió.

—Una noche intensa, ¿no? —dijo acariciándome el cuello donde tenía varias marcas que así lo reflejaban.

Yo cerré los ojos y no le rebatí, ni tuve necesidad alguna.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté haciendo alusión a su alergia e intentando cambiar de tema. Estaba al borde de las lágrimas de nuevo.

—Sí, mientras esté al aire libre. —Hizo una pausa larga pensando las palabras que me iba a decir—. Carolyn, te he dejado el tiempo que me pediste. No te he insistido ni te he presionado para que vuelvas. Me dijiste que necesitabas estar en tu hogar para curarte pero te noto más herida todavía. ¿Tengo que preocuparme realmente?

—¿A qué te refieres?

—El otro día, por teléfono, me dijiste que todavía te quedaban varios temas por resolver. ¿Tiene algo que ver con este chico?

—No. Bueno, sí —rectifiqué—, pero no sólo es por él, es un poco por muchas cosas. Me fui hace doce años y dejé asuntos pendientes aquí que me han explotado todos a la vez. Lo estoy resolviendo.

—De acuerdo, pero tengo que saber si te va a llevar mucho más tiempo. La gente empieza a murmurar, los rumores se multiplican y mi representante quiere saber qué tiene que decir. ¿Cuando piensas volver?

—Travis me está insistiendo también. La productora va a empezar la campaña de promoción y el estreno es dentro de poco. Tengo que volver pero mi gato…

—¿Tu gato? —preguntó extrañado—. Tú no tenías gato. ¿De dónde ha salido?

—Ahora sí lo tengo, como puedes ver, y está enfermo, necesito más tiempo, Marcus, lo siento.

—De acuerdo. Pero no puedo quedarme aquí con ese animal. Tómate el tiempo que necesites y vuelve conmigo cuando estés preparada. —Puso la palma de su mano sobre mi cara y dejé que me acariciara cerrando los ojos—. ¿Damos un paseo y me lo cuentas todo? Luego me iré a mi hotel y te dejaré para que resuelvas esos asuntos pendientes.

CAPÍTULO 28

Como era de prever, Oliver no volvió en los días siguientes a mi casa y, sin saber por qué, me sentí culpable y cobarde al mismo tiempo. Nadia venía en su lugar y le administraba la medicación a Hook de manera muy profesional, pero con su semblante serio e inexpresivo. Yo me sentía incapaz de preguntarle por Oliver, aunque todos los días quería hacerlo. Empezaba la frase y, cuando Nadia se quedaba mirándome, esperando a que continuara, me arrepentía y no decía nada.

—Oliver está bien —me informó en su cuarta visita sin que tuviera que preguntarle—. Te digo porque parece que quieres saber. Él dice que está bien.

—¿Él? ¿Te ha dicho que me digas que está bien? —A veces, la manera de Nadia de construir frases en español era bastante confusa.

—No. Él no me ha dicho que te diga nada. Pero veo que tú quieres preguntar siempre. Y no preguntas. Está bien —sentenció.

—De acuerdo. Gracias. —No sabía si me sentía aliviada o decepcionada y creo que Nadia me lo notó en la cara.

—Yo quiero mucho a Oliver. Él me dio trabajo cuando vine hace tres años. Es un buen chico.

—Lo sé.

—Ya, ya. Lo sabes, pero no lo sabes.

—Sé perfectamente cómo es Oliver —le insistí con cierta indignación—. Lo conozco desde siempre. Desde que éramos niños.

—¡No!—Negó de una manera tan contundente y segura mi afirmación que hasta me asustó—. Tu conociste a un Oliver, pero el que yo conozco no es tu Oliver.

—No te entiendo.

—Él dice que está bien cuando yo pregunto —empezó a decir de nuevo—, pero yo sé lo que es estar bien y él no está así. No está como antes de venir tú. Ahora es como la noria de la feria. A veces arriba y otras abajo. Pero sin dejar de rodar.

—Ya. Y crees que es culpa mía.

—No. No es tu culpa. Pero tú eres el motivo. Y esta semana está abajo del todo. Por eso no viene a dar pastilla a Hook y vengo yo. Por si quieres saber.

—Entiendo.

—No —volvió a decir aunque esta vez fue casi para sí misma. Negaba con la cabeza y me miraba como una madre mira a su hija para darle un sermón—. No entendéis nada. Ni tú ni él. Esto no pasaba en mi pueblo en Ucrania. Allí si dos personas quieren estar juntas, vas, pides relación y lo estás. Y cuando no quieres estar, vas, cortas relación y ya no estás.

—No creo que sea tan sencillo —empecé a decirle. Pero no me dejó continuar.

—Sí es sencillo o debería serlo, y más en vuestro caso. Yo veo cómo le miras y veo cómo ríe Oliver cuando vienes a la clínica. Veo cómo pelea contigo pero al mismo tiempo gasta bromas. Cuando estás enfadado no sonríes a la gente, pero él sonríe mucho cuando riñe contigo. Ahora no, pero estos meses lo hacía. —Volvió a negar con la cabeza mientras le daba la pastilla a Hook—. Veo muchas cosas que vosotros parece que no veis. Pero no voy a hablar más. Mañana vengo otra vez.

—Espera, Nadia —le rogué—. ¿Puedes decirle algo de mi parte?

—Por supuesto que no —me dijo fríamente, como era habitual en ella—; lo que quieras decir a Oliver, díselo tú.

La conversación con Nadia me dejó peor de lo que estaba. Cuando mi teléfono se iluminó y vi el nombre de Travis en la pantalla, sentí hasta alivio. Tenía decenas de mensajes de Cris, Vero y Josh, pero ninguno de Oliver.

Vero me escribió varias veces queriendo saber si iba a volver al gimnasio. No lo había hecho desde el fin de semana de la Feria de Primavera y, de eso hacía ya dos semanas. Josh me preguntó por el estado de Hook y Cris me habló preocupada porque no sabían nada de mí desde hacía días.

Travis era una salida cómoda. No tenía nada que ver con todos ellos y, aunque sospechaba que me iba a preguntar por mi vuelta y no sabía qué decirle, eso era mucho mejor que tener que enfrentarme a los acontecimientos de toda esa semana.

—Travis, ¿qué tal? —Intenté que mi voz saliera lo más serena posible pero hasta por teléfono se me notaba inquieta.

—Hola Carolyn, todo bien por aquí. Tengo noticias frescas y una propuesta que no vas a poder rechazar —me informó sin poder disimular su entusiasmo.

Generalmente, cuando Travis hablaba así significaba mucho trabajo para mí y mucho dinero para ambos.

—Eso ya lo veremos. ¿Qué tienes?

—En primer lugar, ya hay fecha de estreno para *Desierto de Lágrimas* y la promoción empezará en…

—Un momento —le interrumpí—. ¿Ya han puesto fecha? ¿No es demasiado pronto? No sé si podré, Travis, yo…

—Aún no sabes la fecha, así que déjame hablar y no te adelantes. —Me tranquilizó—. Será el trece de junio, así que todavía queda tiempo. Quieren hacer una promoción a escala mundial y que se estrene antes del verano para poder atraer a más público. La promoción empezará en mayo. Quedan dos meses para eso. Sólo tendrás que venir el mes que viene para un par de eventos y algunas entrevistas aquí y os iréis Glenn y tú a pasearos por Europa

para terminar en junio en el estreno de la película aquí, en Los Ángeles.

—Bueno, me iré organizando —le dije resignada—. Espero haberlo resuelto todo para entonces.

—También lo espero yo, pero esas no son las buenas noticias…. ¿Estás sentada?

Me encontraba en el sofá, con Hook en mi regazo ronroneando.

—Sí, dime —le confirmé expectante.

—¡Voy a conseguirte tu Oscar, cariño! —exclamó emocionado—. Apunta. Título provisional: *El regreso de Diana*. Director: Oscar Sinclair. Y protagonista masculino… Paul Ashford.

—¿Qué? —Me incorporé de golpe y hasta Hook se sobresaltó y se bajó de mi regazo—. No puedo creerlo, ¿está hecho?

—Tendrás que pasar una pequeña prueba, pero la cosa está entre tú y tres nombres más. Lo mejor de todo es que a Paul le encantas y ha pedido que seas tú su coprotagonista. Así que, sí, está casi hecho. Sólo tienes que venir, actuar como sabes y el papel es tuyo.

Oscar Sinclair era uno de los directores más aclamados de los últimos años, con numerosos premios en su palmarés. En cuanto a Paul, a pesar de su edad cercana a los sesenta, seguía teniendo mucho tirón en todos los ámbitos.

—Primero quiero leer el guion. No me gustaría ser una comparsa de Paul, aunque sea él el protagonista. No pienso hacer de mujer florero ni nada parecido.

—Te lo mando enseguida, pero te va a encantar, Carol, te lo aseguro. Es de Oscar.

CAPÍTULO 29

Tenía tan solo un par de meses para resolver demasiadas cosas.

Lo primero era pensar bien en cómo trasladarme con Hook a Los Ángeles. ¿O es que habíais creído que lo iba a dejar en el pueblo al irme de nuevo?

Me daba igual lo que costara y lo que tuviera que hacer, pero Hook se venía conmigo. No sabía los motivos, pero le había cogido tanto cariño al gato que, en todos los escenarios posibles —y todavía ni yo misma tenía claros cuáles eran—, él estaba siempre conmigo. Para ello había algunas cuestiones secundarias que tenía que solucionar. No tenía ni idea de la mejor manera de viajar con un gato en un avión, pero lo que estaba claro es que no iba a hacerlo en la bodega. Si era necesario, le compraría un billete de primera clase y viajaría conmigo. Tendría que hablar con Oliver, de eso no cabía duda.

Lo siguiente en mi lista de tareas pendientes era despedirme bien esta vez. Tenía que hacerlo de todos mis antiguos amigos, de mi padre y, sobre todo, de Oliver.

—Vaya, entonces no te has ido todavía —me dijo Cris al verme parada en la puerta de su casa—. Creíamos que ya no volveríamos a verte.

—No pensaba irme sin despedirme esta vez. —Agaché la cabeza, no sé si por vergüenza o cobardía—. Además, me quedan muchas cosas por hacer todavía.

—¿Cómo cuáles?

—Pues, por ejemplo, disculparme. —Empecé a notar cómo se me llenaban los ojos de lágrimas y Cris, de todas las disculpas posibles, no era ni de lejos la más complicada. Sabía que iba a ser

muy duro, pero ni siquiera había empezado y ya me estaba quebrando como el cristal.

—Carol, la disculpa llega un poco tarde, ¿no crees?

—Puede, pero tengo que hacerlo, creo que te lo debo. A ti y a todos.

—Yo ya te perdoné —me dijo sin un solo atisbo de rencor—. Estoy orgullosa de haber sido tu amiga y de que hayas vuelto, aunque sea por poco tiempo. Yo soy feliz aquí, con mi niña y mi vida. Y cuando te veo en el cine, ¡uff!… Recuerdo todo lo que vivimos de adolescentes y son buenos recuerdos. —Me sonrió sinceramente—. No sé, intenta al menos escribir de vez en cuando. Ya sabes, un *whatsapp* o una llamada. Sólo eso, no nos olvides otra vez.

—Lo haré, te lo prometo —le aseguré—. A propósito, tengo una cosa para ti.

Cuando Cris abrió la maleta con todos mis vestidos, se echó las manos a la cara y me abrazó hasta casi dejarme sin respiración.

—¡Carol! —chilló emocionada—, esto es demasiado. ¡No puedo aceptarlo!

—Claro que puedes e insisto en que te los quedes.

—Pero, estos vestidos deben costar una pasta y yo… no sé si sabría llevarlos y ni siquiera si podré algún día —dijo poniéndose las manos en la tripa—. ¡Son demasiado!

—¡Claro que podrás ponértelos! Y saber llevarlos es fácil, quizás quitártelos sea un poco más complicado. —Le guiñé un ojo—. Pero seguro que Manuel estará encantado de echarte una mano, o las dos.

—No sé, yo… —dudó y aún tuve que esforzarme un poco más para que los aceptara.

—Quiero que te los quedes, por favor. Seguro que a Manuel le encantará verte llevándolos. Se nota que está loco por ti. Es sólo un pequeño regalo.

Nombrar a su marido fue lo que terminó de convencerla. Mi amiga estaba feliz y yo me alegré muchísimo de haber vuelto a su vida.

Cuando volvía a mi casa, después de dejar a Cris probándose cada uno de mis vestidos, me acordé de la primera vez que la vi en el supermercado. Sin saber muy bien por qué, dirigí hacia allí mis pasos. Entré y tomé lo primero que vi de la primera estantería por la que pasé, sin fijarme en lo que era. Fui directa a la caja y puse la caja de pañuelos en la cinta. Cuando la cajera levantó la vista, le sonreí.

—Hola Lucía —la saludé amablemente—. ¿Cómo estás?

—Señorita Matz… —dijo con los ojos muy abiertos—. ¿Yo? Estoy bien, gracias.

—Carolina. Me llamo Carolina, ¿vale?

—¡Claro!

—¿Aún quieres una foto conmigo?

La chica empezó a abrir la boca y cerrarla sin saber qué decir y me quedé esperando pacientemente a que reaccionara.

—¿Una foto? ¿No le importa? Me encantaría.

—He venido a eso.

Después de hacernos unas cuantas fotos había una cosa que me rondaba por la mente y que no había tenido posibilidad de resolver. Era algo que esa chica me había dicho la primera vez que estuve en el supermercado.

—Lucía, ¿puedo preguntarte algo?

—Lo que quiera, señorita… perdón… Carolina.

—La primera vez que vine mencionaste algo de un pacto. Que ibas a cumplir el pacto. ¿A qué te referías? ¿Con quién?

—Es algo que vino desde el ayuntamiento. —comenzó a explicarme—. Nos pidieron que no publicáramos información sobre usted en las redes. No querían que el pueblo se llenara de curiosos de fuera y acamparan en su casa para verla. También nos pidieron que, cuando nos preguntaran, dijéramos que no estaba aquí. De hecho, al principio preguntaban mucho. Queríamos darle privacidad y tranquilidad en su duelo. Ese es el pacto que todos hemos cumplido. O eso tengo entendido.

Imaginar a todo mi pueblo confabulado para proteger mi intimidad mientras lloraba a mi madre, era algo que no esperaba en

absoluto. Es verdad que me extrañaba la privacidad que encontré a mi llegada pero nunca imaginé que era una estrategia que mis vecinos habían ideado.

Al pasar por delante del gimnasio de Vero me tensé. Era otra de las paradas que tenía que hacer y sabía que su perdón no iba a ser tan fácil de conseguir. No al menos como lo había sido el de Cris. En la recepción estaba Laura quien, al verme, sonrió sinceramente.

—¡Hola! Si buscas a Vero, siento decirte que no está ahora mismo. Ha tenido que hacer algunas gestiones en los bancos. ¿Puedo ayudarte yo?

—No, gracias, Laura. Bueno, sí —me lo pensé mejor—. ¿Podrías decirle que venga a mi casa esta tarde? Y, si puede ser, que se traiga su coche.

Viendo la cara de la chica, supuse que se estaba preguntando por los motivos de tan extraña petición, pero preferí dejarla intrigada.

—Claro, se lo diré. ¿Alguna hora en concreto?

—Estaré toda la tarde. Dile que, cuando ella pueda. La esperaré.

—Hola, Carol. —Sentí alivio al ver a Vero en mi puerta.—Eran ya casi las ocho y estaba empezando a pensar que no vendría. La invité a entrar y ella miraba alrededor con curiosidad, por lo que supuse que no había vuelto a mi casa desde que me fui—. Me han dicho que te estás despidiendo de todos, ¿no? Supongo que me toca a mí.

—Ya has hablado con Cris, imagino.

—Sí —ratificó lo que pensaba—. Seguimos teniendo nuestro grupo y ya sabemos todos que te vas.

—¿Los cinco fantásticos? —le pregunté. Enseguida caí en la cuenta y rectifiqué—. No, claro, ya no se debe llamar así.

—Evidentemente. Le cambiamos el nombre al grupo hace mucho tiempo.

—Claro, claro. Soy idiota.

A veces tenía la sensación de que no me había ido nunca y hablaba como si no hubieran pasado doce años y fuéramos aquellos cinco adolescentes todavía.

—Bueno, me ha dicho Laura que necesitabas que viniera con el coche. ¿Pasa algo? —Vero cambió de tema enseguida y agradecí que me anclara a la realidad de nuevo—. Ha sido bastante intrigante.

—¡No! —exclamé enseguida—. No es por nada en especial. ¿Puedes subir conmigo un momento a mi cuarto?

La expresión en la cara de Vero era de desconcierto total. Se quedó por unos momentos a los pies de la escalera y me miró mientras yo subía sin hacer ademán de seguirme.

—Cris nos ha dicho que le has regalado tus vestidos. Si piensas disculparte conmigo con sexo, llegas muy tarde. Estoy muy enamorada de Laura.

—¿Qué? —le dije volviéndome a mirarla—. Nooo. ¿Eso es lo que pensáis? ¿Que estoy comprando vuestro perdón con regalos?

—Pues no lo sé, la verdad. ¿El sexo se puede considerar un regalo?

—No puedo creerlo. ¡No pensaba ofrecerte sexo! —dije fingiendo indignación— Ahora no sé si darte lo que he preparado para ti.

—Bueno, venga, tampoco te pongas así y déjame ver qué pensabas darme. A lo mejor hasta te perdono y todo. —Me sacó la lengua a modo de burla y subió las escaleras detrás de mí.

La primera vez que entré en mi habitación de juventud y vi todo lo que había ido coleccionando mi madre sobre mi vida en Hollywood me pareció excesivo. Mi dormitorio era un auténtico museo.

Abrí la caja que había preparado y le enseñé el contenido.

—Todo esto es atrezo de la película *Matar o morir* —comencé a explicarle—. Como ves, son tonterías sin valor, plástico y unos trapos, Por ejemplo, ese vestido roto que sostienes ahora es el que llevaba en… bueno, ya sabes a qué momento de la película me refiero, ¿no? ¿La recuerdas?

—Exactamente, sí —me dijo dándole vueltas a la prenda en cuestión.

—Sé que no me enteraba de nada hace doce años y lo siento muchísimo, Vero. Tuvo que ser muy duro para ti tener esos sentimientos y no poder expresarlos. Me contó Oliver que fue viendo esta película cuando saliste del armario con él.

—Con él y conmigo misma —apuntilló sin dejar de mirar los objetos de la caja. Parecía estar recordando todo y la vi aguantarse las lágrimas—. Y sí, fue precisamente con esa película y te recuerdo perfectamente con este vestido.

—Con más motivo he pensado que quizás te gustaría tener estas cosas. No sé si hago bien, pero debió ser un día muy importante en tu vida y pensé que todo esto podría tener algún tipo de valor para ti. Pero si no las quieres, lo entenderé y te pido perdón —le dije al ver que empezaba a llorar—. Quizás he sido muy torpe y lo único que quieres es olvidar ese día y yo ahora…

—No, Carol —me interrumpió secándose las lágrimas con la mano—, fue un día muy duro para mí, como has dicho, pero lo recuerdo con cariño. Con tristeza también, pero ese momento supuso un antes y un después en mi vida, así que todo esto es muy importante y significa mucho.

Las dos estábamos llorando. Ella porque se había emocionado al recordar ese día, yo porque sentía que le había fallado tanto que era imposible que me perdonara. No el hecho de que me hubiera ido, sino que no hubiera estado para mi mejor amiga cuando aún vivía en el pueblo.

—Siento muchísimo no haberme dado cuenta cuando éramos adolescentes de lo que estabas sufriendo —seguí disculpándome porque sentía que no era suficiente. No me disculpaba con la mujer de ahora, sino con la Vero de quince años a la que no supe ayudar cuando éramos sólo unas crías—. Siento muchísimo que tuvieras que pasarlo sola y no haberte apoyado entonces. Y siento también haberme ido como lo hice y no haber vuelto hasta ahora.

Cuando Vero se fue, sentí una paz interior como no recordaba haber experimentado desde hacía tiempo. Lo de pedir perdón y disculparme de las cosas que había hecho en mi pasado, estaba resultando catártico para mí y, a juzgar por la reacción de mis dos amigas, a ellas también les había venido muy bien.

Esa noche dormí de un tirón, sin despertarme de madrugada por primera vez en mucho tiempo.

A la mañana siguiente, me desperté más relajada que nunca pero, cuando fui a llenarle el cuenco de la comida a Hook, había vomitado sangre.

CAPÍTULO 30

Encontrarme tarde o temprano con Oliver era algo inevitable, pero para nada eran esas las circunstancias en las que había pensado tener que enfrentarme a él.

Entré llorando a la clínica y Nadia, que estaba atendiendo en esos momentos a una chica con un enorme pastor alemán, me hizo pasar de inmediato a una de las salas que estaba vacía. No había transcurrido ni un minuto cuando entró Oliver a toda prisa. Nada más verlo, me desmoroné.

—Oliver, ha vomitado sangre —acerté a decirle a pesar de que no podía parar de llorar—. Lo he encontrado así esta mañana. Casi no se mueve y está muy débil. ¿Qué le pasa?

—Vamos a verlo, Carol, tranquilízate.

Nadia entró a los pocos minutos y ambos empezaron a examinar a Hook, quien apenas oponía resistencia. Me quedé a una distancia prudencial, con las manos sobre la cara, viendo cómo le ponían oxígeno, le pinchaban para sacarle sangre y otras pruebas más que ni entendía ni quería entender. Lo único que necesitaba era saber que se iba a poner bien.

—¿Qué le pasa? —volví a preguntarle entre sollozos—. Dime algo, por favor.

La cara de Nadia, habitualmente inexpresiva y fría, estaba desencajada y sabía lo que eso significaba.

—Intento estabilizarlo. Tiene el pulso muy inestable. Necesito un poco de tiempo —me informó Oliver concentrado en lo que hacía—. Vamos, chico, aguanta —dijo dirigiéndose al pobre Hook.

Tuve que salir de la consulta. No podía estar viendo cómo Hook sufría. Me empezaba a dar ansiedad y necesitaba respirar aire fresco.

—Es solo un gato, Carol, solo un gato callejero —volví a repetirme a mí misma—; no puedes hundirte por esto. Otra vez no.

Era una de esas situaciones en las que echaba de menos fumar. Hacía ya seis años que lo había dejado, pero en esos momentos habría dado cualquier cosa por un cigarrillo.

Cuando Nadia salió a buscarme al cabo de unos minutos que se me hicieron interminables, la miré esperando lo peor. Me sonrió intentando tranquilizarme y me llevó de nuevo a la sala donde estaban intentando salvarle la vida a Hook.

—He conseguido estabilizarlo —me informó Oliver—. Le he dado un sedante y estará dormido todo el día. Más de lo normal.

—Gracias, menos mal… —resoplé aliviada poniendo una mano sobre mi pecho—. Entonces, ¿se pondrá bien?

Nadia y Oliver se miraron y no había que ser muy lista para entender la situación. Me preparé para recibir las malas noticias. Nadia salió en ese momento de la sala con la cabeza gacha y evitando mirarme. En ese momento comprendí que la situación era mucho más grave.

—No, Carol, lo siento —me dijo al tiempo que me tomaba de la mano—, no se va a poner bien. La quimio no está haciendo efecto.

—¿Qué? —no quería comenzar a llorar de nuevo, necesitaba ser fuerte y, por una vez, no derrumbarme como una niña pequeña, pero la situación me superaba. Era como si hubieran abierto las compuertas y mis lágrimas brotaron de nuevo sin control.

—¿Te acuerdas de que nos dijeron en Madrid que había metástasis? —me preguntó y yo asentí—. El cáncer está muy extendido. Que los gatos vomiten sangre no es algo demasiado anormal, pero no es eso lo que me preocupa. Sus constantes vitales

están demasiado alteradas. —Oliver me hablaba calmado. Se notaba que estaba acostumbrado a dar esas noticias e informar a los dueños de las mascotas en estos difíciles momentos. Era su trabajo —. Su temperatura es muy baja. Carol, se está muriendo. Es cuestión de días, quizás dos semanas o incluso un mes. Todo depende de cuánto tiempo estés dispuesta a aguantar.

—¿Qué quieres decir? ¿Aguantar qué?

—Aguantar a verlo morir poco a poco, porque no va a mejorar. Cada día estará más débil, comerá menos y se irá yendo paulatinamente. Puedo ponerle calmantes. Así estará dormido todo el día y no sentirá dolor, pero el final va a ser el mismo.

—No puedo creerlo. No puede estar pasándome esto otra vez. —Negaba con la cabeza tapándome la cara con ambos manos.

—Carol, tienes que pensar qué quieres hacer.

Estaba en modo negación y, aunque escuchaba lo que me decía Oliver, mi mente se resistía a aceptarlo. Lo veía en la camilla respirar y se me partía el alma.

—¿Qué me aconsejas? —le pregunté con un hilo de voz.

—Depende de lo que quieras hacer. Sé que es un momento duro y difícil pero la decisión es tuya. —Sus palabras sonaban amables y suaves, pero no necesitaba eso ahora mismo. Quería a alguien que me dijera qué hacer y que tomara decisiones por mí. Decisiones que no quería tener que asumir.

—¿Seguro que no se va a recuperar?

—Seguro. Lo siento.

—No quiero que sufra, ni que sienta dolor. —No podía mirarlo a la cara y me centré en mi gato, en acariciarlo mientras dormía—. ¿Puedes hacer que no sufra?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando tú lo decidas. —Hizo una pausa y añadió—: Pero yo no tardaría mucho.

Fue entonces cuando lo miré. Yo no había dejado de llorar desde que había entrado en la clínica, pero ahora mis lágrimas habían pasado de la preocupación y el miedo a la resignación. Ya no

sollozaba nerviosa, ahora era un llanto tranquilo pero constante que no conseguí detener.

—De acuerdo. ¿Me puedes dar un día? Mañana te lo traeré cuando me digas.

—Por supuesto, pero ¿qué te parece si voy yo a tu casa en vez de venir tú aquí con él? Estará más tranquilo en su ambiente, contigo. Luego puedo llevármelo yo y prepararlo todo para… bueno, para la incineración.

—¿Harías eso por mí? —Lo único que quería era abrazarlo pero sabía que no podía y eso me estaba hundiendo doblemente.

Oliver me miró y vi que sus ojos se humedecían también.

Como si me hubiera leído la mente, me abrazó. Lo hizo tan fuerte que sólo pude centrarme en respirar. No podía hablar, ni siquiera para agradecerle ese abrazo que tanto necesitaba y, mientras hundía mi cabeza en su cuello y mojaba con mis lágrimas su bata verde, sólo escuchaba sus palabras de aliento y consuelo.

—Haría lo imposible por ti Carol y, aun así, siempre tendría la impresión de que no es suficiente.

Sólo me quedaba un día con Hook y esa despedida no la tenía programada.

CAPÍTULO 31

Las dos primeras etapas de mi duelo por Hook, negación e ira, las pasé rápidamente, incluso antes de que hubiera fallecido. Me negué a creerlo e, inmediatamente, me enfadé con el mundo y mi propio destino. La tercera la pasé cuando Oliver vino a mi casa al día siguiente. Estuve todo el día en el sofá con Hook en mi regazo e, incluso en numerosas ocasiones, hasta me ronroneaba. Prácticamente no se movió en todo el día y fui dándole agua con una jeringuilla y un poco de comida.

—Es culpa mía. Yo creo que no le daba las pastillas bien. Nunca supe si se las tragaba del todo.

—No lo es —intentó tranquilizarme Oliver ya en mi casa—. También se las daba Nadia y ella es experta en hacer eso.

—¿Tendríamos que haberle hecho más pruebas? —le pregunté intentando buscar un motivo que sabía que no había realmente—. Llegamos tarde ¿no? A lo mejor cambiándole la medicación todavía podemos salvarlo.

Entré de cabeza en la fase de negociación pero Oliver me hizo superarla con unas pocas palabras.

—No lo creo. Lo siento. Hiciste todo lo humanamente posible por él. Le curaste la pata, le dabas la mejor comida y un hogar caliente y cómodo. Es el gato mejor cuidado que he tratado. Así que no pienses en eso más. Estaba enfermo y sin ti, hubiera muerto sólo y en la calle, hace meses.

Estábamos ambos en el sofá. Yo tenía a Hook sobre mis piernas durmiendo plácidamente, como si no estuviera yéndose poco a poco, contando todas y cada una de sus respiraciones. Oliver pasaba su brazo por encima de mi cabeza y me acariciaba con ternura jugando con los mechones sueltos de mi cabello. De vez en cuando, cerraba los ojos y apoyaba mi cabeza en su hombro para sentirlo todavía más cerca.

Yo nunca había tenido una mascota y, hasta Hook, me parecía exagerada la reacción de ciertas personas con sus animales de compañía. Había perdido hacía muy poco a mi madre y sabía que todavía estaba en la fase de depresión de mi duelo por su muerte. El hecho de no haber pasado más tiempo con ella así como mis acciones del pasado me generaron un sentimiento de culpabilidad enorme. Pero, sobre todo, no haber tenido la oportunidad de despedirme de ella y no haberle pedido perdón, me había hecho sumergirme en una profunda tristeza.

Hook me había acompañado durante esos meses tan tristes y me había hecho más llevadero el duelo. Y ahora él también se iba sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

La única fase que me quedaba era la de la aceptación. Tenía que dejarlo ir en paz y sin dolor. Oliver lo había traído todo y esperó pacientemente a que asumiera lo que tenía que pasar. Le pregunté por el procedimiento, si le dolería, si notaría algo y él, con todo el cariño del mundo, contestó a mis preguntas y resolvió todas mis dudas.

—Adiós, bonito, cuida de mi mamá y hazle compañía como lo has hecho conmigo.

Despedirme de Hook fue duro pero, al mismo tiempo, me dejó en calma. Estar acompañada de Oliver durante todo el tiempo me reconfortó. Sus palabras diciéndome todo lo que había hecho por él me aliviaron y, cuando se fue, me quedé pensando en que quizás

habría llevado el duelo por mi madre de otra forma estando él en mi vida. Me pregunté si me habría sentido igual en el funeral con Oliver a mi lado en lugar de Marcus.

Esa misma noche soñé con mi madre por mi primera vez desde que había muerto. Se la veía muy joven, más o menos con la edad de cuando yo era adolescente, antes de irme. Con su belleza intacta y sin rastro alguno de las secuelas de su enfermedad. Con la sonrisa amable y los ojos llenos de vida. En mi sueño yo tenía mi edad actual pero ella me hablaba como si fuera una niña pequeña. Había roto una de las figuras de porcelana que adornaban el escritorio de su dormitorio. En mi infancia, mi madre le tenía un cariño especial a esas figuras que le había dejado la suya al morir y siempre me prohibió jugar con ellas. En mi sueño rompía una de sus favoritas y yo no dejaba de llorar.

—Lo siento, mami —le decía sin consuelo—, perdóname.

Y ella sólo me sonreía.

—Perdóname —repetía sin parar de llorar.

Pero ella siguió sonriéndome sin decir nada, hasta que mi llanto cesó.

—Es sólo una figura. La arreglaremos. —me decía acariciándome el pelo—, todo se puede arreglar, no te preocupes.

Desperté totalmente empapada en sudor y con el pulso acelerado. Me pasé las manos por los ojos pensando que los tendría mojados de lágrimas, pero estaban secos completamente. Me costó unos segundos adaptarme a la realidad, ser consciente de lo que había soñado y sonreí cuando conseguí aplacar los latidos de mi corazón.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no había superado la última etapa de la aceptación del duelo con mi madre hasta que Hook se fue.

CAPÍTULO 32

—¿Puedes ponerme un whisky? —Me senté en la barra, en la misma esquina, tal y como había hecho la primera vez que había entrado en el bar de Josh.

—Hacía mucho que no venías y me lo pedías. —Primero me sonrió pero, al instante, cambió a un semblante mucho más serio—. Siento lo de tu gato, Carol. Sé que se pasa muy mal.

—Gracias, Josh. —Tomé el vaso y me quedé mirando el líquido de color ámbar, dándole vueltas. Mientras, terminaba de procesar lo que había estado pensando esos últimos días—. Al final creo que descubrí por qué me eligió, ¿sabes?

—¿En serio? Sabía que lo harías. Es genial, Carol. ¿Quieres contármelo?

—Pues lo cierto es que sí, porque creo que no podría contárselo a cualquiera. Pero me da la sensación de que tú me vas a entender.

—Pues dime. Te escucho.

—Sabes que no pude despedirme de mi madre cuando murió, ¿verdad? Estaba en Australia rodando mi última película, así que llegué tarde, Josh. —Probé el licor e hice una mueca. Hacía tiempo que no bebía el whisky barato de mi amigo—. Cuando fui al hospital, mi madre ya estaba en coma. Y no despertó.

—Vaya, no lo sabía, lo siento mucho. Debió ser muy duro.

—Lo fue. Nunca pude pedirle perdón y sentí que, aunque ella me había perdonado, tenía una cuenta pendiente. —Seguí reflexionando en voz alta mientras Josh me escuchaba atentamente —. Sé que era sólo un gato y, además ¡ni siquiera era mío!, pero con Hook me pude despedir, y al hacerlo, es como si lo hubiera hecho también de mi madre. No sé si tiene sentido. —Está vez tomé un largo sorbo del whisky notando cómo quemaba mi garganta—. Es una tontería, lo sé.

—¡No! No lo es en absoluto —se apresuró a replicarme—. No es una tontería si es lo que sientes y de esa manera encuentras algún consuelo. Despedirse de un ser querido es una parte del proceso de la muerte. Y ayuda a sobrellevar el duelo. En tu caso, al no poder hacerlo con ella, tenías una cuenta pendiente que quizás Hook te ayudó a cerrar.

—¿Eres psicólogo, acaso? —le dije sacándole la lengua. Apuré el resto del whisky y le acerqué el vaso para que me pusiera otro.

—Soy camarero y ya sabes lo que dicen de nosotros. Somos psicólogos de barra. —Me llenó el vaso y se sirvió otro para él. Era la primera vez que lo hacía conmigo.

—¿Eso dicen?

—No lo sé, se me acaba de ocurrir, o quizás lo leí en algún sitio. —Encogió los hombros y me propuso un brindis—. De cualquier modo, me alegro de que lo hayas descubierto y te haya ayudado. Por tu madre y por Hook, que disfruten ahora juntos del paraíso.

Bebimos y estuvimos unos minutos en silencio. Me encantaba poder disponer de tiempo para sólo pensar y no tener la necesidad de llenar los vacíos en una conversación.

—¿Tú averiguaste lo que hizo tu gato por ti? —le pregunté después de unos minutos.

Josh rio al escuchar la pregunta. Y su risa contagiosa nos quitó tensión y me hizo sonreír a mí.

—En mi caso, no fue tan espiritual, pero a mí me gusta pensar que fue algo mágico.

—Soy toda oídos. —El whisky empezaba a hacerme efecto. Estaba relajada y tranquila y conversar con Josh siempre era un placer.

—¿Te he dicho que soy alérgico a los gatos?

—¿Tú también? —me sorprendí—. No lo habías mencionado, creo.

—Pues sí. El caso es que, cuando Chandler vino a mi casa, yo…

—Espera —le interrumpí—. ¿Tú gato se llamaba Chandler? ¿Como el Chandler de *Friends*? Qué bueno.

—¡Si! Era un gato muy gracioso, en serio. —Noté cierta melancolía en su forma de hablarme de él—. En fin, cuando entró, me puse a estornudar y me picaban los ojos. Tenía veinticinco años y ya estaba trabajando en este bar por entonces. No hace tanto tiempo. La cuestión es que venía todos los días, intentaba echarlo y volvía. Más o menos como te pasó a ti. Al final tuve que ir al médico porque era insoportable. Me salían sarpullidos y se me cerraba la garganta. Y ¿adivinas quién era la médico?

—Yaiza….

—Exacto —dijo cruzando sus brazos apoyándose en la barra. Tenía una sonrisa enorme y bobalicona en la cara. Estaba enamorado y se notaba a distancia.

—Desde que os vi juntos, no hacía otra cosa que preguntarme cómo había podido pasar.

—Pues ya ves. Llevaba sin verla desde el instituto —siguió contándome—. Estuvo estudiando fuera toda la carrera y casi no venía por aquí. Ella acababa de incorporarse al centro de salud y yo fui uno de sus primeros pacientes. Fue divertido. Y, bueno, una cosa llevó a la otra y nos casamos hace dos años.

—Vaya, es una buena historia.

—Sí. Yo estaba muy perdido en aquella época. No sabía qué rumbo tomar ni qué hacer con mi vida. Ella simplemente apareció y lo cambió todo. Así que, prácticamente le debo mi vida a Chandler y la alergia que me causó.

—¿Eres feliz? —le pregunté después de otra cómoda pausa en la que ambos saboreamos el whisky—. Con ella, quiero decir.

—Muchísimo. Ambos lo somos —apuró su vaso de un trago y lo dejó sobre la barra—. El día que le pedí matrimonio, lloré de la emoción cuando me dijo que sí.

—¿En serio?

—Completamente. En eso hasta me parezco a Chandler… Ya sabes, cuando le pide matrimonio a Mónica en la serie. ¿Recuerdas ese episodio?

—Oh, ¡sí! Es muy bueno. Me alegro mucho por ti —le dije y luego añadí con una sinceridad que hasta a mí me sorprendió—: Bueno, por los dos.

—Yaiza es increíble, ¿sabes? Sé que tú sólo conservas el recuerdo de cuando éramos unos críos. Pero ella es… ¡uff!, no lo puedo expresar con palabras.

A mi amigo se le iluminaba la cara al hablar de su esposa y sentí una punzada de celos en lo más profundo de mi corazón. Celos de saber que yo no había sentido eso nunca por Marcus y mucho menos él por mí.

—Bueno, entonces esto que te voy a regalar aún te va a hacer más gracia.

—Empezaba a preguntarme qué me iba a tocar a mí en el reparto de regalos.

—¿Esperabas algo? Qué creído.

—Cris y Vero están muy emocionadas con lo que les has dejado. Tengo unas enormes expectativas.

—Bueno, pues no te hagas tantas ilusiones —le dije pasándole un *pendrive*.

—Esto es muy pequeño. —Le dio la vuelta entre sus dedos y lo observó desde todos los ángulos posibles—. Cris tiene una maleta llena de vestidos de diseñador y Vero una caja de objetos de atrezo que puede que dentro de algunos años subaste y la hagan millonaria. ¿A mí me das un *pendrive*?

—Bueno, no creo que los vestidos valgan tanto, y que Vero no sueñe mucho con subastar nada. Esa película era una basura, así que nadie la recordará en unos años. Todo lo que le di no tiene ningún valor excepto el sentimental. En cuanto a esto —le dije señalando el *pendrive*—, creo que será mejor que lo veas tú primero antes de hacerlo con Yaiza.

CAPÍTULO 33

Despedirme de Cris, Vero y Josh resultó mucho más fácil de lo que en un principio había pensado. Todo fue porque ellos me lo habían puesto demasiado fácil para lo que yo me merecía.

¿Qué regalo de despedida es el adecuado para darle a alguien de quien no quieres despedirte ni dejar de ver ni un sólo día? Eso exactamente era lo que me atormentaba cada vez que pensaba en Oliver. Tampoco sabía qué decirle, así que alargué el momento de la despedida todo lo que pude.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando me presenté en su casa con sólo una botella de vino y una conversación pendiente. Estaba cinco días sin verle ni hablar con él. Había retrasado todo lo que había podido ese momento, pero en tres días tenía que tomar un avión y retomar mi trabajo y mi vida. Ya no podía demorarlo más.

—Carolina —me dijo en voz baja—, ya pensaba que iba a ser el único del que no te ibas a despedir. Pasa.

Entrar de nuevo en su apartamento trajo a mi memoria todos los recuerdos de la noche que pasamos juntos. El pasillo en el que estábamos parados había sido testigo de la tensión justo antes de nuestro primer beso. Al pasar por la puerta del baño, me entró un escalofrío recordando nuestros momentos en la ducha y, una vez dentro del todo, me quedé mirando hacia el dormitorio en silencio. Ambos callábamos y supe que él estaba pensando lo mismo que yo.

—¿Me traes vino? —me preguntó señalando la botella que sostenía entre las manos—. ¿Quieres que la abramos ahora?

—Sí, por favor. Trae dos copas.

—¿Cómo estás? —se interesó—. Creo que no habíamos hablado desde… bueno, ya sabes, desde que tuvimos que sacrificar a Hook.

—Bien. No te preocupes. Estoy bien. ¿Y tú? —No sabía cómo llevar la conversación, así que los formalismos me estaban salvando momentáneamente. Aunque era una pobre excusa para retrasar lo irremediable.

—¿Cuándo te vas? —me preguntó de repente.

—Vaya, no te andas por las ramas. —Habría preferido empezar la conversación de otra manera antes de abordar mi marcha, pero al parecer Oliver tenía prisa por terminar con lo que fuera a pasar.

—Has venido a eso, ¿no? —me soltó con el gesto impasible—. Cuanto antes, mejor.

—El lunes, pero no quería empezar…

—Vaya —me interrumpió—, entonces en tres días.

—Antes me gustaría que habláramos de otra cosa. —No podía despedirme sin abordar la conversación que teníamos pendiente. Una que los acontecimientos que se habían precipitado nos habían impedido tener.

Oliver estaba sentado en uno de los sillones donde habíamos caído entre besos en nuestro recorrido hacia el dormitorio. Todo en el piso me recordaba aquella noche y me subió el calor al cuello al pensar en cada roce, cada beso y cada caricia que sus manos habían dejado en mi cuerpo.

—Pues tú dirás, Carol.

—Yo diré no. Creo que es algo de lo que deberíamos hablar los dos. No quiero hacer un discurso y no pretendo que esto sea un monólogo.

—Yo no tengo nada que decir.

—Ah, ¿no? —Tenía claro que, de todos, Oliver iba a ser el más difícil, pero ni siquiera habíamos empezado y ya me lo estaba poniendo demasiado complicado.

—Pues no —siguió diciendo cruzando los brazos en una clara postura a la defensiva—. Eres tú la que se va y ha venido a despedirse. Di lo que tengas que decir, es a lo que has venido, ¿no?

—No me refería a eso y lo sabes —le insistí—. ¿De verdad no tienes nada que decirme?

Hizo una pausa muy larga. Entonces tomó la botella de vino y comenzó a descorcharla mientras me miraba de reojo. Yo tragué

saliva, la conversación prometía ser tensa.

—Te he dicho muchas cosas durante estos meses, pero quizás no has querido o sabido escucharlas. —Sirvió el vino en las copas y me pasó una de ellas—. Hay muchas maneras de hablar, Carol, y no todas conllevan el uso de las palabras.

—Quizás yo necesito verbalizar las cosas. Soy actriz, no adivina.

—Pues habla. Te escucho.

Me tomé mi tiempo para calmar los latidos de mi corazón y ordenar las palabras que tenía que decir. No quería que hubiera ningún malentendido.

—Lo que pasó entre nosotros fue muy importante para mí.

—Ya, y por eso huiste de mi cama para encontrarte con tu novio. Sí que fue importante, ya veo.

—Eso no es así. Él vino sin avisar, yo no tenía ni idea y…

—¿Por qué te fuiste sin decirme nada?

Estaba claro que habíamos abierto el melón que habíamos estado evitando y ya no había marcha atrás.

—Necesitaba pensar, me desperté de madrugada, tú dormías profundamente y me agobié, ¿vale?

—¿Te agobiaste? —preguntó confuso—. ¿Por verme dormir? Yo no te pedí nada, ni siquiera me diste tiempo a que lo hiciera. Te largaste antes de que yo despertara y pudiera asimilar lo que había pasado. No me digas que te agobié de ninguna forma.

—Yo no he dicho eso.

Quería hablarle de mil cosas y las estaba expresando mal. Deseaba contarle que el motivo de mi agobio se debía a cómo me había sentido yo. Por lo que sentí esa noche. Pero él se lo estaba tomando de manera completamente diferente.

—Vamos, Carol, no me vengas con que te agobiaste por echar tres polvos.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Después de escuchar eso fui yo la que me puse a la defensiva y me crucé de brazos—. ¿Eso fue para ti? ¿Tres polvos?

—¿Es que para ti significó algo diferente? —Podría haberle dicho mil cosas en ese momento. Podría incluso haberle besado para que dejara de escupir veneno. En mi fuero interno, quería creer que

estaba dolido y que lo que le hacía hablar así era el despecho. Pero no dije nada y sólo guardé silencio. No supe si fue cobardía, miedo o mi propio desconocimiento de lo que en realidad había significado para mí, pero callé—. Ya veo que no —se contestó a sí mismo—. Eres actriz y vives en Hollywood. No creo que sea la primera vez que te metes en la cama de un tío y te vas sin decirle nada.

Le cambió la cara. En ese momento, hasta él debió darse cuenta de que se había pasado de la raya. Pero estaba dicho y, nuevamente, no había marcha atrás.

—No piensas eso realmente. —Quise darle una oportunidad de rectificar lo que acababa de decir.

—Ya me has oído.

Lo vi tragar saliva y aguantarme la mirada. Si se arrepentía de haberme dicho aquello, lo estaba disimulando bastante bien.

—Vine aquí pensando que me iba a resultar muy difícil despedirme de ti. Pero, muchas gracias —le dije con desprecio—, me lo estás poniendo muy fácil.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta agarrando la chaqueta que había dejado sobre el respaldo de la silla. Estuve tentada de arrojarle la copa de vino a la cara, pero aún conservaba mi dignidad y no pensaba darle esa satisfacción.

—Al menos ahora has tenido la decencia de decirle a tus amigos que te vas.

—Estás siendo demasiado duro conmigo, sabía que lo que pasó entre nosotros podía afectar a nuestra amistad, pero no esperaba que me trataras así después de estos días. Después de nuestro fin de semana en Madrid. —Empecé a notar que se me estaba quebrando la voz—. Después de lo que pasó con Hook.

—Tú y yo ya no somos amigos. Lo que pasó entre nosotros aquella noche no fastidió nuestra amistad porque de eso te encargaste tú cuando te fuiste la primera vez. Pero, ¿sabes qué? Estuve doce años sin ti y sobreviví sin problemas. Podré estar otros doce e incluso más.

No me volví porque no quería que me viera llorar. Salí dando un portazo sin mirar atrás. Esa fue la última vez que lo vi y hablé con él.

CAPÍTULO 34

En un vuelo de más de diez horas de duración, da mucho tiempo para pensar. A pesar de que los asientos en primera clase cuentan con todas las comodidades para poder pasar de la mejor manera posible el viaje, no pude pegar ojo. Pedí whisky e intenté relajarme. No quería llegar a Los Ángeles y sufrir el odioso *jet lag* que me haría estar todo el día como un auténtico zombi.

Aunque las despedidas con mis amigos habían sido mucho mejores de lo que me esperaba, la de Oliver me había dejado una sensación de vacío en el pecho enorme. Aún tenía ganas de llorar al recordar la expresión de su cara y el veneno de sus palabras.

En Madrid, mientras esperaba a tomar el vuelo que me llevaría de nuevo a retomar mi vida, me fui con mi padre a desayunar y le conté todo lo que había sucedido. Omití mi noche de sexo con Oliver, por supuesto, pero mi padre no era tonto y adivinó que algo había pasado entre nosotros.

—Con él ha debido ser distinto. A ese chico siempre le gustaste, y no como un simple amigo. Se lo decía siempre a tu madre cuando lo traías a casa —me contó mientras hacíamos tiempo en el aeropuerto.

—No lo sé. Ha sido muy raro desde el principio. Con los demás tuve la sensación de que no habían cambiado, pero él estaba muy distinto. —Prácticamente eran pensamientos en voz alta pero, al compartirlos con mi padre, tomaron más sentido—. Con él yo también me sentía diferente y eso me desconcierta, papá.

—Pues eso es algo que tendrás que resolver tú sola, cielo. Pero estoy seguro de que lo harás.

—Te voy a echar mucho de menos. —Le abracé antes de meterme en la cola del control de seguridad con mi gorro calado

hasta las cejas y mis enormes gafas de sol que tapaban la mitad de mi cara.

—Y yo a ti, cariño. Llama más a menudo, ¿vale?

—Lo haré —le prometí.

Travis me esperaba con una limusina a mi llegada al aeropuerto y fuimos directamente a mi antiguo apartamento en Sunset Boulevard, donde había vivido antes de mudarme a la casa de Beverly Hills con Marcus.

Mi representante y amigo se había encargado de trasladar todas mis cosas cuando decidí irme de allí, así que, cuando entré en mi viejo apartamento, fue como si hubiera retrocedido un par de años en el tiempo. Cuando mi madre aún estaba viva, cuando pensaba que era feliz. Antes de haber vuelto a ver a mis amigos y… a Oliver.

Otra de las cosas que tenía pendiente era Marcus. Él estaba terminando el rodaje de su película en Texas y todavía le quedaban dos semanas más fuera, tiempo suficiente para terminar de tomar la decisión.

Durante ese tiempo, me estuve preparando para acudir a las entrevistas y distintos programas de televisión en los que Glenn y yo debíamos aparecer.

Me puse en manos de mi grupo de estilistas preferidos, quienes hicieron magia en mi cutis y mi peinado. Los meses que pasé en mi casa me habían pasado factura, según ellos.

—Carolyn, por Dios, ¿dónde te has metido? ¿Es que no había peluqueros en España?

—La verdad es que no me he preocupado mucho por mi pelo.

—No hace falta que lo jures. Se nota. Vamos chicas, manos a la obra que tenemos mucho trabajo aquí. Leslie, Jenny, quiero el tratamiento completo. ¡Joey! Prepárale a Carolyn nuestro batido especial. Va a estar aquí varias horas.

Edward era muy exagerado, pero tenía razón. Había descuidado mis rutinas de belleza durante mi estancia en el pueblo, y la única excepción había sido cuando estuve en el Four Season con Oliver, lo

que me hizo recordar ese fin de semana otra vez y mi última conversación en su casa.

Mientras Edward y su equipo se encargaban de mis uñas, mi cutis, mi cabello y el maquillaje, intenté relajarme todo lo que pude, pero era casi imposible. A mi memoria llegaban continuamente retazos de nuestra pelea que se mezclaban con nuestra noche juntos.

Fue la primera y la última vez con él. Y la única. Todo pasó tan deprisa que llegué a la conclusión de que nunca llegué a asimilarlo por completo.

En esa primera visita a su piso tuvimos una discusión que desembocó en nuestra noche juntos. Nuestro primer beso al que siguieron tantos y… el sexo. Cerré los ojos y el recuerdo me dolía casi tanto como la última vez que nos vimos.

¿Me equivoqué yéndome de su cama y de su piso en mitad de la noche? Por supuesto, pero si Marcus no se hubiera presentado por sorpresa, podríamos haberlo hablado y aclarado.

¿Fue culpa de Marcus por haber ido a mi casa aquel día precisamente? Rotundamente no. Él estaba preocupado por mí y no tenía ni idea de lo que pasaba en mi vida porque yo apenas le conté nada.

Mis estilistas me hablaban, me preguntaban cosas y yo no les escuchaba. En lo único que podía pensar era en Oliver. En las últimas palabras que me dijo y en que nuevamente tenía razón. La culpa de todo la tenía yo.

Al margen de las típicas entrevistas en los medios más conocidos de la televisión estadounidense, la promoción de la película nos llevó a tener que hacer otras diferentes. Estrategias de *marketing,* nos explicaron. De esa manera, acudimos al programa de James Hang, quien nos llevó al plató y nos hizo cocinar un plato típico de nuestros países mientras nos entrevistaba. A Glenn le hicieron preparar una hamburguesa y a mí me dieron a elegir entre tortilla de patatas y una paella y, evidentemente, elegí la tortilla. Fue un auténtico desastre y, mientras Glenn contestaba a las preguntas

sobre la película, lo único que hacía yo era disculparme ante la audiencia española por lo mal que lo estaba haciendo.

Nuestra entrevista se hizo viral y fue un éxito rotundo, con millones de visualizaciones. Los productores de la película estaban más que encantados y los restaurantes españoles en Estados Unidos también. Glenn y yo teníamos una química increíble en pantalla y la paseamos por todos los platós de televisión haciendo que incluso saltaran rumores de que el romance en la película había traspasado las pantallas. Glenn todavía estaba en el armario, así que para el gran público era uno de los solteros más codiciados de todo Hollywood y, aunque hubieran algunos rumores sobre su orientación sexual en diversos portales de internet, surgieron muchos más sobre nuestro romance en la vida real. La mayoría fueron inducidos por la propia productora.

Durante todo el mes, tuvimos que acudir juntos a sesiones de fotos interminables, algún festival de cine y muchas, muchas fiestas. En todas ellas, tuve como compañero inseparable al whisky.

—¿Quieres que te acompañe a casa, Carolyn? —me preguntó Glenn cuando ya había tomado mi tercera copa—. No es asunto mío, pero creo que no deberías beber más.

—¿Has estado enamorado, Glenn? —le pregunté dejando mi copa sobre la bandeja de uno de los camareros del *catering*.

—Oh, vaya. Es por eso.

—Es una pregunta seria. ¿Lo has estado? —le insistí.

—Pues sí, varias veces. Desgraciadamente.

—Ya. ¿Por qué?

—¿Por qué desgraciadamente o por qué lo he estado varias veces? Da igual, en ambos casos la respuesta es la misma. No entiendo por qué he repetido, pero siempre termino enamorándome de capullos que me rompen el corazón. Así que no puedo darte una respuesta a esa pregunta, ni yo mismo lo sé. Lo único que puedo decirte es que, desgraciadamente, me encanta enamorarme.

—Ya. ¿Y qué pasa cuando te enamoras de un tío genial que resulta que no es ningún capullo?

—Carolyn, eso es todavía peor. Lo siento. Enamorarte de alguien genial y que no te corresponda es lo peor que nos puede pasar.

—¿Y si te corresponde? ¿ Y si quiere estar contigo?

—Entonces no sé qué haces bebiendo aquí sola y compadeciéndote de ti misma.

CAPÍTULO 35

Cuando Marcus vino a mi piso de Sunset Boulevard, recordé cómo empezamos nuestra relación. Lo que empezó como una de sus múltiples conquistas, pasó a ser unas relaciones públicas muy beneficiosas y, de ahí, a irnos a vivir juntos y formar una pareja estable en un par de meses.

Marcus era la persona más encantadora del mundo y uno de mis mejores amigos. Y yo lo quería muchísimo.

—Marcus, tenemos que hablar. —Me serví un vaso de agua. Después de mi conversación con Glenn, decidí darle un descanso a mi hígado y dejar el whisky.

—Guau, Carolyn. Va a ser una conversación de las fuertes si te has servido agua y todo.

—No voy a volver a vivir contigo —le dije ignorando la broma—. Lo he pensado bien y creo que será lo mejor. Lo tengo decidido ya.

—¿Podemos hablarlo? Mi publicista ha estado todos estos meses intentando acallar los rumores de ruptura. El rodaje en Australia y tu estancia en España tras la muerte de tu madre, nos habían dado una coartada creíble. Pero si ahora que has vuelto no vivimos juntos, los rumores van a aumentar. Sobre todo porque todos hablan de Glenn y de ti.

—La cuestión es que no va a hacer falta que acalle los rumores. Vamos a romper.

—¡¿Qué?! No hablas en serio. —Se levantó de la silla sorprendido—. Después de todo, ¿al final quieres romper lo nuestro?

—No hay nada nuestro, Marcus. —Toqué suavemente su brazo intentando tranquilizarlo y, al mismo tiempo, invitándolo a sentarse de nuevo—. Tú no estás enamorado de mí y yo tampoco de ti. Esa es la verdad.

—Y ¿qué importa eso? El amor no es tan idílico como lo pintamos en las películas. Y lo sabes. No hay un felices para siempre.

—Quizás yo quiero intentarlo.

Marcus me miró en silencio, pensando la manera de convencerme.

—¿Quieres casarte? Porque Mike me dijo que quizás eso sería una buena solución. De hecho, insinuó un compromiso a un periodista. Podríamos hacer un comunicado oficial. Sin llegar a confirmarlo, ya sabes, pero podríamos salir en nuestros perfiles de Instagram con un anillo de compromiso. Se lleva mucho eso ahora.

—¿Tú publicista insinuó que íbamos a casarnos? Mierda, Marcus.

No me había enterado de nada porque había estado totalmente metida en la promoción de la película. En lo primero en que pensé al escuchar eso fue en mi padre, en mis amigos… y en Oliver. Me entró pánico. Les había prometido que seguiríamos en contacto, que no desaparecería de nuevo de sus vidas y, ahora, a la primeras de cambio, podrían pensar que me iba a casar y no les había dicho nada.

—No fue algo especifico, sólo un comentario estúpido y ya sabes que los periodistas lo interpretan a su manera. ¿Qué me dices? ¿Lo hacemos oficial?

—¡No! No quiero casarme contigo. Cuando lo haga será por motivos auténticos. Quiero tener hijos y…

—¡Eso es genial, Carolyn! Yo también. Podemos tener hijos y serán guapísimos. No te lo había propuesto porque tu carrera está en lo más alto y no quería que pensaras que…

—Marcus…—le interrumpí—, no puedo creer lo que me estás proponiendo. Traer hijos a este mundo es algo muy importante ¿No quieres hacerlo con alguien a quien quieras?

—Yo te quiero a ti, Carolyn. Nos llevamos muy bien y somos perfectos el uno para el otro. Apenas discutimos y el sexo no es malo, ¿no?

Cerré los ojos tratando de pensar y a mi memoria llegaron flashes de Oliver y yo en la cama.

—Créeme, Marcus, el sexo es mil veces mejor cuando lo haces con alguien a quien amas.

Hubo un silencio tenso después de esa afirmación.

—¿Es lo que te ha pasado? ¿Te has enamorado?

Me sorprendí a mí misma pronunciando la palabra amor otra vez en tan solo unos días. La primera vez lo hice hablando con Glenn, pero estaba bastante bebida. Ahora lo hacía de nuevo, completamente serena y siendo consciente de que esa simple palabra estaba acompañada de la imagen de Oliver.

—No lo sé Marcus, quizás.

—¿Es aquel chico de España? ¿El que vino a tu casa cuando fui a verte?

Me crucé de brazos, con la cabeza mirando al suelo e intentando no llorar, pero Marcus estaba presionando todos los botones correctos y yo empecé a desmoronarme.

—Ey, tranquila. —Me abrazó y, sin darme cuenta, lloré como una niña pequeña en su hombro—. ¿Por qué tenías que enamorarte? —me preguntó con resignación—. Anda, cuéntamelo todo.

Inexplicablemente Travis se tomó peor mi ruptura con Marcus que mi propio novio. Ahora que la promoción estaba funcionando tan bien no podía hacerla pública, me dijo. El público sospecharía que era debido a mi posible aventura con Glenn y eso sería una muy mala publicidad para antes del estreno. Una cosa es que la gente viera química entre los protagonistas; otra, que pensaran que habíamos tenido un romance y por eso rompía con mi novio. Marcus era muy querido por los fans, podría ser contraproducente.

—No sabes la de cosas que la gente inventa en internet. Ya hay decenas de cuentas de Instagram que os siguen a Glenn y a ti como pareja.

—¿En serio? Pero si es *gay* y casi no se esconde. ¿Cómo pueden pensar que estamos juntos?

—Pues por eso mismo. Su publicista siempre lanza rumores de romance con sus compañeras de reparto y así obtiene doble beneficio. Por un lado, refuerza su imagen de *Playboy* y, por otra, lo mantiene en el armario.

—Pues tienes que contrarrestar esos rumores.

—Por supuesto que lo haré. No te interesa esa mala publicidad antes de empezar con el rodaje de *El regreso de Diana*. Oscar no es de esos directores y esta película no es como las que has hecho hasta ahora. Por eso no puedes hacer pública tu ruptura todavía. Háblalo con Marcus y esperad un poco.

—De acuerdo, Travis, pero no voy a aguantarlo mucho más. Y otra cosa —añadí—, lo del compromiso de boda quiero que lo desmientas ahora mismo.

CAPÍTULO 36

—Oliver, no puedes hablar así a la señora Díaz.

—Le he dicho mil veces que no le dé eso de comer a su perro. Estoy harto. ¡Al final lo va a matar!

—Tenemos que hablar. Tú no estás bien.

Nadia es especialista en calmarme los nervios cuando no puedo más. Y sabe que hace tiempo que he llegado a mi límite.

Estos meses sin Carol me están agriando el carácter. Me arrepiento tanto de todo lo que le dije en mi casa y me duele tanto recordar nuestra noche juntos que he estado tentado de mudarme de piso. Todos los rincones me recuerdan a ella. Su cuerpo, sus besos, su mirada en la ducha, su risa bajo mis sábanas. Vivir allí se ha convertido en una pesadilla y evito a toda costa pasar tiempo en mi casa.

Necesitaba contacto cero pero era imposible conseguirlo. Su imagen está en cada rincón de este maldito pueblo. Las fotos con su compañero de reparto, sus entrevistas por la televisión y las imágenes de sus películas me persiguen allá donde voy. Hay especialmente una que me atormenta. Ella está sentada al revés en una silla y el respaldo tapa su pecho desnudo. Sólo lleva unas medias negras que terminan en unos tacones altísimos. Hacen de sus piernas una dulce carretera hasta el placer. Una carretera que tuve la suerte de recorrer. La expresión de su cara sonriendo y sacando la lengua, se burla directamente de mí.

Vaya donde vaya, hay una foto de Carol mirándome directamente a los ojos, recordándome lo estúpido que fui la última vez que hablamos. Tres polvos, le dije. Eso fue lo que significó para mí nuestra noche juntos. Sólo tres polvos. ¿Puedo ser más estúpido

y arrogante? Cada vez que pienso en esas palabras, me echo las manos a la cabeza tapando mis ojos con fuerza, como si pudiera arrancarme el recuerdo. Pero no hay forma de borrar lo que dije, ni la imagen de Carol yéndose de mi piso completamente decepcionada.

—Tú dirás, Nadia, ¿de qué quieres hablar?

—Es evidente. ¿Por qué estás así?

—¿Que por qué? —Pongo la mano sobre mi frente tapando mis ojos. Me duele la cabeza horrores de hacerme la misma pregunta todos los putos días. Porque conozco perfectamente la respuesta y confirma mi estupidez.

—Sí, Oliver. Explícame.

—Pues porque soy imbécil, Nadia. Porque mis amigos van al estreno de la película el viernes a Madrid, verán a Carol, no sólo en una pantalla. Irán con ella a la fiesta posterior al estreno y yo me quedaré aquí, viendo por televisión cómo la he cagado, una vez más. Porque soy un puto cobarde. Por eso estoy así. Y porque tengo que verla a diario por todas partes, en cada pequeño rincón de este pueblo, sabiendo que va a casarse con esa súper estrella de Hollywood. Mientras, yo seguiré limpiando mierda de perro salchicha. Hasta ha arruinado para mí la tortilla de patatas, y ¡era mi comida preferida! ¿Te parece suficiente motivo para estar así?

—Lo de la boda sólo fueron rumores. Ella misma lo desmintió en entrevista.

—Da igual, Nadia, si no es ahora, será pronto. Si no es con ese tío, será con otro igual o mejor incluso.

—No si tú haces algo. Échale huevos.

Me río por no llorar. Porque por muchos huevos que le eche, ¿que tengo yo que ofrecerle? Sólo soy un veterinario de pueblo. ¿En qué mundo iba a dejar el *glamour* de Hollywood para quedarse conmigo?

—Ella pertenece allí. No puedo competir con eso.

—¿Y quién dice que compitas?

—Tengo la clínica aquí, mi trabajo, mi…

—No estarás hablando en serio, ¿no? ¿No hay perros y gatos en Amérrica?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué tiene ella que dejar su vida y venirse aquí? Lo lógico es que tú vayas con ella allí. Estás siempre llorando y llorando con que ella se fue y bla, bla, bla. Se fue, claro, tiene un trabajo importante. Es una estrella de Hollywood.

—¿Y qué iba a hacer yo allí? ¿Ser el novio de la estrella de cine que la sigue a todas partes?

—¿Qué haría ella aquí? ¿Ser la novia de un veterinario de pueblo? Le pides que haga un sacrificio mucho más grande del que parece ser que estarías tú dispuesto a hacer. Eres un egoísta, como todos.

—Yo nunca le pediría eso. Yo haría lo que fuera por ella.

—Pero nunca se lo has dicho, ¿verdad?

Lo que me está diciendo Nadia es la lógica más absoluta aquí y en Ucrania, pero escuchárselo con su acento ruso es mucho más convincente.

—No me digas todo lo que he hecho mal, ya lo sé. Dime cómo arreglarlo, por favor. Lleva dos meses fuera. Se habrá olvidado ya de mí.

—¿Tú te has olvidado de ella?

—No es lo mismo.

—¿La olvidaste en doce años?

—No, pero…

—El amor no se olvida, Oliver. Se olvidan momentos, lugares, pero nunca las personas que alguna vez nos han hecho sentir algo tan especial como lo que veo en vosotros. No sólo en ti, también veo en ella. Lucha por una vez en tu vida. Si no tiene que ser para ti, al menos lo habrás intentado. No te quedes otra vez en noria preguntándote qué habría pasado si hubieras hablado. Haz que pase. ¡Habla!

—¿Hay sitio en el coche con vosotros a Madrid? —le pregunto a Josh en su bar.

—Pues sí, vamos Yaiza y yo solos. Las chicas van en el otro coche con Laura y Manuel, pero… ¿por qué lo preguntas? ¿Es que quieres venir?

—Tengo que verla, Josh. Tengo que hablar las cosas. No puedo dejar que mis últimas palabras con ella fueran las que le dije.

—¿Que para ti ella fue solo tres polvos?

Josh no me está juzgando, sólo constatando lo que dije y yo siento cómo la vergüenza recorre todo mi cuerpo.

—¿Te lo contó?

—Ella no, a mí me lo contó Vero.

—¿Vero también lo sabe? —exclamo sorprendido.

—En realidad lo sabemos todos, amigo. Fuiste un capullo.

—Lo sé, por eso tengo que verla.

—Sólo tenemos seis entradas. La invitación es personalizada. No vas a poder ni acercarte.

—Eso ya lo veremos. Se me ocurrirá algo.

Agradezco viajar en el coche con Josh y Yaiza y no hacerlo con las chicas. Se habrían pasado todo el trayecto diciéndome lo imbécil que fui hablándole así a Carol y, a pesar de que me lo merezco, necesito los ánimos de mi amigo para afrontar lo que sea a lo que tendré que enfrentarme.

—La fiesta es en el Four Season —me dice Josh aunque yo ya lo sabía por Cris—. Creo que va a ir algún político además de unos cuantos empresarios y gente de la productora. Será un rollo, seguro, no te vas a perder nada.

—No me la voy a perder, pienso entrar.

Al oír mis palabras, todo son protestas y advertencias en el interior del vehículo. Yaiza se echa las manos a la cabeza pero se ríe, mientras que Josh no hace nada más que aconsejarme mil alternativas diferentes a lo que yo les he dicho que pretendo hacer.

Cuando la película termina, una limusina enorme espera a mis amigos en la puerta y entro con ellos sin ningún tipo de problemas. Otra cuestión es lo que me espera en la entrada a la fiesta, donde la puerta es custodiada por un tío enorme con una lista de nombres, en la cual no está el mío. Cris, con su inocencia habitual, se acerca

amablemente al portero y pregunta si puedo entrar con ellos. El tipo no accede, como era de esperar, y Manuel se ofrece a cederme su lugar en la fiesta.

El portero vuelve a negarse y yo me arrepiento de haberme dejado convencer y no haber hecho lo que tenía previsto desde el principio, que es colarme sin preguntar. Mi desesperación va en aumento y, entonces, alguien abre la puerta desde dentro y veo a Carol al fondo de la sala. Doy un empujón al portero en un descuido y me cuelo. A los pocos segundos, tengo a dos tipos enormes encima de mí que me levantan y sujetan de los brazos ante los gritos de todos los presentes.

—¡Un momento! —escucho la voz de Carol—. ¿Oliver? ¿Qué haces aquí?

Por un segundo, al ver su cara completamente desencajada, pienso que va a ordenar a los de seguridad que me echen de allí. En cambio, les hace una seña y les pide que me suelten.

—Le conozco —dice—, es… Déjenlo, no hay peligro.

—Carol, ¿podemos hablar? Sólo será un minuto, por favor.

Carol me agarra de la mano y me lleva, sin decir palabra, a una sala apartada mientras el resto de invitados me miran desconcertados y mis amigos me animan con la mirada.

—¿Se puede saber qué coño haces? ¿Cómo te presentas así? Podrían haberte hecho daño.

—No me dejaban entrar y tenía que verte. Tenía que hablar contigo.

—¡Pues habla!

He estado ensayando lo que quería decir durante días, en el viaje a Madrid lo he repasado mentalmente y, mientras la película se proyectaba en la sala y estaba esperando fuera, le he dado mil vueltas. Era algo que llevaba rumiando y pensando durante más de doce años. Quizás algunos más y, aun así, me quedo completamente en blanco.

—¡Oliver! Dime lo que has venido a decirme, por favor.

—No fueron sólo tres polvos —comienzo a decir. No era así como tenía pensado empezar la conversación más importante de mi vida, pero es lo que me sale y tengo que improvisar a partir de ahí

—. Lo de aquella noche significó más de lo que puedo expresar con palabras. Lo fue todo porque eso eres tú para mí. Lo eres todo, Carol. Llevo enamorado de ti desde que tengo uso de razón, desde antes incluso de saber lo que significaba amar a alguien y desde antes de tener conciencia de que era por ti por quien palpitaba mi corazón. Estoy enamorado desde siempre y estos últimos doce años han sido… —Hago una pausa y trago saliva—. No voy a decirte que no puedo vivir sin ti porque ya lo hice y, cuando te vuelvas a ir, seguiré viviendo y respirando. Pero he estado sin ti doce años y no he sido feliz. Lo sé ahora porque, cuando volviste, todo lo que antes me parecía normal, se convirtió en algo maravilloso. Todo era mejor porque habías vuelto a mi vida….

—Oliver —me interrumpe entre lágrimas—, me voy mañana a Nueva York. Empiezo en dos días el rodaje de mi nueva película y…

—Déjame terminar, por favor. No te estoy pidiendo que te quedes. No se me ocurriría pedirte tal cosa. Lo que he venido a decirte es que estoy aquí y lo seguiré estando. Haría lo que me pidieras, iría a cualquier lugar. Haría lo imposible por ti y es lo que quiero que sepas. Esto es lo que quise decirte hace doce años en lo alto de la noria y lo que debí decirte hace dos meses.

—Tengo que irme; lo siento, Oliver.

—Oliver, la señora Díaz llama otra vez. Su perro no hace tanta caca. Está preocupada.

—Dile que es por la dieta. Que es bueno para su salud y que intente llamar cuando sea algo importante. Su perro está perfectamente.

—De acuerdo. También ha llamado Isabel. La semana pasada abandonaron seis gatitos, tiene uno para adopción y necesita revisión y chip. ¿Qué hora le doy?

—Dile que venga cuando quiera. ¿Algo más? ¿Alguna llamada más?

—No, Oliver, lo siento.

Durante las dos primeras semanas esperé alguna noticia, una llamada o un mensaje que no llegó. Tengo que dejar de preguntarle

a Nadia, porque empiezo a ver signos de preocupación incluso en ella, que es la persona más aséptica del mundo.

—De acuerdo. Estaré en la sala dos.

Cada vez que suena el teléfono me sobresalto y por eso le pregunto a Nadia continuamente. Miro mi chat con Carol varias veces al día, como si eso fuera a hacer que me escriba. Su último mensaje es de hace tres meses. Cuando tocan a la puerta, estoy releyendo nuestra última conversación y mirando las fotos de nuestro fin de semana en Madrid. Es lo único que me queda de ella.

—Pasa —digo sin levantar la vista de la pantalla.

—Hola, Oliver.

Carol está plantada delante de mí, con un pequeño gatito de apenas semanas que maúlla dentro de un trasportín y mi pulso se acelera tanto que pienso que mis latidos pueden notarse a través de la fina tela de mi bata.

—Carol… —la voz casi no me sale del cuerpo y su nombre es apenas un susurro que se escapa del fondo de mi alma—. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has…?

—Fui al refugio e Isabel me dijo que acababan de abandonar a unos gatitos —me dice en voz baja. Carol está preciosa, como siempre, y mi corazón sigue latiendo fuerte—. Voy a llamarlo Hooky en honor a Hook. ¿Qué te parece?

—Es un buen nombre para un gato.

—¿Puedes ver que está bien? Me han dicho que para viajar en avión ha de llevar chip y tener todas las revisiones en regla. Vacunas y no sé qué más.

—Por supuesto. Ponlo encima de la mesa y le echaré un vistazo.

Me concentro en examinar al gatito y eso aplaca mis nervios levemente.

—¿Cómo lo ves? —me pregunta interesada por la salud del cachorro.

—Está muy sano, tranquila —le contesto, y sigo con mi exploración—. ¿Qué pasa, no hay gatitos en Hollywood?

—Supongo, pero quería que mi gato fuera español. —Me sonríe y eso no ayuda a que mis nervios se aplaquen porque su sonrisa es perfecta y la echo de menos—. Así tendrá doble nacionalidad.

—Entiendo tu lógica. No puedo ponerle el chip, —le informo—, es un poco pequeño todavía. Pero puedo administrarle las vacunas y lo que necesitas para poder viajar con él. ¿Cuándo te vas?

—Estaré aquí toda esta semana y tomaré el avión el lunes.

—Entonces hay tiempo para darle todo. Necesitarás papeles para el pequeño.

—¿Podéis hacerlo vosotros?

—Claro, sin problema. Puedo darte productos naturales para que Hooky descanse en el avión y no se estrese. Puedes llevarlo sin problemas a los pies de tu asiento y …

— ¿No necesita uno propio?

—No, no es necesario. Puedes llevarlo contigo.

—Vaya, entonces me sobra un asiento en primera clase.

—¿Le habías comprado un asiento de primera clase a un gato así de pequeño? —Me río suavemente ante la ocurrencia de los ricos.

Carol cierra los ojos y aprieta los labios. Luego toma una respiración profunda y niega con la cabeza. La he vuelto a cagar con ese comentario, pienso.

—Oliver. No sabía que iba a adoptar al gato hasta esta misma mañana. Los asientos en primera los tengo comprados desde hace dos semanas —me dice mirándome a los ojos fijamente.

—Ah.

Debo ser el tío más estúpido de la tierra, el más ingenuo o simplemente es que no me entero de nada.

—Oliver, ¿de verdad tengo que preguntarte si vas a venir conmigo o podemos empezar a besarnos ya?

EPÍLOGO

Cuando reciben la invitación de Josh para una sesión de cine de una película de Carolina, todos intuyen que es la última en la que Carol ha actuado y para la que está nominada a un Oscar, *El regreso de Diana*

Uno a uno, o mejor dicho por parejas, van llegando a casa de Josh, quien los recibe junto a Yaiza en su hogar, en VillaAlLado. Una bonita casa de dos plantas, con un gran salón en el que los anfitriones han improvisado una pequeña sala de cine.

—Esto es increíble —exclama Cris al ver dispuestas todas las sillas delante de una gran sábana blanca que hace las veces de pantalla—, has montado una sala de cine.

—Hemos montado —corrige Yaiza detrás de Josh—. Yo también he participado, ¿eh? ¿Con quién habéis dejado a Marina? —les pregunta a continuación

—La hemos dejado con mi madre —le explica Manuel—. Conociendo las películas de Carolina, no creo que sean adecuadas para una niña de cuatro años.

Llaman a la puerta y Josh se encuentra con Vero y su novia Laura y, al lado, Oliver y Carol, que han llegado al mismo tiempo.

—Pero no juntos, Josh —se apresura a puntualizar Oliver—, así que cambia esa cara e intenta no hacer ninguna broma al respecto.

El salón tiene una gran mesa en la que hay todo tipo de aperitivos y bebidas. Los chicos van entrando y las conversaciones se mezclan. Carol está hablando con Cris y Manuel que, orgullosos, le enseñan fotos de su pequeña. Vero y Yaiza parecen estar analizando minuciosamente el valor nutricional de cada uno de los platos, burlándose al mismo tiempo de Josh, que es el que ha hecho la elección de la comida. Laura y Oliver beben en silencio mientras escuchan las conversaciones de sus amigos y sonríen ante la discusión sobre hidratos y grasas que están manteniendo. Oliver no puede evitar mirar de reojo a Carol. Para él es como si tuviera un imán, sus ojos no hacen más que encontrarse aunque haya una multitud entre ellos que los separe.

—¡Hora de la película, amigos! —anuncia Josh interrumpiendo todas las conversaciones—. Tomen asiento, por favor.

Uno a uno van sentándose en la hilera de sillas que están dispuestas frente a la pantalla casera. Yaiza enciende el proyector mientras Manuel hace sombras chinas y consigue arrancarle una sonrisa a su esposa, Cris. Carol observa la escena y no puede estar más llena de amor al ver a sus amigos tan felices.

—¿Qué película vamos a ver? —pregunta esta. Ha estado intrigada desde que recibió la invitación y, por más que ha intentado sonsacar a Josh, no ha tenido ningún éxito—. *El regreso de Diana* aún está en cines, así que no creo que la hayas conseguido y, si es un *stream*, pierde mucha calidad y se oye fatal.

—Lo vais a ver enseguida —dice Josh con una sonrisa—, paciencia.

Cuando en la pantalla empiezan a salir las primeras imágenes del león de la metro, todos están ya perfectamente atentos y juegan a ver quién es el primero en adivinar de qué película se trata. Comienzan a aparecer letras en un fondo negro.

Director
Rick Mars

Carolina abre los ojos, ya sabe qué película es y mira con cara de pocos amigos a Josh quien, en cambio, parece divertirse muchísimo.

Starring
Carolina

—¿Carolina y no Carolyn? —pregunta extrañado Oliver. De pronto, sus ojos se abren como platos y se levanta de su silla de golpe, tapando la pantalla y volviéndose a su amigo—. ¡Quita eso ahora mismo!

—¿Por qué? —preguntan todos casi al unísono.

—Te he dicho que lo quites ahora mismo. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Te parece gracioso?

Josh para la película. El nombre de Carolina queda congelado en la pantalla. Todos se giran tensos a mirar a Oliver y después a Carolina, quien también parece extrañada de la reacción de su chico.

—¿Cómo que qué me pasa? No te entiendo, amigo.

—¿Es una película antigua de Carol? ¿Con su nombre en español?

—Pues sí, pero…

—Un momento —interviene Carolina interrumpiendo la discusión y cayendo en la cuenta de lo que está pensando Oliver—. Cariño —le dice con calma—, no es ese tipo de película, ¿vale? Nunca hice nada de eso, así que tranquilo. Cuando la veas, te vas a reír.

Yaiza se lleva las manos a la boca, Cris parece estar tronchada de la risa en su silla y Josh niega con la cabeza.

—¿Creías que tenía una película porno de Carolina? Estás enfermo, tío.

Oliver vuelve a sentarse en su silla. Ahora está avergonzado y Carolina le toma de la mano, también entre risas.

Josh reanuda la película y siguen saliendo letras en la pantalla.

Cast

Oliver
Vero
Cris
Josh

—¡Eh! —exclama Vero—. ¿Salimos nosotros?

—Así es, chicos. —les informa Josh—; este fue el regalo de despedida que me dejó Carolina cuando se fue por segunda vez.

—No me puedo creer que me hagas ver esto delante de ellos, era una regalo para ti —dice Carol negando con la cabeza.

—Todos tenían curiosidad por verlo, Carol. ¡Vamos! Esto es una joya cinematográfica —dice con el mando en la mano dándole nuevamente al play.

Las imágenes se van sucediendo. Son una serie de vídeos caseros de los chicos grabados con cámara y con móviles. Aunque la calidad de la imagen es dispar y las tomas son absolutamente caseras, el montaje se nota hecho por un profesional. En pantalla se les ve a todos desde su más tierna infancia. Las escenas van desde pequeños bailes en la guardería a cumpleaños. Se ve a Carolina soplando velas con todos sus amigos alrededor, disfrazados en Halloween y Carnaval. Hay una escena especialmente larga donde aparecen todos con un disfraz de patata frita, arrojándose por turnos a una piscina de plástico llena de bolas rojas y gritando: «¡Ketchup!».

Conforme va avanzando la película, ellos van creciendo y las risas aumentan al verse con ropas de veinte años atrás, con granos en la cara y bigotes ridículos que en aquella época lucían orgullosos. Hay noches de Feria de Primavera y, en uno de los vídeos, se ve al fondo a Vero mirando a Carolina fijamente. En ese momento, Carol se tensa.

—¡Joder, Carolina, ya estabas buenísima a los diecisiete años! —exclama Laura ante el asombro de todos—. Tenías razón, cariño —le dice a su novia dándole un beso en la mejilla.

—Te lo dije —resopla Vero—, siempre fue un bombón.

—Estoy aquí, ¿eh? Dejad de hablar como si no lo estuviera. Y ahí tenía solo dieciséis.

—Eso es una especie de cosa de lesbianas, ¿no? —interviene curioso Manuel—, porque a mí no se me ocurriría decir eso delante de Cris.

—Más te vale, si no quieres dormir en el sofá —ratifica su mujer ante las risas de sus amigos.

En la siguiente escena, aparecen todos alrededor, sentados en círculo con una caja de cartón en el centro y una botella de licor con un vaso de chupito frente a cada uno. Todos gritan al recordar el momento, todos menos Carol que ya conoce la escena y empieza a torcer el gesto avergonzada. Se la ve con diecisiete años tomando papeles de la caja de cartón y leyendo lo que está escrito.

***Carol**: De acuerdo, primera pregunta: si pudieras elegir un superpoder, ¿cuál sería?*
***Vero**: Supervelocidad y superfuerza*
***Cris**: Ha dicho uno, Vero.*
***Vero**: Pues no sé. Cambio a eso que saltas de un lugar a otro. Teletransportarme.*
***Oliver**: Qué bueno, Vero. Yo elegiría el de la curación.*
***Cris**: Yo, invisibilidad.*
***Josh**: Pues yo me quedo con volar. Como Superman.*
***Carol**: Pues yo una cambia formas. Como Mística. Venga, ¡chupito!*

El juego consistía en hacerse preguntas que cada uno había ido metiendo en la caja de cartón y, al acabar de contestarlas, bebían un chupito del licor que habían comprado. Todos recuerdan ese día, excepto Vero, a la que el alcohol le afectó mucho más y se ríe a cada respuesta que da. Laura y Manuel se están divirtiendo al poder conocer mejor a sus parejas cuando eran más jóvenes. En la película, el juego está llegando a su fin y parece que quedan pocos papelitos con preguntas así que todos están cada vez más bebidos.

***Carol**: Vale. Quedan sólo dos papeles. Besar, casar o matar, pero dentro de este grupo. No vale nombrar a nadie de fuera.*
***Josh**: ¡EH! ¡No ponía besar, yo puse follar!*
***Carol**: Vamos a cambiarlo a besar. No seamos tan extremos. Empiezas tú, Josh.*
***Josh**: De acuerdo… Besaría a Carol, me casaría con Cris y mataría a Oliver.*
***Oliver**: ¡Qué cabrón! Me toca. Besaría a Vero, me casaría con Cris y mataría a Josh. ¡JA!*

Los chicos se miran alzando las cejas, aguantándose la risa tras escuchar la respuesta de Oliver en el vídeo y Vero es la única que dice lo que todos están pensando.

—Vaya, acertaste de pleno ¿eh? Se notaba que eras muy sincero.

—Vamos, cállate, que aún queda por escuchar tu respuesta, lista —le contesta Oliver.

El vídeo continúa y es a Cris a quien le toca contestar.

***Cris**: No os lo toméis en serio, porque no tengo ni idea de qué decir. Pero creo que besaría a Carol, me casaría con Josh y mataría a Oliver.*
***Carol**: Yo besaría a Josh, me casaría con Oliver y mataría a Cris. Lo siento, nena.*
***Vero**: Yo besaría a Oliver, me casaría con Josh y mataría a Cris.*

Las carcajadas cada vez van más en aumento y al igual que sus yos de adolescentes, en la actualidad, todos están un poco bebidos.

—Así que te casarías conmigo, ¿eh? —le susurra Oliver en el oído a Carol—; te tenía loquita ya.

—No sueñes, anda —le contesta Carol—. Y vamos paso a paso. No me hables de boda… todavía.

Josh ha pausado el vídeo otra vez mientras sus amigos comentan las respuestas del juego.

—Está terminando ya —anuncia—, queda sólo la última pregunta. Vamos a callarnos que, si no, no la vamos a escuchar.

Cris *(sacando el último papel y frunciendo el ceño): ¡Última pregunta! ¿Quién coño ha escrito esto? (lee la pregunta) ¿Alguna vez te has masturbado pensando en alguno de nosotros?*
Josh*: Venga, lo reconozco. Yo sí, ¡pensando en Oliver!*
Oliver*: Eres un capullo, pero espero que lo disfrutaras. Yo voy a decir que sí, aunque no diré en quién pensaba, claro.*
Cris*: Qué guarro eres. ¡Yo diré un NO, rotundo! Y es la verdad.*
Carol*: Bueno… diré que… tal vez.*
Vero*: Yo… os lo diré cuando me dejéis tomarme otro chupito.*
Todos a la vez*: De eso nada.*
Carol*: Ahora hablando en serio. Esta pregunta no está en los papeles pero se me acaba de ocurrir. ¿A quién en este mundo odiáis más?*
Vero*: Yaiza*
Oliver*: Yaiza.*
Cris*: Yaiza, por supuesto.*
Josh*: Una y otra vez y para siempre… Yaiza.*
Carol*: Yaiza…*

La película se funde en negro y comienzan a salir nuevamente títulos de crédito en los que pone: «Dedicada a Josh, con cariño». Se produce un silencio generalizado en el salón de la casa de la propia protagonista de esa última respuesta. Yaiza y Josh se ríen ante las caras de «No sé dónde meterme» y «Tierra, trágame» de todos. Ellos ya habían visto la película varias veces y esperaban con ansia este momento.

—Bueno, Yaiza, en mi defensa diré —comienza Carol—, que cuando volví todos se burlaban y se metían conmigo. Me llevé varias sorpresas y tenía que vengarme de algún modo. Por eso encargué esta película.

—Éramos unos críos —se disculpa Cris.

—Yo era la más joven. Me dejé llevar por los demás.

—No pasa nada, chicos —dice Yaiza con lágrimas en los ojos de la risa—, de verdad que es una película muy divertida y un recuerdo

increíble.

—Es una copia inédita, original y única de Rick Mars. Tiene películas muy malas, pero algunas son geniales —les explica Carol a los demás.

—¡Exacto! —exclama Josh—. Al principio pensé que los regalos que les habías dado a las chicas eran una pasada. Nada menos que seis vestidos de diseñador a Cris.

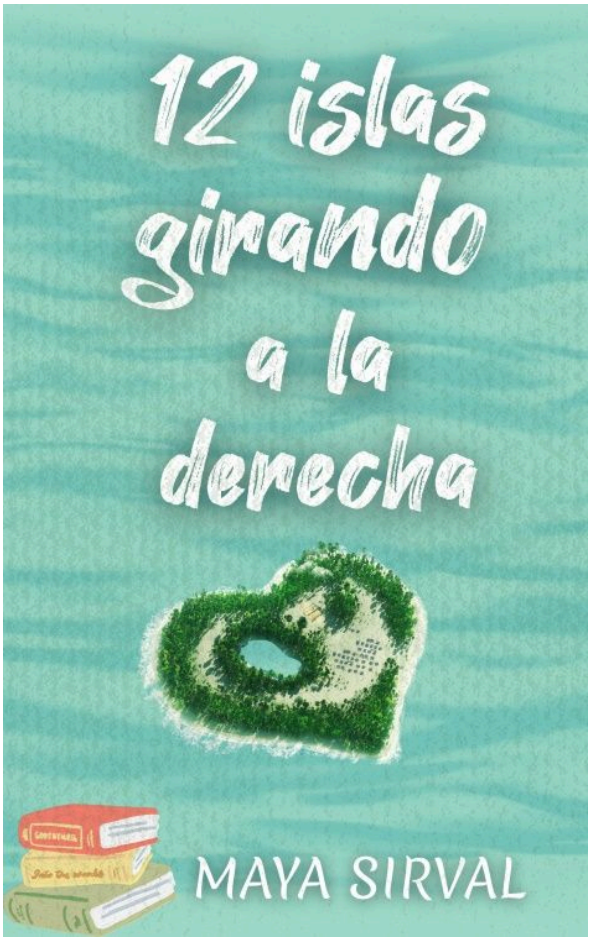
—La verdad es que son preciosos. Me encantan —dice la chica acariciando la mano de Carol.

—Y los objetos de atrezo de Vero son la leche, por mucho que digas que son sólo plásticos y trapos.

—No sabes el juego que nos están dando esos plásticos y trapos, ¿verdad Vero? —pregunta Laura con una medio sonrisa traviesa.

—Sois unas pervertidas, pero… sigo pensando que esta película es el mejor regalo de todos —insiste Josh, respirando profundamente y sacando pecho.

—Bueno, chicos. —Oliver se levanta de su silla y hace lo propio con Carol delicadamente. Ambos están de pie en medio y delante de todos sus antiguos y nuevos amigos—. Cris tendrá unos vestidos preciosos y carísimos. Vosotras, pervertidas, tendréis juguetitos para vuestras fantasías y tú, Josh, una película de un gran director con escenas inéditas de la vida de la gran Carolyn Matz. Pero, sin duda, el mejor regalo me lo llevé yo —sentencia—. Yo me quedo con la protagonista de esa historia. Con Carolina. Me quedo con la chica.



J.R. Landing, el autor más exitoso de la actualidad, va a desvelar su identidad. Cinco lectores de distintos lugares del país reciben una invitación que parece sacada de una novela: conocer en persona al autor más misterioso del planeta. Entre enredos, corazones heridos e islas privadas, descubrirán que a veces los libros no solo te salvan… también te encuentran.

Preventa de 12 islas girando a la derecha



¿Te has quedado con ganas de más amor? Si no has leído todavía *1 hotel para 2 corazones* , puedes descargarla gratis al suscribirte a mi lista de correo.

Una comedia romántica con amor, humor… y una pizca de misterio.

Descarga gratis 1 hotel para 2 corazones

SOBRE LA AUTORA

Maya Sirval es una persona que siempre se ha dedicado a la música. Ha sido su trabajo pero también su gran pasión, pero como este es un mundo tan caprichoso a veces, decidió lanzarse a la piscina y sumergirse en su otra gran pasión: escribir historias.

Como ella misma afirma: «Trato de llevar a una página en blanco aquellas comedias románticas que me gustaría leer o ver en la pantalla. Amores imposibles, inevitables, irrepetibles pero siempre siempre, con un final feliz».

A su primera novela, 1 hotel para 2 corazones, le sigue 12 años sin ti. Y muy pronto, llegarán otras historias. Las próximas, 12 islas girando a la derecha y 12 leyes de mi karma.

De momento, te animo a que visites mis redes sociales y te apuntes a mi grupo de lectoras de Facebook.



Maya Sirval



Maya Sirval – Escritora



Grupo de lectoras de Maya Sirval

Este libro no habría sido posible sin la ayuda, el apoyo y la paciencia de algunas personas muy especiales.

A Fran, que no solo ha corregido cada línea con ojo crítico, sino que también ha soportado mis desvaríos literarios, mis bloqueos y mis repentinos ataques de inspiración a horas intempestivas. Gracias por tu paciencia infinita y por ayudarme a dar forma a esta historia.

A Santi, por iluminarme el camino en el laberinto de la publicación. Sin tus consejos, seguiría perdida entre dudas y formularios.

A mis hijos, porque cada uno, a su manera, ha dejado su huella en este libro. Uno de ellos, con talento y dedicación, ha dado vida a la portada. El otro, simplemente por estar ahí, recordándome cada día por qué merece la pena contar historias.

Y, por supuesto, a ti, lector/a. Porque sin ti, estas páginas no tendrían sentido. Gracias por darle vida a esta historia y por acompañarme en este viaje. Si además he conseguido que te emocionaras en algún momento del mismo, mi felicidad será completa. Espero que hayas disfrutado tanto como yo. Nos vemos en la próxima historia.

A riesgo de acabar con tu paciencia, te pido que dediques un minuto a valorar la novela en la plataforma donde lo hayas adquirido. Esa pequeña pero gran contribución es fundamental para aquellos que decidimos crear historias a partir de la palabra.

Con cariño,

Maya Sirval.